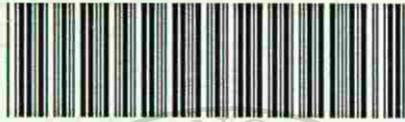


PABLO
PABLO
PABDO BAZÁN
OBRAS
Completas

13

NOVELAS
EJEMPLARES

P06629
.A7
N68



1020027916



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

OBRAS COMPLETAS

DE

EMILIA PARDO BAZÁN

TOMO 13

Núm. Clas. 2262

Núm. Autor 33693

Núm. Adg. -8-

Procedencia (10)

Precio AS 100

Fecha 1957

Clasificó 67

Catalogó 67

EMILIA PARDO BAZÁN

OBRAS COMPLETAS.—TOMO 13

NOVELAS EJEMPLARES

LOS TRES ARCOS DE CIRIL
UN DRAMA.—MUJER



85652



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

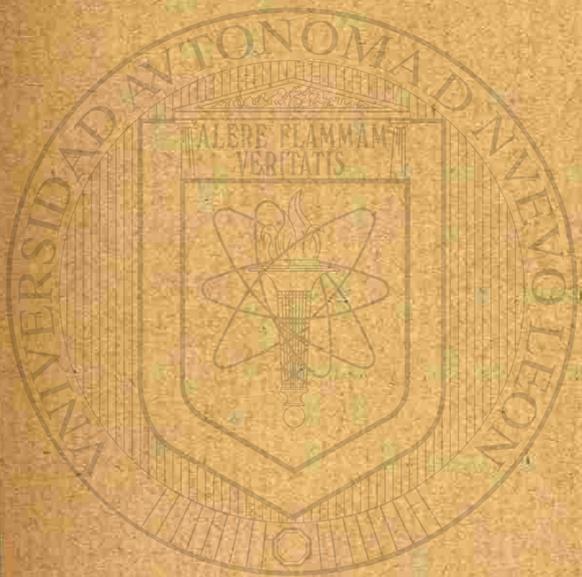
1625 MONTERREY, MEXICO

ADMINISTRACIÓN

Calle de San Bernardo, 37, principal

MADRID

33693

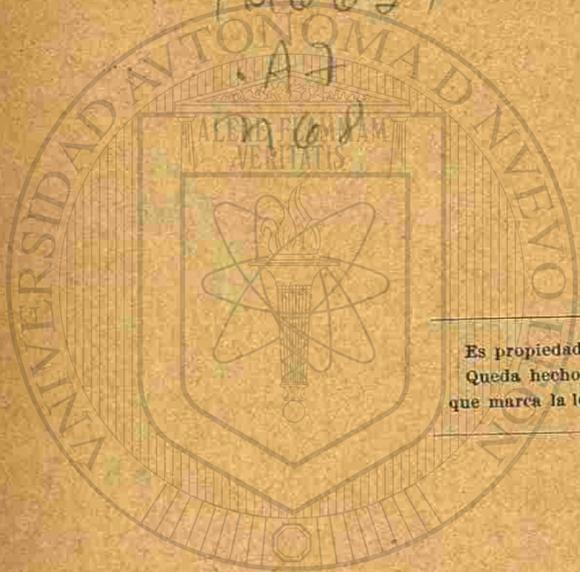


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

863
P.B.

P26629



Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE

R. Velasco, imp.—Marqués de Santa Ana, 11



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

LOS TRES ARCOS DE CIRILO

I

DON Dámaso Hinojales, modesto empleadillo en Hacienda, atendido á un sueldo escaso y con descuento, y á una renta patrimonial nada pingüe, mermada además por los tributos y las malas cosechas, tuvo en cambio la fortuna de que Dios le diese un solo hijo, y la satisfacción de que el chico saliese tan despejado, guapo y agradable, que la parentela, las vecinas, los amigos y amigas de la casa, y hasta los compañeros de oficina y los porteros del ministerio auguraron al retoño brillante porvenir.

Quedó la esposa de D. Dámaso delicada y resentida del trance del parto, y la ciencia pronosticó que ya no descendería más la bendición del cielo sobre aquel hogar honradísimo. Seguros los esposos de que Cirilo—este nombre habían puesto á su heredero, por ser el mismo del papá de D. Dámaso—sería su única prole, como era ya su única alegría y orgullo,

dedicáronse, hasta donde se lo permitían sus medios, á cuidarle y adornarle con todos los primores de una rara y selecta educación. Llegó á constituir en ellos una especie de monomanía el afán de educar bien á su hijo. Eran los padres de Cirilo en extremo ahorrone y metódicos; realizaba la madre prodigios de economía, y el padre se contaba en el número de esos hombres de bien pacatos y tímidos, que salen de su casa con una peseta en el bolsillo del chaleco, y vuelven con ochenta y tres céntimos, que entregan religiosamente á su consorte. La madre, mas vivaracha y despierta, azuzaba al padre, y le impulsaba á buscarse la vida, consiguiendo, en su ansia de reunir algún dinerete que gastar en profesores, libros y colegios para Cirilo, que D. Dámaso obtuviese unas cuantas pequeñas administraciones, llevase los libros de un comerciante, y granjease, por medio de estos trabajos desempeñados á las horas que la oficina dejaba libres, un sobresueldo no despreciable, pues al fin muchas pajitas hacen pajar. Los excelentes padres se privaban de toda distracción y huían como del diablo del gasto superfluo: los gabanes de don Dámaso sufrían más reviravoltas que las convicciones de un político vividor; los vestidos negros de doña Clara, de puro llevados y traídos, parecían verdosos ó color de ala de mosca, y mientras presentaban á su unigénito el jugoso *beefsteack* ó el succulento y amarillo cuarto de gallina, saciaban los esposos su propio apetito con una platada de garbanzos ó un

guisado de habichuelas. Para el chico no había de faltar su reconfortante vino puro, ni menos la nutritiva carne, que, según doña Clara, «carne cría».

Porque es de advertir que los padres de Cirilo, en su propósito de completar y perfeccionar la obra de la naturaleza, que les había regalado un chico tan despabilado, bonito y gracioso, no sólo pretendían adornarle con todos los requilorios de la ciencia y la sabiduría, sino atender con celo á su desarrollo corporal, y que la mente sana del rapaz se encerrase en un organismo sano también. Aunque apocado y sin chispa, D. Dámaso no era lo que se llama un ignorante, ni mucho menos: había leído y leía, siempre que se lo consentían sus quehaceres, libros serios y de meollo, y desde que tuvo sucesión prefirió los pedagógicos, llegando á penetrarse bastante de las teorías más flamantes y nuevas, y, sin prendarse exclusivamente de ninguna, hizo él allá á su modo una conciliación ó sincretismo de todas ellas, tomando algo de los sistemas rancieros y pasados de moda, y otro poco de los que más se campaneaban hoy en el extranjero, y por aquí apenas se conocen. De su composición de lugar sacó en limpio D. Dámaso que, poseyendo el hombre un conjunto de órganos que llena cada cual importante fin en la maravillosa máquina del cuerpo ó en el juego de las funciones intelectuales, hay que dar á estos órganos lo suyo equitativamente, sin tacañería y sin prodigalidad derrochadora. Bueno será—pensaba don

Dámaso—meterle á un chico en la cabeza el mapamundi de la sabiduría; pero también conviene que ese mapamundi descanse sobre un pie fuerte y sólido, que no le permita venirse á tierra. Guiado por esta verdad, D. Dámaso avezó á su hijo á los ejercicios corporales,—desde la gimnasia higiénica, que robustece los músculos y ensancha las cavidades pulmonares, la gimnasia artística y natural, que enseña la actitud elegante y noble, y la gimnasia atlética, que proporciona á un hombre el medio de salir airoso en lances apurados, hasta el más reciente capricho del moderno *sport*, ó sea el manejo de los variados artefactos cíclicos.—El cariñoso padre, así que notaba que un ejercicio le desarrollaba al muchacho, por ejemplo, el esternón, inmediatamente pensaba en que no se quejasen las piernas, y discurría el modo de compensarlas con la carrera ó el salto; y así que advertía los efectos beneficiosos del sistema en la vida física de Cirilo, al punto se acordaba del cerebro, y ya estaba buscando el mejor maestro y el método más luminoso y seguro para que el chico se familiarizase con el griego, el francés, la lingüística ó la química. Porque es de advertir que en lo tocante á la adquisición de los conocimientos, el padre de Cirilo adoptó la misma táctica de equilibrio y compensación prudente, huyendo de convertir á su hijo en un enfadoso sabio especialista, ó de limitarle á erudito á la violeta, superficial y petulante.

Entendía D. Dámaso que importa dominar,

no una única materia, en cuyo caso nos volveríamos dogmáticos, exclusivistas é impertinentes, creyendo ó aparentando creer que sólo aquella ciencia significa y vale algo, sino dos ó tres ramas afines, en las cuales adquirimos verdadera superioridad; pero que no por eso deben abandonarse otros estudios, ó cuando menos no deben ignorarse enteramente, pues conviene, como decía cierta eminencia muy respetada por D. Dámaso, asomarse á todos los conocimientos, y tener de ellos un concepto claro y justo, ya que no profundo ni autorizadísimo. Estaba á mal D. Dámaso con los limitados positivistas que reducen á hechos el saber, y quería que su hijo no despreciase la hermosura de esa labor de la mente humana que por filosofía se conoce; pero no transigía con que por eso el chico se perdiese en la abstracción, y abandonando la tierra se echase á pasear por las nubes: le quería conocedor y admirador de lo demostrable, y partidario del método prudente y de la realidad tangible. En arte también procuró D. Dámaso no sacar al muchacho de quicio, haciéndole comprender, desde luego, que si ignorar los rudimentos de las artes y desconocer su valor y su puesto en nuestra existencia,—que tanto embellecen, decoran y encantan,—es digno de un vándalo, también sería ridícula pretensión y majadería intolerable que alardease de artista el que no ha recibido al venir al mundo las dotes de la inspiración. Frató, pues, el buen padre de que Cirilo aprendiese, de música y dibujo, lo que puede lograr un

aficionado; obligóle á que estudiase la lectura y el modo de recitar versos, género de habilidad que casi nadie tiene, pues de los que leen en alto apenas se encuentra alguno que no tutee ó tropiece, que dé sentido á las palabras, que las pronuncie como es debido, y que tenga inflexiones de voz delicadas y sonoras, sino falsas, enfáticas y duras; así es que Cirilo no aprendió á leer con un domine, pero con un actor consumado, —lecciones pagadas por D. Dámaso á muy alto precio.— También quiso el entusiasta padre que su hijo adquiriese una tinturilla arqueológica, y le costeó algunos viajes cortos para que visitase pueblos y monumentos de España, viajes que debían ser para el muchacho como rayo de luz que barriese de sus ojos las telarañas del desconocimiento del ayer. Estos viajecillos aprovecharon á Cirilo para conocer algún tanto la vida práctica, para habituarse á sufrir el calor, el frío, las malas noches y las comidas medianejas, para avenirse á costumbres y usos distintos, perdiendo el mimo de su casa y el miedo á la ajena.

Bien desearía D. Dámaso completar su obra ampliando este capítulo de los viajes, y alargando las correrías de su hijo, no sólo á las más adelantadas y cultas naciones europeas, sino á países remotos, como Norte América, verbigracia, á fin de que actuasen sobre su espíritu, juntamente con las finas, insinuantes y artísticas influencias de nuestra gastada civilización, otras más originales y más juveniles, y, sobre todo, más al diapason de nuestro siglo. Pero

aquí se estrellaban los intentos del excelente padre contra el mayor, más frecuente é insidioso de los obstáculos, ó sea la falta de ese jugo sustantífico y vital que se llama dinero. Aunque la parsimonia de la esposa y la laboriosidad del esposo realizaban prodigios comparables al de la multiplicación de los panes y los peces; aunque los trabajos supletorios y las diversas ocupaciones que había logrado procurarse D. Dámaso fuera de su empleo le proporcionaban ganancias muy lícitas y no despreciables; aunque los jefes de D. Dámaso, habiendo llegado á considerarle indispensable en el negociado por su asiduidad, inteligencia y práctica, le fueron empujando al ascenso, y al consiguiente aumento de sueldo, es la verdad que sin embargo no pudo realizar su sueño de enviar á Cirilo por esos mundos de Dios, á correr cortes y realzar su educación singularísima con la variedad de impresiones y la experiencia precoz que proporciona el rodar por el vasto mundo.

Así y todo, diré en poridad que Cirilo, á los veintitrés años que dió por terminada su educación, era un pasmo de criatura. Versado especialmente, dentro del terreno de la ciencia, en la filosofía india y en la venerable lengua prákrita, tenía la ventaja de que, como estos dos ramos los han cultivado en España contadísimos individuos, tan contados que por los dedos se saca la cuenta, nadie sería osado á disputarle la supremacía. En arte tenía Cirilo salero especial para pintar unos caprichosos

platitos al humo, que arañados después con un palillo, y barnizados, producían efecto sorprendente colgados en la pared; y demostraba aptitud notable para tocar la mandolina, raro instrumento de la Edad Media, cuyo sólo nombre recuerda mil escenas románticas. En los ejercicios corporales era maestro, y por prurito de aprender, había aprendido hasta á banderillar toros y á subir por cucañas untadas de sebo. Nada diré de su destreza para la esgrima y la equitación, nada de su rejo y vigor para la lucha, nada de su buena gracia para danzar y de sus proezas en el trapecio; únicamente advertiré que por reunirse en el muchacho los primores de las educaciones antigua, moderna y novísima, el doctor en idioma prákrito había aprendido un oficio, y con el garbo del mundo echaba gentiles medias suelas á unos zapatos ó preparaba las cañas de unas botas.

Si á todo esto añadís la poca edad, la mucha robustez y brio, la gallarda disposición del cuerpo, la interesante y simpática del rostro, en fin, las prendas todas que esmaltaban aquella joya tan cuidadosamente montada por D. Dámaso para lucir y resaltar donde quiera que se presentase, podréis comprender que el padre creyese llegado el punto de exhibirla y ostentarla, y que, inspirado por esta idea, llamase á su cuarto á Cirilo en presencia de su madre, y le dijese lo que verá el que siga leyendo.

II

—Hijo mío, bien habrás notado que tu madre y yo no hemos perdonado sacrificio para darte una educación que de fijo, en España, no la recibe ni mejor ni tan completa el mismo rey. En la seguridad de que no habíamos de tener otro vástago más que tú, agotamos contigo todo el cariño y la abnegación que Dios nos había dado sin duda para repartir entre veinte retoños. Nuestras vidas oscuras y sin goce no tienen más significación que la de haberte producido á tí, que sin duda estás destinado á otro vivir diferente, y tan superior al nuestro, como lo es un diamante á un guijarro. Pero todo tiene sus límites, hijo del alma, y has de saber que tu mamá se siente quebrantadísima de salud, y yo, por mi parte, no ando mejor: el depósito de mis fuerzas se encuentra exhausto. Quiere decir, que necesitamos reposar, cuidarnos unas miasmas y echarle al cuerpo, viejo y en ruinas, un reparillo, pues de otro modo se vendría á tierra. Es preciso que tu madre tome una criada más, y tenga ropa

platitos al humo, que arañados después con un palillo, y barnizados, producían efecto sorprendente colgados en la pared; y demostraba aptitud notable para tocar la mandolina, raro instrumento de la Edad Media, cuyo sólo nombre recuerda mil escenas románticas. En los ejercicios corporales era maestro, y por prurito de aprender, había aprendido hasta á banderillar toros y á subir por cucañas untadas de sebo. Nada diré de su destreza para la esgrima y la equitación, nada de su rejo y vigor para la lucha, nada de su buena gracia para danzar y de sus proezas en el trapecio; únicamente advertiré que por reunirse en el muchacho los primores de las educaciones antigua, moderna y novísima, el doctor en idioma prákrito había aprendido un oficio, y con el garbo del mundo echaba gentiles medias suelas á unos zapatos ó preparaba las cañas de unas botas.

Si á todo esto añadís la poca edad, la mucha robustez y brio, la gallarda disposición del cuerpo, la interesante y simpática del rostro, en fin, las prendas todas que esmaltaban aquella joya tan cuidadosamente montada por D. Dámaso para lucir y resaltar donde quiera que se presentase, podréis comprender que el padre creyese llegado el punto de exhibirla y ostentarla, y que, inspirado por esta idea, llamase á su cuarto á Cirilo en presencia de su madre, y le dijese lo que verá el que siga leyendo.

II

—Hijo mío, bien habrás notado que tu madre y yo no hemos perdonado sacrificio para darte una educación que de fijo, en España, no la recibe ni mejor ni tan completa el mismo rey. En la seguridad de que no habíamos de tener otro vástago más que tú, agotamos contigo todo el cariño y la abnegación que Dios nos había dado sin duda para repartir entre veinte retoños. Nuestras vidas oscuras y sin goce no tienen más significación que la de haberte producido á tí, que sin duda estás destinado á otro vivir diferente, y tan superior al nuestro, como lo es un diamante á un guijarro. Pero todo tiene sus límites, hijo del alma, y has de saber que tu mamá se siente quebrantadísima de salud, y yo, por mi parte, no ando mejor: el depósito de mis fuerzas se encuentra exhausto. Quiere decir, que necesitamos reposar, cuidarnos unas miasmas y echarle al cuerpo, viejo y en ruinas, un reparillo, pues de otro modo se vendría á tierra. Es preciso que tu madre tome una criada más, y tenga ropa

abundante y de abrigo, y consulte á un médico entendido, y vaya á aguas donde se le alivie el maldito reuma, y coma bien, y duerma mejor, y se distraiga un poco la pobrecilla con el goce de asistir á algún teatro... en fin, mil cosas que sé que le hacen falta para no dar consigo al traste; y asimismo convendría que yo, cansino del trabajo árido á que me consagré y de forzar la máquina para que este trabajo rindiere lo necesario, tenga buena alimentación, vino de Jerez, que es la leche de los viejos, libros que me distraigan, esparcimiento que me haga conllevar mis secatonas tareas. Todo esto, Cirilo, en dinero se cifra. Lo que gastábamos antes en tus maestros.—¡y cuidado que son caritos los señores maestros en Madrid!—y en libros, y en viajes, y en el picadero, y en el gimnasio, y en tantísima cosa como dentro de esa cabeza te hemos metido, ahora vamos á dedicarlo á nuestra comodidad y al cuidado de nuestros molidos huesos. A tí, de hoy más, te miramos como al paladín armado de todas armas, avezado á los ejercicios militares, dispuesto para entrar en la liza, y que sólo tiene que embrazar el escudo, asestar la lanza, y conseguir la victoria.

Cirilo oyó atentamente á su padre, sin interrumpirle ni dar la más mínima señal de impaciencia, en lo cual sin duda ya se revelaban los efectos de la excelente educación y cultura de su espíritu. Y así que vió á D. Dámaso en actitud de quien aguarda respuesta, sonrió con agrado y dijo con convicción y sencillez:

—Está muy puesto en razón, papá, todo lo que V. piensa, y le aseguro que para mí será una satisfacción imponderable el que Vds. se cuiden y se regalen cuanto les sea posible, y alarguen así la vida, si cabe, mil años. Bien sé que no me juzga V. tan bárbaro ni tan egoísta que no haya sentido siempre gran repugnancia á verme mejor tratado de lo que se trataban Vds. Vuelvan las cosas á su quicio, y yo señalaré la fecha con piedra blanca: pues como dice el Mahabarata, el padre es el sustento y el vigor del hijo, la cuerda de su arco y la pupila de sus ojos. En esto quedamos, y de esto no hay más que hablar por ser cosa tan natural, justa y obvia. Pero ya que la magna tarea de mi educación debe considerarse terminada, ya que soy el paladín armado para la lucha, permítame V. papá, que le pregunte: ¿cuál lucha es esa; qué enemigos tengo que combatir y qué victoria es la que debo ganar? O más claro, y dejándonos de decir figuradamente lo que puede expresarse con lisura: ¿qué objeto se han propuesto Vds. al darme una educación tan superior á sus medios de Vds. y á mi categoría social? ¿Qué tengo yo que hacer; á qué debo aspirar; cuáles han de ser mis propósitos y mis actos, para corresponder á los fines de Vds. y para que no se desaproveche y malogre todo lo que por mí han hecho? Esta pregunta ya supondrán Vds. que no se me ocurre hoy, queridos papás; esta pregunta desde hace mucho tiempo me bulle en la boca y en el deseo, pero no me he resuelto á formularla, prestán-

dome á atesorar habilidades y conocimientos sin darme cuenta del para qué, y aguardando á que se revelase mi porvenir. Ea, pues: ya que ha llegado la hora, enterenme Vds. de mi providencial misión. ¿Hacia qué punto del horizonte dirijo la cabeza del caballo? ¿Qué empresas solicitan mi actividad y mi valor? Estoy dispuesto... digo mal, deseoso de entrar en la liza á probar mi denuedo y mis fuerzas.

—Ahora —repuso el padre— es cuando empieza la liza para tí. Porque yo, que he sabido dirigir tu educación y consagrar á ella toda la médula de mi pobre vida, no sé, llegado el momento de aprovecharla, de gozar los frutos de mi sudor, decirte dónde y cómo los vas á recoger. Paréceme que es la educación algo análogo á la vida: un don precioso, inestimable, sin equivalente, pero que no se da á nadie con fin predeterminado ni con la obligación y estricto deber de emplearlo en esto ó aquello; sino que las circunstancias y las aptitudes nos dirigen insensiblemente, y esta dirección sólo es capaz de modificarla el interesado, sin intervención ajena, pues nadie puede vivir en lugar de otro, ni sustituirse á otro en lo esencial. Así, pues, hijo mío, al declararnos tu madre y yo exentos del cuidado y gasto de educarte, por creer que hemos hecho lo muy suficiente, te emancipamos en lo referente á buscarte tu rumbo, declarándote intelectualmente mayor de edad, y dejándote dueño de tu albedrío. Posees diploma oficial de dos carreras, la de Derecho y la de Filosofía y Letras, y por lo tanto,

te hallas en aptitud de seguir varios caminos, á tu elección; pero en tales diplomas no es, á mi ver, donde has de encontrar la senda que te lleve á la fortuna y á la gloria. Porque si bien tu madre y yo no queremos influir en lo más mínimo sobre la elección del fin á que consagres tu actividad; si bien queremos dejarte una libertad omnimoda y no echar en la balanza ni el peso de un consejo—estamos convencidos de que para algo grande y estupendo has nacido tú y te hemos preparado y adobado nosotros, á costa de privaciones y vigiliat. A tí te toca, pues, dirigirte, y á nosotros regocijarnos de tu seguro y esplendoroso triunfo.

De aquí no pudo sacar Cirilo á su padre, por mucho que insistió en pedirle opinión que le iluminase sobre tan difícil problema; con lo cual quedó Cirilo sumergido en un mar de confusiones, engolfado en mil dudas y recelos, y al par mecido por las ilusiones más fantásticas y ardorosas, pues el vaticinio de su padre de que á algo inaudito y piramidal llegaría, le excitaba el cerebro, y á cada vuelta del pensar le parecía más verosímil y más próximo. Intentaba Cirilo adivinar lo futuro, y creía divisar, entre los limbos de lo que aún no tiene forma ni color, algo como ancha vía enarenada sobre la cual—á considerable distancia la una de la otra—se elevaban tres arcadas majestuosas, constituyendo una especie de carrera triunfal por donde pasaba, sereno é impávido, un hombre que tenía su mismo rostro, su mismo talle; que

era, en suma, Cirilo en persona. Y Cirilo se estremecía, casi reventaba de placer, al considerar la magnificencia y, sobre todo, la expresiva significación de aquellas tres arcaditas. La primera, toda entretejida de verde y fresquisimo follaje de mirto, estaba recamada de rosas lindas y muy fragantes, de los varios y vivos colores que tienen las variedades de esta preciosa flor: las había blancas como el sueño de una virgen, de un tono de nâcar como las ilusiones de la juventud, amarillentas y pâlidas como la nostalgia, encendidas como el deseo, de un pûrpura sangriento como la pasión insaciable, sombrías como los celos. De este arco de rosas se exhalaba una fragancia tan exquisita, que enajenaba los sentidos y hacía perder la razón, pero con un enloquecimiento ó trastorno muy grato, más delicioso aun para Cirilo, porque es fuerza confesar que con sus grandes estudios y la complicada mecánica pedagógica de su padre, Cirilo no había respirado rosas de cerca, y no estaba familiarizado con su deleitoso é insinuante perfume. La segunda arcada era de estilo enteramente distinto y de muy diferente materia: componíase sólo de bronce y mármol, todo labrado con admirable artificio, sin duda por el cincel del más diestro escultor del mundo, pues no se diría si no que Benvenuto Cellini, con su portentosa maestría, había ahondado aquellos relieves tan perfectos. Representaban asuntos alegóricos, todos referentes á escenas de victorias y de regocijos, de multitudes que se congregan para aclamar á un triunfador ó á

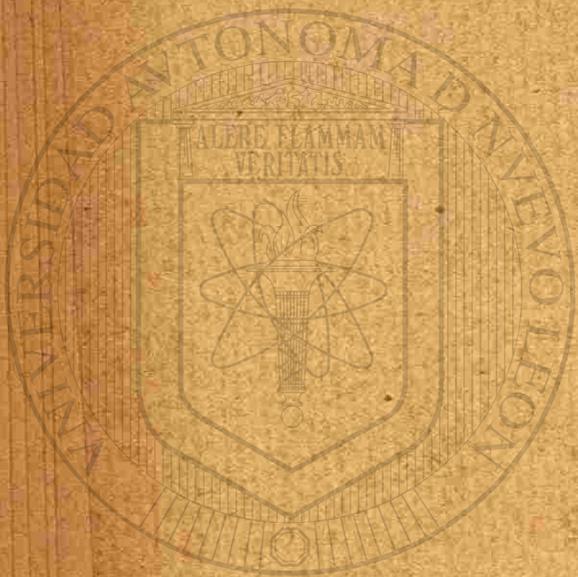
un héroe, de entradas bajo palio en populosas ciudades, entre olas de gentío, que lleva en la mano airosas palmas y á quien parece que se oye gritar *Hosanna*; de desfiles de ejércitos cargados de coronas de laurel y despojos enemigos, y á cuya cabeza marcha un joven gallardo, arrogante, hermoso, con los cabellos flotando al aire, y la mirada destellando júbilo y altivez. Los carros parecían rodar; relinchar los indómitos corceles, hiriendo la tierra con el duro casco; la trompetería, rasgar el aire con sus estridentes sonos; el polvo, arremolinarse en densas nubes, que no conseguían, sin embargo, eclipsar el radiante sol de la victoria, cuyos destellos hacen refulgir las armas y encienden una aureola en las pâlidas frentes. No se crea que todos los relieves del arco aludían á la gloria militar: en otros se veía á un mancebo rendido de sueño ó de fatiga, descansando la cabeza sobre la mesa donde están esparcidos libros y papeles, y un alado genio, de flotante ropaje, depositaba un beso en su sien, le rodeaba con sus brazos el cuello, y le presentaba una lira, como anunciándole las preces y lauros de la poesía y del arte. En otros lienzos de la arcada aparecían escenas alusivas á luchas incruentas; un sabio entre alambiques y retortas, en el momento de realizar algún descubrimiento portentoso y para la humanidad utilísimo; un gobernante promulgando una ley de admirables efectos, y que los pueblos acogen con clamores de entusiasmo y gratitud. Y así sucesivamente representábanse en la arcada todos

los casos en que un hombre, por alguna acción señalada y memorable, se eleva sobre los demás y se convierte en ídolo de la muchedumbre.

El tercer arco, si bien menos poético en su significación que los anteriores, no dejaba de atraer tenazmente los ojos de Cirilo. Era nada menos que de oro purísimo y macizo: enteramente: lo que se dice de oro, desde la base hasta el coronamiento y el ático. Y aun esto del oro sería lo que menos resaltase en tan espléndido monumento: lo que completaba su magnificencia y rareza increíble eran las pedrerías de que estaba cuajado, y que por su tamaño y limpieza debían de valer un imperio. Desde el diamante claro y fulgente como una estrella, hasta el oscuro granate y el negro ónice; desde la perla de Goleonda al zafiro oriental; desde el bezoar de mágicas virtudes á la casta amatista, allí estaban cuantos tesoros la tierra guarda en su seno, cuantas riquezas deslumbran en los sátrapas, todos los ricos minerales en que la naturaleza agotó luces y colores. Y con ser tan sorprendente en el arco portentoso aquella suntuosidad increíble, que sólo se ve en los cuentos fantásticos, era lo que menos asombraba, pues una cualidad rarísima se advertía en él, y es que hacia su base confluían muchas sendas, que formaban como una estrella de innumerables radios; y estas sendas que partían del arco, se bifurcaban después y se repartían en otras infinitas que á su vez iban subdividiéndose, y abarcando todos, absolutamente todos los caminos del mundo, sobre el cual se tendían á manera

de sutil red, sin que en el espacio del planeta pudiese decirse que existía ningún lugar al cual no se pudiese llegar presto, partiendo del arco de oro. Y no es eso sólo, sino que cuanto más se aproximaban al arco, más fáciles, anchas y practicables se hacían las sendas, de modo que podía asegurarse que tomando el arco por punto de partida, ni el viajero erraría la ruta, ni le detendría ningún obstáculo.

Al pronto Cirilo quedóse un tanto perplejo, discuriendo cuál de las tres arcadas escogería para pasar por ella. Las tres le parecían encantadoras, dígase la verdad: dulcemente atractiva la de mirto y rosas; noblemente incitante la de bronce y mármol; tentadora y mágica hasta lo sumo la de oro y piedras. Y después de recapacitar y de sumar y recontar sus propios méritos, determinó Cirilo que pasaría sucesivamente bajo las tres.



III

Adoptada esta resolución, ni más ni menos que si las arcadas vistas durante una especie de sueño con los ojos abiertos fuesen tan reales y verdaderas que las estuviese tocando con las manos, Cirilo empezó a pensar en cómo se obtienen a la vez los triunfos del amor, de la ambición y de la omnipotente riqueza. Y aquí, naturalmente, se iniciaron sus perplejidades.

Bien se le alcanzaba a Cirilo— aunque poco versado en la ciencia del vivir— que por mucho que supiese y valiese, por mucho que le adornasen los estudios y las gracias de la persona, estos méritos son como el diamante en la mina, y sólo al contacto de la sociedad refulgen y descubren sus luces y sus quilates. Para que el mérito de la piedra preciosa pueda estimarse, menester es que por algún medio lleguen a enterarse las gentes de que existe, y necesario sobre todo que las ocasiones y las circunstancias faciliten los medios de que luzca y sea contemplada. En resumen, Cirilo comprendía

que era indispensable cimentar el edificio de su futura grandeza, felicidad y renombre, pero no veía ese pícaro cimiento, ese cabito en pos del cual, tirando bien y con maña, había de venir toda la madeja de un destino incomparable y deslumbrador.

Cirilo y su familia apenas trataban á nadie, pues no pueden asimilarse á lo que entendemos por *trato* las relaciones esencialmente interesadas y secas con maestros y catedráticos, y hasta con compañeros de aula, hoy que se ha suprimido la fraternidad escolar. Los padres de Cirilo por modestia y por evitar gastos; Cirilo por haberse abstraído completamente en sus estudios y en los ejercicios que los completaron, carecían de relaciones, y mucho más de relaciones lucidas, de esas que ponen en conveniente evidencia, siendo como pedestal donde se destaca la figura. Con todas sus sabidurías, sus habilidades y sus gracias, nuestro Cirilo era en la corte uno de los infinitos sujetos anónimos que pasan y repasan sin que nadie vuelva la cabeza para concederles la limosna de una mirada, de un elogio, ó de una murmuración. Ciertamente que si las aspiraciones de Cirilo hubiesen sido modestas y al alcance de la mano, podía empezar á lograrlas bien pronto, pues los jefes de D. Dámaso y hasta el propio ministro del ramo de D. Dámaso, estimando con justicia la asiduidad y la inteligencia de empleado tan probo, no se negarían á buscar para su hijo una plaza subalterna, desde la cual, por sus pasos contados y con gran ca-

chaza y formalidad y algún favor, iría ascendiendo hasta lograr, al fin de su vida, la categoría de su padre ó cosa análoga. Tampoco le sería difícil á Cirilo, después de tanto quemarse las cejas, hacer oposiciones á una cátedra, lo cual le aseguraría un mezquino sueldo y la probabilidad de vender á cinco duros el libro de texto que valiese tres pesetas; ni menos le faltaría el indigesto recurso de dedicarse á dar lecciones particulares, ó de meter la cabeza en la redacción de un periódico, ó de buscar un establecimiento comercial donde le dedicasen á llevar la correspondencia extranjera, ó de ingresar en la carrera jurídica, ó... Lo malo es que por ninguno de estos senderos veía Cirilo que se pudiese llegar ni siquiera á acercarse á las tres hermosas y sugestivas arcaídas. Para recorrer cualquiera de esos caminos largos, oscuros, deslucidos y fatigosos, reconocía Cirilo que le sobraban más de las tres cuartas partes de su brillante y escogidísima educación. Para la cátedra, podrían servirle, si no el prákrito y la filosofía india, la química ó el griego, pero tendría que prescindir de la pintura, la música, la equitación y la arqueología. Para la redacción del periódico no le vendrían mal sus conocimientos generales; pero las especialidades le estorbaban y la filosofía érale completamente inútil: quizá no le faltaría ocasión de ejercitar la esgrima del palo. En resumen, para cualquiera de las varias direcciones que podía elegir, Cirilo comprendía que bastaba con muy poco de lo aprendido, practi-

cado y trabajosamente adquirido, y que si se trataba de ser catedrático, juez, empleado, periodista, ó cosa por el estilo, no debió haber madrugado tanto la guarnición, como suele decirse. Cirilo no pensaba emprender carrera artística, dedicándose, por ejemplo, á la música, á la pintura ó á las letras, pues si bien de todo esto poseía nociones y no cabía considerarle un profano, se le alcanzaba que para el arte es preciso haber nacido con especialísima gracia y disposición y llevar dentro del alma un no sé qué, y á la vez una afición invencible á ejercitar esos naturales dones, perfeccionando y desarrollando así la obra de la naturaleza, y llegando á dar á las facultades todo su empleo. Y Cirilo no notaba en sí afán de cultivar las artes cuyos rudimentos había adquirido, ni particulares disposiciones para ninguna de ellas. Asistía á un concierto, y se quedaba frío; tenía delante un cuadro de Velázquez ó de Rembrandt, y sólo se le ocurría que estaba muy bien pintado; leía á Goethe y á Homero, y aunque no dejaba de saborear sus obras maestras, no advertía prurito de lanzarse á escribir ni una mala redondilla. Confuso por esta especie de indiferencia, discurrió Cirilo si sería la ciencia su vocación preferente; pero tampoco por este lado vió luz, pues si no aborrecía el estudio y no le parecían tediosos los libros, ya era mayor su deseo de ver mundo y de iniciarse en los misterios de la sociedad, que el de continuar tratando asiduamente á la señora Urania. En suma, Cirilo, mirándose y remirándose hacia

el espíritu, no consiguió averiguar dónde ardía la chispa misteriosa. Pero aunque no columbraba siquiera cómo escalaría las cimas, Cirilo estaba completamente seguro de escalarlas, y no con pacientes esfuerzos, con trabajo diario y asiduo, sino por un golpe de varilla mágica, ó, mejor dicho, por imposibilidad absoluta de que la cantidad de fuerza sumada en él no cautivase á la suerte, trayéndola á sus pies enamorada y rendida. Esto sí que no podría fallar: tan seguro como el maná para los israelitas en el desierto. Una cosa era que no se sospechase cuándo ni cómo acudiría, y otra que acudiría la suerte, sin falta, y generosa y leal. Si no ¿á qué tanto trabajo y tanto esfuerzo invertido en la labor de su educación? Recordaba Cirilo que los libros sagrados y los poemas de la India hablan de ciertos bramanes que han sufrido maceraciones tan horribles, que purificado y concentrado su espíritu, conviértese en eje del universo, y un deseo de los tales bramanes es una orden para la obediencia naturaleza. Algo semejante suponía Cirilo que iba á acontecerle, por la cantidad de energía que su educación representaba.

La misma relativa y aparente inutilidad de muchas cosas que le habían hecho aprender; el carácter puramente ornamental y poético de un lado de su cultura, indicaban que él era un escogido, un ser señalado de antemano para algo sublime, besado en la frente por la fortuna, como lo fué un día Napoleón. Su destino tenía que ser diferente de tantos y tantos des-

tinios vulgares y prosaicos como veía á su alrededor: en esto sí que no cabía duda; ya la suerte, apoyado el blanco pie sobre la rueda de oro, esperaba sonriendo á dar la rápida vuelta que encumbrase á Cirilo hasta las nubes y le hiciese refulgir entre sus contemporáneos. Si Cirilo poseyese, como el emperador Vespasiano, alguna encina consagrada á los dioses, no le sorprendería verla retoñar prodigiosamente, ni que le dijese el oráculo que por alta empresa que meditase, podía estar seguro del éxito feliz.

En tal disposición de ánimo Cirilo, y mientras pasaban días sin que acabase de elegir ocupación ni carrera, un día que paseaba por matar el tiempo, encontróse de manos á boca con su antiguo profesor de esgrima, italiano inofensivo y bonachón, que respondía al terrible nombre de Aquiles Tagliatesta. Siempre se había mostrado el tal Aquiles cariñoso y bien intencionado con Cirilo, y donde se tropezaban discípulo y maestro se saludaban afectuosamente, preguntándose por su vida con gran interés, y acostumbrando Aquiles decir á Cirilo que si hallaba ocasión de servirle y serle útil, no la desperdiciaría. Esta vez conoció Cirilo, en el aire misterioso del italiano, que algo muy importante tenía que comunicarle; y acertó, porque el maestro de esgrima, después de arrastrarle á un cafetucho, donde se sentaron en actitud de despachar dos colmados tanques de cerveza, le enteró de que tenía para él una excelente noticia, ó, para hablar con propie-

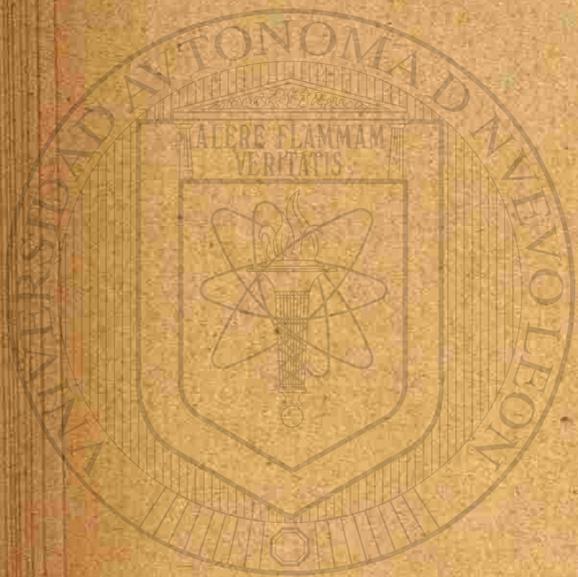
dad, una excelente colocación, verdadera ganga, que ni buscada con un candil. Mientras el italiano, con la hiperbólica facundia de su raza, ponía la colocación en las nubes sin decir aún en qué consistía, Cirilo pensaba que, fuese lo que fuese, no sería sino una miseria, bien inferior y diferente de lo que él se prometía y aguardaba. Así fué que oyó al italiano con una calma y una frialdad que dejaron parado al buen hombre, pues creía ofrecer á Cirilo cosa equivalente al premio gordo.

Tratábase nada menos que del puesto de secretario íntimo y particular del duque de Ambաս Castillas, personaje empingorotado por todos conceptos, excelso en linaje, pingüe en hacienda, cargado de honores, y que precisamente en aquel momento desempeñaba altísimo puesto en la gobernación del Estado. Lo que Tagliatesta brindaba á Cirilo, no era un empleo, sino un cargo privado, que ejercería desahogadamente en la misma casa del duque, espléndidamente retribuido, comiendo á su mesa, tratado con suma distinción, y puede decirse que formando parte de la familia é investido con toda la confianza del magnate. Adelantándose á las preguntas que pudiese dirigirle Cirilo, Aquiles explicó que el duque, asediado por compromisos políticos, y acosado por recomendaciones todas de gran fuerza y peso, no había encontrado más medio de salir del apuro que dejarles iguales á todos, y buscar un secretario desconocido, que no le hubiese recomendado nadie, y á quien sólo abo-

nasen sus propios merecimientos y condiciones. A este fin el duque investigó, escudriñando con maña aquí y allí, sobre todo en esferas sociales donde los intereses políticos no están en juego, y puede dejarse oír la voz de la verdad. Acostumbraba el duque hacer armas dos veces por semana á domicilio, bajo la dirección de Aquiles, y por el maestro de esgrima había averiguado la existencia de un mancebo de modesta posición, edad conveniente, instrucción maravillosa, y que en carácter, modales y figura, era cortado á la medida para el cargo que deseaba conferirle el duque. No bastándole los informes de Tagliatesta, había tomado lenguas, enterándose de multitud de detalles á cual más propio para confirmar los encomios del maestro de esgrima.

Supo la honradez, la competencia y el intachable comportamiento de D. Dámaso; se enteró, no sin sorpresa, de lo escogido y variado y extraño de la cultura de Cirilo; encarecieronle su simpática apostura y no común discreción; se cercioró de que no estaba afiliado á ningún partido, ni conocía á nadie, ni era, en suma, sino una tablilla cubierta de cera y lisa y rasa, preparada á recibir lo que grabasen en ella. Resolvió el duque grabar, por medio de la liberalidad y los beneficios, la lealtad y la gratitud; determinó pagar bien y tratar óptimamente al joven secretario, y descargar en él el peso de ciertas tareas que ya le iban siendo enojosas, como extractar libros, recoger citas y argumentos para contestar á contradicto-

res, redactar discursos, manifiestos y correspondencia delicada y peliaguda, y, en suma, tener en el mozo Hinojales un otro yo, pero un yo joven, sabio, activo, diestro y que podía ahorrar al verdadero yo ducal y político infinitas molestias. Hasta fué lisonjero para el duque saber que su futuro secretario era profesor en la esgrima, el tiro al blanco y la equitación, pues nada hubiese desagradado tanto al elegante señor como tener que habérselas con un pedante tímido y apocado, y le deleitaba encontrar un erudito forrado en *sportman* y fácil de transformar en *dandy*. Propúsose, pues, que el secretario quedase tan satisfecho de su situación, que no pensase en dejarla por otro puesto ninguno.—Y ocho días después de la conferencia con Aquiles en el café, Cirilo, instalado ya en el palacio de Ambas Castillas, se ponía por primera vez de su vida el frac, para bajar á comer servido por criados de calzón corto.



IV

Al llegar aquí es necesario, para mejor inteligencia de esta historia, decir de qué personas se componía la familia del duque, entre la cual vivía Cirilo.

Habiase casado el gran señor en primeras nupcias con una dama de la más calificada nobleza, poseedora de varios títulos y dueña de fincas y rentas pingües, que constituían uno de los mejores y más saneados caudales de España. Falleció esta señora á los pocos años de matrimonio, dejando á su esposo en prenda de su unión, dos niños y una niña. Al mayor de los niños, lindo y robusto, se lo llevó al cielo la difteria; quedó el segundo, Fernán, todo retuerto y canijo, y la niña, Leonela, que, aunque pálida, desmedrada y sujeta á frecuentes ataques nerviosos, tenía mil adoradores que acudían formando enjambre, como moscas á la miel, porque era muy verosímil que, dada la mala salud y la vida licenciosa y calaveresca

de su hermano, en la cabeza de la señorita Leonela llegasen á reunirse los bienes, títulos y grandezas de la egregia casa.

No encontrando el duque gran entretenimiento ni eficaz consuelo en la paternidad, solazó su viudez con diversas aventuras más ó menos secretas, hasta que clavó la rueda de su voluntad una mujer seductora, una de esas mujeres que al cruzar serenas y desdeñosas por entre la multitud, gozan el privilegio de alzar un rumor lisonjero, himno de loores que entonan á su belleza cuantos tienen la dicha de admirarla. La nueva duquesa de Ambros Castillas era oriunda de Valencia y criada en Córdoba, y aliaba á la hermosura plástica la gracia divina propia de los países de luz. Morena y alta sin desgarbo, sus ojos negros, sus acentuadas facciones y sus labios curvos y turgentes recordaban la raza semítica, de la cual tal vez corrían por sus venas gotas de sangre. De la majestad de su cuerpo, de la forma tornátil de su cuello y brazos, de la atracción de su sonrisa, de otras mil perfecciones que podrían detallarse en la duquesa, nada contaré por no extender demasadamente este tentador capítulo. Sólo añadiré, pues conviene para buena inteligencia del lector, que la duquesa era de familia acomodada y noble, aunque no tanto, ni mucho menos, como la del duque. Este, al casarse, no había incurrido propiamente en lo que se dice *mesalianza*, pero, sin descender de un modo censurable, había hecho una boda de gusto y amor. La duquesa poseía hasta tres ó

cuatro mil duros de renta que el generoso marido la dejaba para alfileres menudos, sin contar otros alfileres de cabeza más gorda, que pagaba él contentísimo. Además, el duque tenía en su casa, como á cosa propia, á una hermana soltera de la marquesa. La tal hermana soltera, que jamás se apartaba de los duques, distaba mucho de poseer la espléndida beldad de la duquesa, y no obstante se parecían, en la estatura, el andar, y en ese indefinible *no sé qué* conocido por *aire de familia*. Llamábase Fina, y el nombre la cuadraba perfectamente, pues era suave y delicada en su trato, y de simpático y dulce carácter.

Entreteníase Cirilo en mirarse disimuladamente al espejo colocado sobre la chimenea, para enterarse de cómo le sentaba la nueva ropa y cerciorarse de que le caía como un guante, cuando fueron entrando en el saloncito que precedía al comedor las personas cuyo inventario queda hecho, amén de una institutriz alemana muy seria y de muchas libras. Primero bajó el duque, deseoso de quitar á su secretario la natural cortedad, de presentarle á todos y de colocarle desde el primer día en el pie de imperceptible y dorada dependencia que le correspondía allí. Hablóle con familiaridad y llaneza, pero en aquella misma llaneza de gran señor, notó perfectamente Cirilo el matiz de la relación que debía mediar entre ellos, y como discreto y altivo suprimió el *usted*, y mientras el duque le llamaba *Hinojales*, él se guardó muy bien de emplear otra fórmula que *el señor*

duque. No ha de negarse que le causó esto alguna mortificación, pero supo disimularla.— Poco después que el duque apareció la señorita Fina, vestida con modestia, de seda gris, y sonriente y afable como de costumbre. Luego se dejó ver Leonela, que, ataviada con original coquetería y peinada con artístico refinamiento, realizaba los pocos atractivos que le había prodigado la naturaleza, y los realzaría mejor si no viniese, no se sabe por qué, fosca, de mal humor y encapotada. Detrás de Leonela no tardó en presentarse la duquesa, de blanco, con una sierpe de diamantes en el pelo, hecha un sol de buena moza, tanto que desde su aparición, parecía mejor alumbrada la estancia. Todas las señoras estaban escotadas, dispuestas á concluir la noche en el Real; y al dar el reloj las ocho y media sin que Fernán apareciese, el duque dispuso que se sirviese la comida, porque el caso era frequentísimo y muchas las veces que el señorito comía en el Casino, en el Club ó Dios sabe dónde.

En ese momento de silencio que generalmente acompaña á la operación de trasegar la sopa del plato al estómago, Cirilo, mirando á hurtadillas á su alrededor, tuvo tiempo de pensar mil y mil cosas que de súbito le cortaron el apetito. Sentado al lado de la señorita Leonela y casi frente á la duquesa de Ambas Castillas,—sin vacilar un instante, sin que le contuviese ningún género de consideración ni se le apareciesen de relieve los obstáculos que podría encontrar un plan tan atrevido y loco,—con la pres-

teza del rayo decidió Cirilo que aquellas dos mujeres, las primeras que encontraba, tan altas, tan empingorotadas en la cumbre de la sociedad, tan bien ataviadas, y tan distantes de él que probablemente ni notaban su presencia, podían servir de base á dos de las arcadas que había visto soñando despierto. La duquesa, con su mágica y fascinadora beldad, representaba la arcada de mirto y rosas. Leonela, con su fabulosa riqueza y sus rancios y altaneros timbres, era la arcada de oro. Y en cuanto á la arcada de bronce y mármol, ó sea la que significa fama y gloria, ¿en quién podría Cirilo basarla mejor que en el ilustre prócer que le dirigía la palabra en aquel momento, ó sea en el duque? El duque abriría á su *yerno* las puertas más cerradas é infranqueables; el duque empollaría y sacaría á luz su reputación; el duque le serviría de pedestal á él, á Cirilo Hinojales, y le daría el hilo conductor para orientarse al través de los laberintos de la política, hasta que pudiese recorrerlos por cuenta propia, dejándose á su mentor muy atrás... ¡Y ya tenemos á Cirilo viendo palpables las tres arcadas, tocándolas con mano ansiosa y febril! Tan persuadido se sintió de que, en efecto, los hermosos arcos estaban allí, en el florido centro de aquella mesa misma, que empezó á acongojarle y producirle como una especie de trasudor el pensamiento de que tal vez iban á ser incompatibles dos partes de su destino, pues si otorgaba su preferencia á la duquesa, se celaría y enojaría mucho Leonela, y si optaba resueltamente por Leone-

la, la duquesa se había de sentir y hasta oponerse á la boda con todas sus fuerzas y su poderoso influjo. Y esto de la oposición de la duquesa consternó á Cirilo tanto, que estuvo á punto de creer fallidas sus esperanzas, por ser el obstáculo formidable. Con semejante incertidumbre y zozobra volvió á mirar y remirar á las dos damas, á fin de resolver allá en sus adentros cuál de ellas era más merecedora de que se cifrase en ella el porvenir. En semejante examen visual, no cabe duda que habían de estar por la duquesa todas las probabilidades de victoria. Era la primera vez que Cirilo—que, como sabemos, había vivido ignorante de las pasiones y apartado del trato con mujeres,—veía tan de cerca á una, adornada con todas las perfecciones y gracias y capaz de trastornar el seso á un anacoreta penitente. Contemplando de soslayo á la duquesa, Cirilo sentía que por sus venas circulaba derretida y candente lava volcánica, y veía en el espacio lucecitas de colores y sentía el zumbido en los oídos que caracteriza el paroxismo del deseo. La sola idea de merecer—ó disfrutarlos sin haberlos merecido—los favores de aquella deidad, estremecía á Cirilo con toda la fuerza emotiva propia de los veinticuatro años, transportándole á regiones que se parecen mucho al paraíso. Como el marino que mira desde lejos la isla donde pronto sentará el pie, y se recrea en su verdor y feracidad, y ya cree aspirar el perfume de las flores y la deliciosa esencia de los sazonados frutos que penden de los árboles, Cirilo deta-

llaba de antemano las divinas perfecciones que custodiaba el blanco corpiño, y se abismaba en la luz voluptuosa de los árabes ojos y en la sonrisa de la boca fresca como la flor del granado. Todo esto era, ¡quién lo duda! un trasunto del cielo; pero también es fuerza confesar que otras veces las ventajas de Leonela, aunque no encarnadas en algo tangible, se representaban con extraordinaria viveza á la fantasía de Cirilo. Juraría él que tenía presentes las dehesas, los olivares, los majuelos, las casas, los valores y títulos, y, en suma, todas las formas de propiedad que constituían la magnífica fortuna de la casa de Ambas Castillas; y además—suprimiendo con ríguroso decreto al Fernán que no se había dejado ver—también divisaba coronas heráldicas, muchos blasones hermosados por el polvo de los siglos, y una gran consideración, que Cirilo hacía extensiva hasta á sus padres. Por no tacharse á sí mismo de interesado y de coburgo, pensaba el bueno de Cirilo que en todos sus planes de engrandecimiento y triunfo social entraba por mucho el lícito y honesto afán de compensar los sacrificios de los que le engendraron y otorgarles una vejez llena de dulces satisfacciones.

Cuando se engolfaba y abstraía en estos ensueños áureos, no sabiendo si decidirse por la duquesa ó por Leonela, ocurrió algo que momentáneamente inclinó la balanza del lado de esta última. Y fué que la señorita, que, como dijimos, parecía estar de muy mal talante y hasta colérica cuando se presentó á comer, y que

ni siquiera había mirado á la cara al secretario de su papá cuando se lo presentaron, de repente y como por casualidad convirtió los ojos á él, hacia la mitad de la comida, y no menos impensadamente empezó á dirigirle la palabra con vivacidad y empeño. Cambio tan repentino en la señorita fué la gota de agua que hizo desbordarse las ambiciosas ilusiones de Cirilo. «Me ha mirado — pensaba — y con solo mirarme, ya está esta niña como electrizada, sin acertar á disimular la impresión que la produce.» Sin fatuidad alguna, bien podía Cirilo tenerse por guapo y buen mozo: acababa de decirselo el espejo en que se había contemplado con sus arcos nuevos, bien cortados, y su pechera blanquísima; así es que ni un punto dudó de que hubiese dado recto y mortal flechazo á la señorita Leonela, y que eran ciertos los toros de la boda, el ducado y todo lo demás. Lo que le desasosegaba mucho era que la señorita se derriese tan de repente y tanto, en presencia de su padre y de su madrastra, que por fuerza habían de hacer á la boda una oposición terrible. A cada coquetería de Leonela, á cada palabrilla dicha con tono entre despótico é insinuante para llamar la atención del secretario, Cirilo miraba de reojo á los duques, sorprendiéndose de no advertir en ellos ni la menor señal de desagrado ó de alarma. Subió de punto la sorpresa de Cirilo, cuando, habiéndose empeñado Leonela en que las acompañase al Real aquella noche, el duque alabó la idea, apadrinó el proyecto en seguida, y sólo se le

ocurrió el siguiente comentario: «Va V. á oír á Tamagno en una de las cosas que mejor canta. No he visto *Otelo* más admirable.»

Al Real se fueron, en efecto, después de saboreado muy tranquilamente el café. Apenas se instalaron en el palco, comenzó el desfile de visitas y la ceremonia de las presentaciones. De aquellos señorones y caballeros á quienes Cirilo era presentado, unos le dirigían la palabra con interés y cortesía, y otros sólo le concedían una ojeada desdeñosa. Pocos le alargaban la mano, y algunos, después de hacerle una cortesía insolente de puro ceremoniosa, le volvían la espalda y se ponían á hablar por lo bajo con el duque, ó á reír y bromear con las señoras. Sin embargo, Leonela no le desamparaba: y al entrar en el palco un señorito en extremo elegantón y perfilado, con venera roja en el frac, de mezquina facha y desparpajo sumo, — por la presentación supo Cirilo que era el marqués de Altacruz, — Leonela, en vez de atender á tan distinguido y notable galán, consagró más que nunca sus atenciones al secretario, y se puso á cuchichearle casi al oído, celebrando el palique como si fuese muy importante y donoso. Y el engreidísimo Cirilo notó con inexplicable júbilo que al señor marqués parecía saberle, como quien dice, á cuerno quemado la tal maniobra. Dos ó tres veces intentó intervenir en la plática, y otras tantas Leonela le soltó una zarpadita ó arañazo muy mono, que le obligó á retroceder. Cirilo estaba embriagado de vanidad y su embriaguez procedía, no sólo de los mi-

33693

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1946, 1925 MONTERREY, MEXICO

millos y atenciones de la hija del duque,—que le entregaba su abanico, le ofrecía una flor para el ojal, le convidaba á probar los bombones de un saquito de raso, y le tenía materialmente sujeto—sino de cierto suave y peculiar perfume que exhalaban el pelo y la ropa de la duquesa, y que ya había respirado en el coche. También se le subían á la cabeza las luces del teatro, la concurrencia esplendorosa y el arrullo de la música, himno consagrado á su triunfo y á los incomparables destinos que le aguardaban.

Al retirarse á su habitación, al mirarse á su armario de luna, al desabrocharse el blanco chaleco, decía Cirilo enloquecido y extático:

—Pues, señor... ¿esto va viento en popal

V

Corrieron algunos días sin que Cirilo hallase motivo para no continuar alimentando las mismas ilusiones. El duque le trataba con extrema afabilidad, demostrando especial empeño en no hacerle sentir la dependencia de ningún modo humillante, y en enterarle de muchas cosas que conviene que sepa un joven si ha de abrirse camino en el mundo; y la señorita Leonela, si por momentos le torcía el gesto, parecía querer mortificarle y hasta le administraba algún arañacillo gatuno, seguía teniendo horas en que, girando la veleta, se mostraba tan pegajosa, tan zalamera y tan insinuante, que no se requería gran fatuidad para creer que en su corazón había abierto brecha el joven, discreto y apuesto secretario. Recobrado algo de la inevitable timidez de los primeros momentos, Cirilo empezaba á terciar sin cortedad ni empacho en las conversaciones, precaviéndose contra la indiscreción y el entrometimiento, pero sabiendo demostrar un aplomo que él

millos y atenciones de la hija del duque,—que le entregaba su abanico, le ofrecía una flor para el ojal, le convidaba á probar los bombones de un saquito de raso, y le tenía materialmente sujeto—sino de cierto suave y peculiar perfume que exhalaban el pelo y la ropa de la duquesa, y que ya había respirado en el coche. También se le subían á la cabeza las luces del teatro, la concurrencia esplendorosa y el arrullo de la música, himno consagrado á su triunfo y á los incomparables destinos que le aguardaban.

Al retirarse á su habitación, al mirarse á su armario de luna, al desabrocharse el blanco chaleco, decía Cirilo enloquecido y extático:

—Pues, señor... ¿esto va viento en popal

V

Corrieron algunos días sin que Cirilo hallase motivo para no continuar alimentando las mismas ilusiones. El duque le trataba con extrema afabilidad, demostrando especial empeño en no hacerle sentir la dependencia de ningún modo humillante, y en enterarle de muchas cosas que conviene que sepa un joven si ha de abrirse camino en el mundo; y la señorita Leonela, si por momentos le torcía el gesto, parecía querer mortificarle y hasta le administraba algún arañacillo gatuno, seguía teniendo horas en que, girando la veleta, se mostraba tan pegajosa, tan zalamera y tan insinuante, que no se requería gran fatuidad para creer que en su corazón había abierto brecha el joven, discreto y apuesto secretario. Recobrado algo de la inevitable timidez de los primeros momentos, Cirilo empezaba á terciar sin cortedad ni empacho en las conversaciones, precaviéndose contra la indiscreción y el entrometimiento, pero sabiendo demostrar un aplomo que él

mismo encontraba de muy buen gusto. Su vasta cultura y sus múltiples conocimientos tenían ocasión de manifestarse y de brillar, y más de una vez gozó el deleite vanidoso de que sus dichos arrancasen á los duques y á Leonela sonrisas, frases y expresiones de explícita y halagüeña aprobación. Sentía, como se siente un aire templado y perfumado que nos rodea y envuelve, la simpatía que iba despertando en los dueños de la casa, y el favorable concepto que gradualmente conquistaba y merecía. Esto le prestaba ánimos y redoblaba la intensidad y brillo de sus facultades. Notaba que empezaban á pedirle su opinión, á tomarle por árbitro en las pequeñas discusiones suscitadas entre la familia. El mismo duque, con bondadosa deferencia, propia de persona de tan escogida educación y de tan gran señor, no se desdenaba de consultar á menudo á Cirilo, rindiendo tributo á la superioridad y amplitud de sus estudios en determinadas materias. También la señorita Fina demostraba especialísimo afecto y bondad al secretario; y hasta el señorito Fernán, el primogénito, el heredero de la casa, tenía la delicadeza, rara en él, de tratar á Cirilo con una mezcla de fraternidad juvenil y de algo que parecía consideración á su valer intelectual, demostrada en frases capaces de envanecer á una estatua de granito. «V., Hinojales, que es un sabio, me dirá tal ó cual cosa», solía exclamar el duquesito, pegando al secretario cordiales palmadas en el hombro.

En medio de estas gratas sorpresas, tan inci-

tantes para el amor propio de Cirilo, notaba éste con terror que en la lucha que sostenían en su espíritu los hechizos de la duquesa y las riquezas y posición de Leonela, mal de su grado iba venciendo lo que menos convenía; ó sea, que el ver de cerca y diariamente á una mujer como la duquesa, el beber la luz de sus pupilas y el recrearse en los juegos de la risa y de la palabra sobre el hendido rubí de sus labios, era gravísimo empeño para un hombre que no ha probado aún las amargas delicias de la pasión y que está en lo más lozano y brioso de una tardía y reprimida juventud. A pesar de las coqueterías felinas, desiguales y caprichosas de la señorita Leonela, Cirilo sentía que hacia la duquesa se le iban el alma y los sentidos, arrebatados por imán poderoso. Comprendía que por una palabra de la duquesa, por una de aquellas miradas que se clavaban en el corazón como saetas de emponzoñada punta, daría en tierra con la ambición, la gloria y todos los cálculos interesados, relativamente bajos y miserables. En resumen, lo que Cirilo veía en aquel momento y lo que le trastornaba el meollo, era el arco de rosas, el arco fragante y embriagador.

Había oído decir Cirilo—porque son cosas que corren sin que se sepa quién las averigua y las afirma,— que la duquesa, á pesar de su radiante hermosura y los escollos que por culpa de ella la rodeaban, era dama de intachable reputación, que guardaba á su esposo el decoro y la fidelidad más estricta. Aunque aficionada

al mundo y á sus pompas, y dada á divertirse, como mujer tan moza y de tan lucidas prendas, nadie podía alabarse de haber conseguido de ella ni el más inocente favor. Se dejaba incensar, sonreía al incienso, lo respiraba, pero ni aun parecía ver á los turiferarios. A ser Cirilo un seductor de oficio, ducho en las artes de la galantería, esta fama de la duquesa le hubiese arredrado, haciéndole comprender lo arduo y difícil de la conquista. A Cirilo le encendió más y más. Parecíale natural que hasta entonces el pecho de la duquesa hubiese sido de mármol, pero que por él se convirtiese en cera blanda y suave. Sentíase dispuesto á ofrecerla un amor ecuatorial, bien distinto de los insustanciales homenajes que la sociedad la brindaba diariamente. Creía que el cuarto de hora de la duquesa había sonado desde que apareció en escena el secretario de su esposo, y que así debía estar escrito en los astros, no habiendo más remedio sino que el decreto se cumpliera.

Cuando más alborotado y nerviosico le traían estos pensamientos, sucedió una cosa que, no á él, sino á otro más práctico, y á cualquiera, hubiese puesto á dos dedos de la locura. Y fué que una noche, al retirarse á sus habitaciones, que estaban en el piso bajo de la casa de los duques y tenían reja y puertecilla al jardín, encontró en el suelo de su dormitorio una cartita cerrada muy cuca, sin sobrescrito, que se apresuró á recoger y que devoró con avidez, frotándose los ojos como quien ve visiones. El corazón le latía atropelladamente, y la cabeza le daba

vueltas, mientras la sangre zumbaba en sus oídos con ruido torrencial. Lo primero que había conocido, aun antes de leer la carta, era que el papel era el mismo que usaba la duquesa para escribir sus billetes de amistad y confianza. Cirilo recordaba, por haberlo visto en dos ó tres ocasiones en manos de la camarera ó del portero encargados de enviar las esquelas, aquel papel de primorosa forma angostísima, de color agarbanzado y de sedoso crujiir. Al romper el sobre, dos indicios nuevos le hicieron comprender mejor que sólo de la duquesa podía proceder la misiva misteriosa. En la cabeza del papel, finas tijeras habían recortado cuidadosamente algo, que era, á no dudarlo la coronita ducal de plata y colores; y del interior se exhalaba, dulce, delator é inequívoco, aquel perfume peculiar de la dama, ligera exhalación que al respirarla causaba á Cirilo vértigo indecible. La letra—Cirilo la conocía por haber echado una rápida ojeada á las esquelitas vistas en manos de la camarera ó del portero—confirmaba la suposición: aunque ligeramente disfrazada, y muy impersonal, como suelen ser las letras aristocráticas, de la duquesa era sin duda alguna; Cirilo la hubiese distinguido entre mil.

Póngase el piadoso lector en el caso del joven secretario, y dígame qué sentiría al repasar la carta, y ver que era de amor, lo que se dice de amor, aunque de amor muy velado, sutil, vaporoso y metafísico. El encogimiento más lisonjero para Cirilo había dictado aquella epís-

tola; se veía que luchaban allí la vergüenza que contiene la pluma, y la afición que la estimula y atropella. Decía la anónima corresponsal (pues la carta no tenía firma alguna) que apelaba á aquel medio para dar á entender su estado de alma, por no atreverse á indicarlo de otro modo, temerosa de las burlas del mundo y las bellaquerías de la gente, que no comprende ni compadece las enfermedades del corazón. Añadía que su amor era puro y elevadísimo, y que, *por lo pronto*, sólo aspiraba á que no fuese acogido con sentimientos menos sublimes de los que revelaba la carta. Insistía en la necesidad de guardar mucho secreto y precauciones infinitas para evitar el enojo de *ciertas personas*, y sugería que la respuesta debía ser colocada á tal hora, en determinado mueble del recibidor que precede á las habitaciones de la duquesa. Prevenía mucho á Cirilo contra las coqueterías de Leonela, advirtiéndole que era una niña sin corazón, que se casaría por interés y orgullo, pero se complacería en burlarse del joven secretario y hasta en despreciarle si le creía rendido. En su estilo y aun en sus repeticiones, la carta delataba el desorden y la turbación de quien ama de veras.

Alimenta el minero que se dedica á buscar pepitas de oro lavando la despreciable arena, constante aspiración á encontrar una de extraordinario grosor, de esas que por sí solas constituyen para el que las halla una fortuna. El infeliz achicharrado por el sol y rendido por el cansancio, se pasa la vida soñando con el

hallazgo inestimable que ha de darle de un golpe libertad y dicha. A cada momento se imagina que ya tiene la pepita entre las manos, y cree ver el lindo color mate del oro nativo. De repente, ¡oh cielo piadoso! la pepita aparece, gruesa, pesada, enorme... y el lavador de arena duda de sus ojos y no da crédito á la felicidad que momentos antes firmemente esperaba... Algo así le sucedió á Cirilo. En la primer sorpresa—á pesar de su fatuidad inocente é involuntaria—dudó si el papel que acababa de leer era carta verdadera, y se frotó los párpados y se llevó las manos á la frente, á fin de evitar que se le escapase la razón...

No se acostó hasta la madrugada. Febril, agitadísimo, garrapateó más de media docena de respuestas, sin que ninguna le satisficiera, hasta que logró concentrar en una de ellas todo el fuego de la sensibilidad y la quintaesencia de la amorosa gratitud. Nótese que si bien era Cirilo novicio en estas lides, le servía de mucho para entrar en ellas con ventaja la memoria y la lectura. Recordando páginas incandescentes de la *Nueva Eloísa*, del *Werther*, de la correspondencia de la señorita Aissé, y fragmentos de otras obras literarias modernas y antiguas, y envolviéndolo todo en un baño de poesía y de entusiasmo suministrado por su propia pasión, logró componer una carta de la cual no quedó descontento. Respiraba la carta ardor caballeresco; declaraba que no trataría de forzar el transparente incógnito de la bella, y que en público refrenaría sus ojos y velaría cuidadosa-

mente para no infundir sospechas á nadie; pero que esperaba, en compensación, otras páginas más terminantes, que viniesen á ofrecerle la certeza de su ventura, en la cual aún no osaba creer. Como discreto y enemigo de traer á colación nada desagradable. Cirilo se guardaba bien de hacer la menor alusión al duque, ni á los sagrados deberes que por él infringía la duquesa.—Y al día siguiente, á la hora que señalaba la epístola, Cirilo depositó la suya en el mueble, diestramente escondida, y se retiró al punto, como le mandaban.

Por la noche, en el comedor, Cirilo, aun cuando trató de guardar el mayor disimulo, de estar lo mismo que todos los días, no pudo menos de buscar á hurtadillas las pupilas de la duquesa. Y hubo un momento... en que le pareció que se fijaban en él con insinuante energía. No sabía Cirilo que las mujeres muy hermosas tienen, entre otros encantos, el de mirar involuntariamente á los más indiferentes con algo de amoroso efluvio. Sí: aquellos magníficos ojos árabes expresaban mundos de ternura y de poesía. A no dudarlo, la duquesa había leído la carta de Cirilo: tal vez la llevase guardada en el seno, allí donde el negro terciopelo del traje, encuadrando la blancura de la soberbia tabla de pecho, ostentaba un riquísimo broche de limpias y celestes turquesas, rodeado de resplandeciente pedrería.

A la noche, al volver á su cuarto, Cirilo encontró la anhelada respuesta. La incógnita suplicaba encarecidamente que no se formase de

ella mal concepto por haber tenido la aparente ligereza de escribir á un hombre y de mostrarse prendada de él. Era que la incógnita apreciaba en todo su valor las raras prendas de Cirilo, hasta para él mismo ocultas. Ella había sabido discernir su mérito, su instrucción, su talento, su educación completísima, y comprendido que era Cirilo de esos hombres que rara vez se encuentran y donde quiera que aparecen deben fijar la atención más que otros, á quienes sólo recomiendan y distinguen el nacimiento y la fortuna. De todos modos, la incógnita, algo ruborizada de la impetuosa contestación del mancebo, se proponía guardar en lo sucesivo gran reserva, probar á su adorador rendido, á ver si en constancia y firmeza rayaba tan alto como en fuego y vehemencia repentina.

Excusado parece advertir que en seguida respondió Cirilo, y se estableció una correspondencia larga y tendida entre él y la incógnita, sirviendo de estafeta ya el tallado mueble, ya una jardinera con plantas, colocada á la parte de afuera del tocador de la duquesa, ya la cara interior de un cuadro de Albano, ya el ángulo de un tapiz, entre dos clavos y bajo la tela. Los temas favoritos de las epístolas eran cual se deja entender: Cirilo apremiaba solicitando una entrevista, donde se cerciorase de que su dicha tenía algo de real y auténtica: la dama resistía, aplazaba, alegaba el temor, la vergüenza, el riesgo, los inconvenientes que en casos tales se suelen alegar...—Por último, la proximidad de un acontecimiento que se anunciaba en casa de

los duques proporcionó ocasión para señalar la cita.—Habíasele antojado á Leonela, en uno de sus arrechuchos de zambra y bullicio, que sería cosa muy linda dar un baile al cual todas las señoras asistiesen de capuchón de encaje blanco, sobre traje blanco también, y luciendo, como único adorno y distintivo, una franja de flores que descendiese desde el pecho hasta el talle. El traje debía ser uniforme, pero en el distintivo cabía variedad: cada señora podía lucir su favonta flor. Los hombres llevarían capuchones negros. Claro que lo de los disfraces no era sino un recurso para animar algo, desde los primeros momentos, la fiesta, pues por lo demás, ni los duques habían de dejar entrar á nadie desconocido, ni los blancos antifaces tardarían mucho en caer, transformando en acompasado y ceremonioso baile lo que empezase con el alboroto y jarana propios de la temporada carnavalesca.

Sin embargo, esas horas concedidas á la máscara y á la relativa libertad que ofrece, Cirilo contaba aprovecharlas; la dama de los billetitos y él se encontrarían en el jardín de invierno, cerca del grupo de amores de mármol rosa que bailan alrededor de una hoguera. La espesa sombra de los gomeros y palmeras protegería un breve y delicioso coloquio, tal vez decisivo, y de cualquier modo anhelado, como anhela el sediento la gota de agua que ha de refrigerarle.

VI

Dos ó tres días antes del señalado para la función, el duque se encaró con su secretario, en ocasión de hallarse los dos despachando correspondencia, que el duque minutaba y Cirilo había de contestar después extensamente con arreglo á la minuta; y tomando del cajón siempre entreabierto un excelente cigarro, y tendiendo á Cirilo otro, dijole afectuosamente:

—Oiga V., Hinojales; yo no he querido jamás que se creyese de mí que tengo la sombra del manzanillo, que lo esteriliza todo en derredor. Al contrario: me gusta ser árbol de buen arriño. Ya habrá V. oído que hice hombre á Orduña, el que es hoy gobernador de Cádiz: y mire V., aquí en confianza, Orduña, valía muy... muy poquito. Aquello fué sacar de un leño un santo milagroso. Con V ha de ser más fácil y más lucida la empresa. En V. hay veta, hay personal...

Confuso, y aun algo punzado de remordimiento, Cirilo se inclinó, afectando una modes-

los duques proporcionó ocasión para señalar la cita.—Habíasele antojado á Leonela, en uno de sus arrechuchos de zambra y bullicio, que sería cosa muy linda dar un baile al cual todas las señoras asistiesen de capuchón de encaje blanco, sobre traje blanco también, y luciendo, como único adorno y distintivo, una franja de flores que descendiese desde el pecho hasta el talle. El traje debía ser uniforme, pero en el distintivo cabía variedad: cada señora podía lucir su favorta flor. Los hombres llevarían capuchones negros. Claro que lo de los disfraces no era sino un recurso para animar algo, desde los primeros momentos, la fiesta, pues por lo demás, ni los duques habían de dejar entrar á nadie desconocido, ni los blancos antifaces tardarían mucho en caer, transformando en acompasado y ceremonioso baile lo que empezase con el alboroto y jarana propios de la temporada carnavalesca.

Sin embargo, esas horas concedidas á la máscara y á la relativa libertad que ofrece, Cirilo contaba aprovecharlas; la dama de los billetitos y él se encontrarían en el jardín de invierno, cerca del grupo de amores de mármol rosa que bailan alrededor de una hoguera. La espesa sombra de los gomeros y palmeras protegería un breve y delicioso coloquio, tal vez decisivo, y de cualquier modo anhelado, como anhela el sediento la gota de agua que ha de refrigerarle.

VI

Dos ó tres días antes del señalado para la función, el duque se encaró con su secretario, en ocasión de hallarse los dos despachando correspondencia, que el duque minutaba y Cirilo había de contestar después extensamente con arreglo á la minuta; y tomando del cajón siempre entreabierto un excelente cigarro, y tendiendo á Cirilo otro, dijole afectuosamente:

—Oiga V., Hinojales; yo no he querido jamás que se creyese de mí que tengo la sombra del manzanillo, que lo esteriliza todo en derredor. Al contrario: me gusta ser árbol de buen arriño. Ya habrá V. oído que hice hombre á Orduña, el que es hoy gobernador de Cádiz: y mire V., aquí en confianza, Orduña, valía muy... muy poquito. Aquello fué sacar de un leño un santo milagroso. Con V ha de ser más fácil y más lucida la empresa. En V. hay veta, hay personal...

Confuso, y aun algo punzado de remordimiento, Cirilo se inclinó, afectando una modes-

tra que desmentía su radiante é involuntario sonreír.

—Estoy—añadió el duque—muy contento del desempeño de todo lo que hasta hoy he encomendado á V. Las notas para mi discurso de ingreso en la Academia de Ciencias morales y políticas, son tan nutridas, tan curiosas, tan originales, tan de primera mano, facilitan tanto el trabajo, que para lo que falta ya por hacer... se podría decir que será obra de V. el discurso. Gracias á lo que V. revolvió en los *Diarios de Sesiones* de las anteriores legislaturas, he dado dos ó tres buenos revolcones á mis adversarios políticos en las Cortes. El informe para la Comisión es de oro. El artículo *inspirado* al *Criterio dinástico* ha producido un efecto sorprendente. En fin, V. ha aligerado mis tareas; y se ve que ninguno de esos trabajos es arco de iglesia para V., porque tiene V. fondo de repuesto en lo que ha estudiado y en lo que sabe. Pero el mundo es de tal manera, Hinojales, que usted podría valer doble de lo que vale, y quedarse toda su vida arrinconado, si la casualidad no le hubiese puesto en contacto conmigo. Sus aptitudes de V. son generales y varias, y, sin embargo, difícilmente encontrarían aplicación, á no haber podido apreciarlas quien las puede también presentar al público.

—Es muy cierto, señor duque—respondió Cirilo con franqueza.—A V. deberé seguramente el poder usufructuar cuanto he atesorado. Pero el que V., absorbido por tan graves quehaceres, no tenga tiempo para buscar unas no-

tas de mala muerte, no significa que no sepa V. cien veces más, en todos los terrenos, que este pobre estudiante.

—No achicarse, no achicarse—repuso el duque visiblemente satisfecho y lisonjeado á su vez, porque Cirilo había pronunciado aquellas palabras con expresión muy noble y sincera.—Lo que he querido decir es que por bonitos muebles que ponga V. en una habitación, mientras no dé V. luz á las lámparas, no se ven las preciosidades. Deseo ser, para V., la claridad que descubre y realza los objetos de valor. Estimo demasiado sus servicios de V. para privarme de ellos en algún tiempo; pero no seré tan egoísta que por aprovechar un secretario útil le corte las alas. Al contrario: le haré á V. volar. Al terminarse la legislatura presente y procederse á nuevas elecciones, ó pierdo mi nombre, ó V. tiene su acta.

Sintió Cirilo á estas palabras un choque eléctrico. La palabra *acta* ejerce sobre nuestra juventud mágica y misteriosa influencia. Un acta no es nada y lo es todo: se parece á la *miliaria aurea* de la antigua Roma, que servía de centro al universo. Y un pensamiento impertinente cruzó por la cabeza de Cirilo: si él conseguía aprovechar bien alguna de aquellas rachas de predilección que le demostraba la señorita Leonela... ¡ni dado ni gracias! ¡acta y aun actas le había de regalar á montones su *señor suegro!*

Como si el duque leyese, en cierto modo, en el alma de Cirilo, y se adelantase á formular ideas que no podía expresar el secretario, añá-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

dió, soltando la ceniza en un cenicero de plata repujada:

—El acta es el a b c de cualquier posición, es el cable á que tienen que agarrarse todos, si han de empezar á salir á flote. Bueno: pues del acta me encargo yo. Conseguida el acta, es preciso que se dedique V. á pensar en otra cosa... ¿No adivina cuál? Vamos, que á sus años de V. no aguardaría yo á que me la sugiriese nadie. Se trata de una mujer... ¡Una mujer que vea en V. prendas personales suficientes para compensar la falta de caudales y de un nombre ya hecho, de esos que se imponen... y que le traiga á V. en las blancas manecitas siquiera un millón de reales!... Créame V.: tales fénices no son muy difíciles de encontrar, y V. sería el menos listo de los solteros si no indagase pronto donde anida media docena de fénices—sea en su futuro distrito, ó en Madrid,—para escoger, de la media docena, lo que más agrade, lo que más responda á sus aspiraciones de V.

Aquí Cirilo se sintió invadido por una ola de ingratitud burlona é involuntaria. Parecíale muy cómico que el duque se mostrase tan solícito en indicarle como medio de engrandecimiento una mujer; pero reprimiéndolo sin dilación al mal instinto, trató de reconocer con reverentes y discretas frases el buen deseo del duque, y le aseguró que estaba dispuesto á seguir en todo y por todo sus consejos, añadiendo, no sin ciertos asomos de doble intención sarcástica, que por mucho que, gracias á tan inestimable dirección, mejorase su suerte, su mayor deseo era

que ésta consistiese en no apartarse nunca del lado del señor duque, en seguir unido á su casa todo lo más íntima y estrechamente que fuese dable.

Después de tal conversación, se halló Cirilo en uno de esos estados de exaltación moral y de plenitud de espíritu, que elevan á un hombre al quinto cielo. Allá en no muy remoto porvenir veía sentadas las bases de la posición política y social: muy cerca, el momento en que las insinuantes é imprevistas libertades de Leonela le diesen pie para intentar una entrada por asalto en el frívolo corazón de la señorita; y más próximo aún, tan próximo como el día de la fiesta, que ya se acercaba, el instante divino en que la duquesa, envalentonada por el antifaz, dejase asomar á sus labios la confesión del sentimiento revelado en sus perfumadas epístolas.

Tarde para la imaginación, como todo lo que ardientemente se desea, pero en realidad á su punto y hora, llegó la noche de la fiesta de los duques. Notó con alegría Cirilo que si la fila de salones, el comedor, las antecámaras, el fumadero y hasta la galería se encontraban iluminados con esplendidez, derrochándose luz eléctrica en centenares de globitos y corolas, en el jardín de invierno una mano previsorá y sin duda omnipotente en la casa había conservado la más deliciosa penumbra, que por los sitios donde se agrupaban plantas algo frondosas casi podía llamarse oscuridad. Recorrió el jardín como por curiosidad Cirilo; estudió el sitio

donde los helechos y las lantanas, de lozanía tropical, servían de marco al corrillo de amores de mármol rosa; y percibió que allí, más que en parte alguna, la impertinente luz se había escatimado. Estas precauciones, que únicamente podían provenir de quien, como la duquesa, mandaba en aquel palacio, alborotaron más y más el corazón del joven, é hicieron girar su sangre impetuosa y encendida. El convenio con la incógnita era encontrarse en tal sitio á la media noche en punto, porque poco después se calculaba que empezarian á caer los antifaces.

Desde las diez y media se poblaron y animaron los salones: la notita original de los disfraces blancos había engolosinado á la sociedad, y como los duques no solían prodigar sus recepciones, y en las que daban no omitían gasto ni primor, de los convidados sólo dejaron de asistir los que se hallaban imposibilitados por enfermedad ó algún motivo igualmente poderoso. Las damas hacían encantador efecto con sus albos capuchones de blonda española, de encaje francés, de fino tul ó de crujiente seda, realzados por la franja de flores naturales, en que consistía el verdadero lujo del disfraz, pues se habían encargado flores raras á todos los puntos de España y á París y Niza también, y alguna de aquellas cintas de orquídeas ó de violetas de Parma valía un puñado de duros. La mayoría de los hombres, sobre todo los solteros, llevaban dominó y antifaz de raso negro y su correspondiente ramito al izquierdo lado.

Cirilo no se había puesto aún el dominó. Lo tenía de reserva en sus habitaciones, á las cuales podía pasar por varios sitios, por el fumadero, ó saliendo del jardín de invierno al otro jardín. Pensaba vestírselo cuando conviniese á su plan amoroso. Apoyado en una columna de la galería de las porcelanas, vió organizarse el primer rigodón, y no quiso bailar, porque los pensamientos que le exaltaban le hacían preferir una semisoledad, un sibarítico aislamiento en medio del buceo de la fiesta. Después del rigodón preludió la orquesta un vals, y al punto mismo notó Cirilo que se le aproximaba cierto grupo, formado por una encapuchonada vivaracha, delgadilla, que parecía tener azogue, y un caballero de no muy buen talle, que ostentaba sobre el dominó una cruz de Montesa hábilmente ejecutada con florecitas diminutas. No se necesitaba gran penetración para reconocer en la encapuchonada á la señorita Leona, porque sobre los inequívocos indicios del aire y de la actitud y de los contornos que el capuchón revelaba, Cirilo sabía que las dueñas de la casa lucirían sobre el distras ramos de *muguet*, y de esta blanca y fragante flor era la franja prendida del hombro á la cintura de la máscara. El caballero parecía pedir algo, muy rendido y suplicante; la tapada rehusaba desdeñosa, arisca y mofadora. El solicitaba el favor de aquel vals, y se negaba ella con terquedad y desabrimiento. Por fin, ante un ruego más insistente, ella se volvió de súbito, y tomando el brazo de Cirilo, «Aquí está la pareja

á quien prometí este vals» exclamó. Una inspiración atrevida, un repentino cálculo estratégico, dictó á Cirilo las palabras siguientes: «Por cierto que ya iba á reclamar mis derechos, figurándome que los olvidaba V.» Y ciñendo el talle de Leonela y dejando con la boca abierta al dominó de la caballeresca cruz, lanzóse al torbellino, bendiciendo una vez más la previsión de los amorosos padres que le habían enseñado, entre tantas graves disciplinas humanas, la al parecer inútil y baldía ciencia de girar á compás al son de la música, con garbo, maestría y airosa disposición. Desde las primeras vueltas de aquel vals, comprendió Cirilo, rebosando orgullo, que ya no encontraría ocasión más favorable para dar un paso decisivo con la hija del duque. El capuchón, el antifaz, la distinción de que acababa de ser objeto, la proximidad de dos cuerpos enlazados por la cadena vertiginosa y dulcemente mareante de la danza, eran ventajas que sólo un necio podría no tomar en cuenta; y como la esmerada educación física y la gimnasia corporal habían prestado á Cirilo esa energía y resolución que procede de la fuerza y de la salud, guardóse bien de desperdiciar tan únicos momentos, y sin vacilar murmuró al oído de Leonela cuanto puede sugerir la ambición disfrazada de amor, y oculta bajo los encajes y las flores de la pasión sin esperanza. Leonela escuchaba con avidez, y bajo la diminuta careta de raso veía Cirilo relucir los ojos y observaba cómo se enrojecían las orejitas menudas donde danzaba una

perla redonda, mientras una emoción inequívoca hacía subir y bajar el menguado seno, y doblarse el talle y casi caer sobre el hombro de la pareja una cabeza vencida y subyugada por turbación indefinible... No era preciso ser zahorí para interpretar tales signos, ni brujo para descifrar el sentido del ardoroso «creo que sí», respuesta á una pregunta de Cirilo, arrogante y tierna á la vez... En términos que, sin pecar de insolente, el secretario se atrevió á valerse de la confusión del gentío para llegar á su pecho el pecho de Leonela, estrujando á la vez su flaca mano, calenturienta á través del guante.

«Pedir más sería gollería», pensaba el secretario, cuando, terminado ya el vals, dejó á la inmutada Leonela entre un grupo de amiguitas, todas encapuchonadas y muy bullangueras y reidoras. Cirilo se apartó, no sólo por habil cálculo, sino porque se acercaba la hora de vestir el dominó y empezar á maniobrar hacia el rinconcito del jardín de invierno. Acababa de ver pasar á una encapuchada del porte y silueta de la duquesa, y en el mismo instante en que hacía el soliloquio de que también ella esperaba el momento, Cirilo sintió sobre su hombro una mano; volvióse, y vió el dominó de la cruz de Montesa hecha de flores, que le interpelaba brusca y descortesmente. El diálogo fué rápido y sustancioso.—«¿Se puede saber dónde has aprendido á mentir con tal frescura, señor secretario?»—«En la misma cátedra donde tú cursaste la necedad.»—«Agradece que respeto la casa donde estoy: á no ser así, tendría gusto

especial en soltarte...»—«¿Una bofetada? Basta la intención. Yo se la pagaré a V. en moneda contante, señor marqués de Altacruz.»—«Pues espere V. la visita de un par de amigos míos mañana.»—«Se les recibirá, y ni ellos ni V. tendrán que quejarse de mí.»

Hay instantes en que los acontecimientos se precipitan de un modo tal, que no dan tiempo ni a sentir temor, ni a especular sobre lo futuro. Caminamos en medio de un vértigo, perdiendo el sentimiento de la realidad. Esto le ocurrió a Cirilo. Lejos de reflexionar y de romperse el meollo cavilando que tenía un lance en perspectiva, y con un regular espadachín, Cirilo sólo pensó en correr a su cuarto, vestirse el negro dominó, ajustarse el antifaz, y deslizarse en el jardín de invierno aguardando a la desconocida, ó sea a la duquesa, pues para él era lo mismo. Ya faltaban pocos minutos; en breve la blanca forma soñada y anhelada se aparecería entre los árboles.

Acercóse al artístico grupo de amorcillos, y con un movimiento feliz, que supo hacer que pareciese impremeditado, si alguien por casualidad lo observaba, rompió la bombilla de luz eléctrica que, oculta entre el follaje, iluminaba misteriosamente aquel rincón. Como el sitio puede decirse que estaba solo, nadie había de reparar en la hazaña, realizada tan á tiempo, que ya una mujer encapuchonada, penetrando tímidamente en el recinto, se acercaba con furtivo paso. Al reconocer Cirilo la estatura y el aire de la duquesa, se precipitó, no sin arrebató

imprudente, y tomando las manos de la aparición, la arrastró hacia el sitio más sombrío. Ciego, demente, trémulo de felicidad, Cirilo desplegó en un minuto toda la retórica que la pasión dicta y enseña; y tanto dijo, de tal manera se explicó, que convenció á la tapada de que aquella peligrosa entrevista lo sería mucho menos, y al par tendría muy diferente dulzura, sabor y gracia, si por la puertecilla del jardín de invierno saliesen al otro jardín y en diez segundos se encontrasen á salvo en la misma estancia de Cirilo. Previsto estaba todo: no había luz para que no se filtrase por la reja un rayo inoportuno y delator; echadas las llaves que in-comunicaban el aposento, á fin de que ningún criado pudiese atisbar; y en el bolsillo de Cirilo la de la puertecilla que comunicaba con el jardín, teniendo así asegurada la salida por dos ó tres puntos, á prevención de cualquier sorpresa. La encapuchada se asustó, dudó, resistió, puso objeciones, cedió al fin...



VII

Al otro día de la memorable fiesta, Cirilo se despertó de un sueño de oro, luz y fuego, con la noticia de que el duque le llamaba urgentemente á su despacho. Levantado á prisa, no sin cierta alarma, y vestido en un decir Jesús, no necesitó Cirilo sino mirar á la cara del duque para comprender instantáneamente que aquel señor *sabía algo*.

Algo, sí; pero qué? ¿La escena del vals con Leonela? ¿El inminente duelo con el marqués de Altacruz? O más bien, ¡cielos vengadores! ¿el episodio del jardín y su incomparable desenlace, cuyo recuerdo aún le producía un estremecimiento de profunda y soñada dicha?

Mas, ¿cómo cabía que supiese esto último el duque? Cerrada y oscura la habitación; apagado el diálogo, en que más que palabras hubo una mímica del cielo; cauta la salida, con mil precauciones; relativamente breve la entrevista; imposible de advertir, en noche de máscaras, una ausencia tan corta del salón... á no ser

que el mismo diablo, que todo lo añasca, hubiese enterado al ofendido esposo...! Y si éste no estaba al tanto de lo ocurrido, ¿qué significaban aquel gesto sombrío y fosco, aquellos ojos destellando ira, aquella voz dura, sibilante y seca, como un latigazo, con que el duque dijo a su secretario, mientras le mantenía de pie con la actitud y acentuaba la mortificante ironía:

—¡Bien ha correspondido V. á mis atenciones, señor Hinojales! ¡Bien! ¡Cada cual se porta como quien es... y V. es hombre de fiar!

—Señor duque...—balbució el culpado, pronto á arrojarse á los pies del magnate y pedirle perdón, tal se encontró de aturdido y tanto le llegó al alma el reproche.

—Los ingratos—añadió severamente el duque—rara vez cobran el precio de su ingratitude. Siento haber calentado en el pecho una vibora, pero esto me servirá de lección, haciéndome en lo sucesivo más cauto. Yo sabré mirar mucho á quién introduzco en mi casa.

—No soy ingrato, señor duque, no—exclamó afligido Cirilo.—La fuerza de la pasión me ha extraviado. Un sentimiento irresistible...

—A otro perro con ese hueso—repuso prontamente el duque.—Bien sabemos el valor de semejante excusa. ¡La pasión! Veo que es V. mozo de más cuidado de lo que parece, y cuando el otro día le dí á V. consejos para el porvenir, no debió V. de reirse poco de mi candidez. Muy ajeno me encontraba de creer que ya había V. planteado bajo mi techo el socorrido sistema de la caza de gangas matrimoniales.

¡No se podrá decir de V. que no pica alto! ¡Por vida del señorito, ira de Dios!

—De Leoncía se trata—pensó Cirilo respirando un poco, pues le parecía que de dos males el menor era aquel. Las palabras que el duque añadió inmediatamente y sin endulzar el tono de enojo y desprecio con que se expresaba, dejaron atónito al secretario, causándole el efecto de una ducha de agua helada, despedida con violento empuje.

—A pesar de todos mis consejos; desoyendo mis advertencias y rehusando otras soluciones más racionales y más conformes con su interés, mi cuñada Fina jura y perjura que después de lo acaecido no tiene más recurso que casarse con V. sin demora, en lo cual, por otra parte, según dice, sigue los impulsos de su corazón, pues asegura que se ha prendado de V. desde el mismo día en que le ha visto.

—¡Su cuñada de V., señor duque!—exclamó Cirilo con el más profundo asombro.—¿He oído bien? ¿Se trata de la señorita Fina?

—¿Pues de quién se había de tratar? ¡Hágase V. de nuevas!... Ella misma me ha confesado la verdad, y que anoche perdió la noción de su decoro, hasta el punto de que... de que va V. á ser mi conuñado; y me parece que, para principio de carrera, no es malo el salto que ha sabido V. pegar... Además, yo no ocultaré á V. que, por amor propio, por egoísmo bien entendido, he de procurar elevarle á V. lo más posible: pero cualquiera que sea mi esfuerzo por hacer de V. un personaje, en el fondo de mi alma, amiguito,

en el fondo de mi alma le he juzgado á V. y le considero un vividor de la peor ralea, y, sobre todo, oígalo usted bien, un ingrato!

Mientras el duque se producía así, Cirilo hacía una serie de rapidísimas reflexiones para tratar de descifrar el extraño enigma. No cabía duda: el duque había sospechado de la duquesa; tal vez había visto salir del cuarto del secretario á la dama rebozada en su capuchón, y Fina se sacrificaba por salvar á su hermana, por dejar su honor á cubierto, y él tenía que imitarla, emulando su heroico sacrificio.

—Señor duque...—murmuró aturdido—confieso que no sé qué pensar ni qué decir... Su enojo de V. me aflige, me destroza el alma, y le ruego que no siga hablándome en ese tono, y que tenga compasión de mí. Por firme que sea mi propósito de no faltar al respeto que le debo por tantos estilos, temo que una frase injuriosa me lastime demasiado y dé al traste con mi sufrimiento, y desearía que no le quedase á V. de mí triste memoria. Antes de contestar á lo que acaba V. de decirme, permítame V.,—se le ruego por favor,—que conferencie un instante con la señora duquesa.

—Accedo—dijo el duque—porque á mi esposa la interesa mucho la suerte de su hermana, y precisamente me había dicho también que con V. deseaba hablar un momento.

Salió el duque, y al poco tiempo Cirilo sintió el crujido de las faldas de la duquesa, que entraba serena y magnífica como la Juno de Homero. Y á la primer mirada que cruzó con la

dama; sin que mediasen otras explicaciones, comprendió Cirilo de golpe y porrazo el extraño error que había padecido, y vió abatirse á tierra, marchito y lánguido, envuelto en las ruinas de su corazón, el gallardo arco de mirto y rosas.

—Mi hermana—dijo apaciblemente la duquesa—ha cometido una imprudencia insensata; ha labrado en un instante su desdicha. No sólo se ha precipitado de cabeza en el abismo, desmintiendo en una hora una vida entera de recogimiento y dignidad; no sólo ha sucumbido como una niña sin experiencia, á los treinta y cinco años que tiene, sino que ni ha reparado, en su ceguedad, que me comprometía gravísimamente á mí. Se ha servido, para escribir á V., de mi papel de cartas; y como nuestra letra se parece mucho, pues hemos sido educadas en el mismo colegio, y las cartas fueron anónimas, excuso decir á V. lo que podría suponerse si alguna cayese en malas manos. A no tener yo, por fortuna, reputación bien sentada; á no poseer la absoluta confianza de mi esposo, porque la merezco, he podido verme envuelta en alguna horrible red. Ha llegado á tanto la obcecación de esa pobre hermana mía, que hasta convertía mis muebles en estafeta, y que ayer, en el empeño que tuvo en vestirse y encapuchonarse exactamente como yo, sin pliegue más ni pliegue menos, demostró que al jugar su honra no le importaba echar la ajena por el balcón. En fin, ella lo ha querido, y ella es quien ha de soportar las consecuencias de este desliz. Procure V. que nunca tenga que arrepentirse, porque

Fina es una santa, y si V. la juzgase por este paso imprudentísimo, sería injusto con la que pronto se llamará su mujer.—Y aquí la duquesa dió muestras de enternecerse, y aun llevó el pañuelo de batista á los bellos ojos.

—Alto ahí, señora duquesa—exclamó Cirilo, que empezaba á perder los estribos al apurar tan á fondo la hiel del desengaño.—Yo no he dicho todavía si estoy dispuesto á aceptar el inmerecido honor que se me ofrece con la mano de la señorita Fina. Antes de resolver sobre este punto delicado, permítame V. que reflexione un par de horas. Ya volveré á comunicar á V. lo que haya decidido.

Y saliendo bruscamente de la estancia, dirigióse como un rayo á las habitaciones de Leonela, á cuya doncella intimó que necesitaba, á todo trance, ver y hablar sin dilación á la señorita. Al ruido del diálogo, salió Leonela vestida de mañana, ojerosa, de hecha; y al reconocer al secretario, sus enjutas mejillas se tiñeron de rubor. Despidió á la doncella, encargándola que no llamase á la *Fraulein*, y se acercó á Cirilo, como interrogando.

—Leonela—dijo Cirilo sin ambages ni circunloquios—anoche he debido á V. una distinción... no, no, varias distinciones... de tan alto precio, que trastornarían á cualquiera la cabeza y el alma. De lo que V. me diga ahora pende mi vida. ¿Qué debo creer? Repito la pregunta que dirigí á V. anoche valsando: ¿siente V. algo por mí? ¿Soy para V. *a'guien*, alguien en quien piensa, alguien que le importa?

—Ojalá me fuese V. indiferente—contestó tartamudeando la señorita.—Ojalá, Hinojales. No me costaría entonces tanto trabajo determinarme á fijar el día de mi boda con el marqués de Altacruz, á quien me complazco en desesperar, para que no crea el muy tonto que me ha seducido.

—Es que entonces, Leonela, si es así, no debe usted casarse sino conmigo, y no con el marqués, á quien no quiere. ¡No faltaba más, Leonela! Seguro de que usted me distingue, dispueto esta mano al mismísimo Cid. Que venga el marqués á arrebatarmela. Que venga todo el género humano.

—Amigo mío—murmuró zalameramente la señorita, echando á Cirilo un brazo por el cuello,—¿qué esta V. fantaseando? ¡Si pudiésemos hacer como en las zarzuelas, que se casa la gente con quien le gusta, y los reyes con las pastorcitas!... Le aseguro a usted que lo deploro, y que me caso de bien mala gana. Pero reflexione V., y comprenderá que el mundo no es así... como querríamos que fuese. Sólo nos está permitido, todo lo más, un *rêve*... ¿No le gusta á V. *rêver*?... ¡Es tan bonito!... Es casi más bonito que la realidad... ¡Oh, *rêver!*

Al expresarse así Leonela, acercábase más al secretario, y sus dedos secos se enclavijaban y fundían en los de la fuerte y varonil mano del joven, y su aliento precipitado delataba la vehemencia y acción del consabido *rêve*. Cirilo separó su diestra en un arranque de indignación furiosa; y haciendo una reverencia sarcástica,

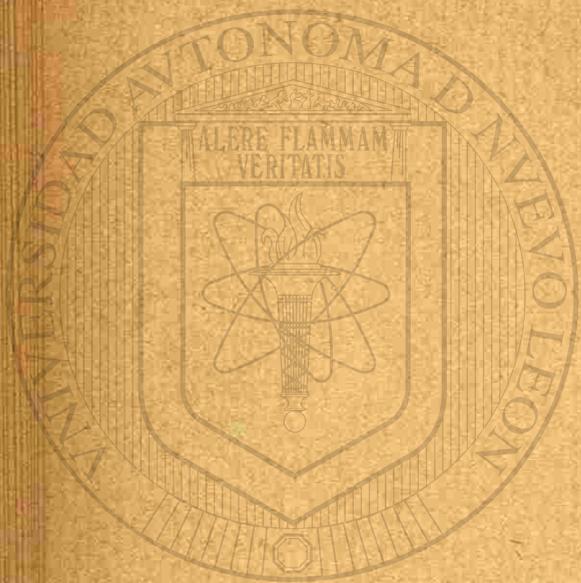
salió disparado de las habitaciones de Leonela, llevande sobre su espíritu todo el peso del arco de oro y pedrería, que acababa de derrumbarse estrepitosamente. Sentíase capaz de estrangular y de patear á Leonela, olvidando que los móviles que la arrastraban hacia la hija del duque no eran más puros que los que atraían á la hija del duque hacia él.

Desde su cuarto escribió Cirilo al duque una carta lacónica y glacial, renunciando á la honra que se le brindaba de ser esposo de la señorita Fina, y rogando que se le dispensara también, desde aquél punto y hora, de su cargo de secretario. Metió sus efectos en la maleta, llamó á un mozo de cuerda, y al cruzar el umbral del palacio de Ambas Castillas creyó sentir un fragor terrible, un estrépito como de cien cañonazos: era el arco de mármol y bronce, que lo mismo que los dos arcos anteriores, se venía al suelo.

Del lance con Altacruz, que se verificó dos días después, sacó Cirilo, á pesar de su gran experiencia de sala de armas, un mediano charrascazo, que á poco que se hubiese corrido el filo del sable le parte la sién. Del episodio con la cuñada del duque, la mala voluntad y tirria perseverante de este señor, el cual se dió gran prisa á buscar á Fina un pretendiente y á casarla, aprovechando el natural despecho que concibió la señorita contra su seductor involuntario. Privado de las aldabas á que se asía, en vano luchó Cirilo para buscar nuevas sendas por donde ascender y prosperar: la única gente que le conocía le conocía por el duque, y éste, que

un tiempo pensó elevarle, se esmeró tanto en rebajarle y oscurecerle, que Cirilo se vió rechazado de todas partes, sin medio humano de romper la conjura del olvido y de la frialdad desdeñosa que en torno suyo formó su antiguo protector y amo.

Hoy, desempeñando una cátedra en un instituto de provincia,—única situación que pudieron alcanzar sus méritos,—Cirilo suele meditar sobre los problemas de su educación y de su destino. Sospecha que se perdió por falta de cultura moral; porque siendo en todo un sabio y un ateniense, en su conciencia fué un salvaje, esclavo del apetito y ajeno al sentimiento del deber.—No le consuela el reconocer que esta deficiencia es común á toda la generación contemporánea.—Además, comprende que no debió querer remontarse tan de golpe, y que, en resumidas cuentas, le convendría mucho haberse casado con Fina, dueña de no despreciable caudal, mujer honesta, sensible y enamorada, y escalón seguro para conservar valimiento con el duque. Pero aquella visión de los tres arcos, que tanto le persiguió, aún le persigue á veces, pues la esperanza y la ilusión nos acompañan hasta el sepulcro; y sé de buena tinta que Cirilo espera la gloria y la medalla de académico C., por una *Gramática analítica razonada y tesoro de etimologías de la lengua prákrita*.



UN DRAMA

I

REPRESENTÁBASE aquella noche, en la Comedia Francesa, nada menos que la *Fedra* de Racine. Los periódicos habían hablado de su desempeño como se habla de una solemnidad artística: y, en efecto, la más escrupulosa propiedad y exactitud en decoraciones y trajes y el estudio más concienzudo de los papeles probaban con cuánta veneración se interpretaba en la famosa *Casa de Molière* la obra maestra de la tragedia clásica.—Los actores parecían figuras desprendidas de algún elegante vaso griego. Mounet Sully, que caracterizaba el papel de *Hipólito*, podía, en cualquiera de sus actitudes sentidas y nobles, servir de modelo á un artista. Su barba y su pelo rizados con simetría, su blanco palio de lana, de esculturales pliegues, las cintas y ataduras de la sandalia,

que abarcaban bien el contorno de las piernas musculosas, eran detalles dignos del pincel del decorador de alfarería de las edades heroicas helenas.

Sin embargo, la concurrencia, que oía en silencio religioso y con respetuosa atención los parlamentos de Hipólito, de Terámenes, de Aricia y de Enona, sólo parecía despertar y reanimarse al impulso de una emoción más viva siempre que salía á escena *Fedra*, papel que desempeñaba la Desclée. Mientras los demás actores, conservando las tradiciones de reverencia fría y convencional que suele infundir la clásica pureza del arte, accionaban con acompasada rigidez y declamaban solemnemente, la actriz había comprendido que Fedra tiene que ser la mujer eterna, la pasión que puede modificar sus formas al través de los siglos, pero cuya esencia no cambia jamás. La terrible enfermedad de la hija de Minos, el mal de amor, el *mal sagrado* de la antigüedad, el que atiranta los nervios y abrasa con altísima fiebre la sangre, se revelaba en la gran trágica (nunca tan grande como entonces) por medio de una acción romántica y libre, y hasta en ocasiones impregnada de sentido realista, á la moderna. Las lacias actitudes de su quebrantado cuerpo; la expresión conmovedora de su cara; el oscuro livor que rodeaba sus ojos; la contracción de su seca boca; la crispatura de sus manos, que arrugaban el largo *peplum*; y sobre todo la voz humedecida por las lágrimas ó ronca como arrullo de paloma por la intensi-

dad del deseo, hacían que el auditorio, desdiciendo el juego de los demás actores, sólo tuviese ojos y oídos para la interesante *Fedra*.

Un observador, de esos que gozan refinadamente en comprender y cultivan la manía de escrutar almas, persuadidos de que en la humanidad hay tanto que descifrar, por lo menos, como en los libros, encontraría magnífico asunto para sus estudios en un palco oscuro ó *baignoire*, ocupado por dos damas y tres caballeros, que seguían el desarrollo del drama con impresiones tan diferentes, como distintos eran entre sí los cinco espectadores.

Era evidente que el espectáculo del horrible conflicto moral de *Fedra* producía en ellos sentimientos opuestísimos, que hubiesen podido servir de piedra de toque para discernir inmediatamente la complexión moral de cada uno. La oscuridad relativa de esa clase de plateas peculiares de los teatros franceses, sobre las cuales proyecta densa sombra la línea saliente de los palcos entresuelos, contribuía á que las cinco personas á quienes vamos á conocer dejasen salir al rostro sin reparo las impresiones del terrible drama, que alguna de ellas escuchaba por primera vez aquella noche, no habiéndolo leído jamás.

Instaladas las dos señoras en los asientos delanteros, la una frente á la otra, formaban marcado contraste sus tipos. La que ocupaba el lugar de preferencia, de cara á la escena, era la mayor en edad; no tanto, sin embargo, que pasase de ese período de plenitud y apogeo

de la vida femenina, comprendido entre los veintiocho y los treinta y dos. La blancura luminosa y algo ambarina de su piel la realizaba el cabello, teñido del color castaño, como de concha carey, que á la luz tiene ligeros cambiantes cobrizos. Este artificio de tocador, inspirado en pasajero capricho de moda, por casualidad, en la figura especial de aque la dama, era artístico acierto, pues completaba la semejanza de su cabeza con las de las mujeres de Veroneso, en quienes el evidente vigor físico sólo sirve para revelar la vehemencia y energía de la voluntad. La robustez y vitalidad profunda de la dama sentada en la *baignoire*, no se expresaba con formas mórbidas y turgentes, como en los modelos de Rubens, tan materialotes y carnosos, sino en la buena proporción del cuerpo, en la victoriosa juventud que conservaban las formas, en el brillo deslumbrador de la dentadura, en la nerviosa elegancia del cuello y de las manos, en el sólido tejido de la epidermis, en la riqueza del cabello que se espesaba en la tersa nuca de marfil, — según permitía ver el peinado, de alto rodete mezclado con bucles vaporosos. — Aquella mujer, que con su delgado talle, su busto recogido, su fino cuello algo inclinado, en la actitud de quien escucha atento, y la delicada línea de sus brazos ceñidos por el largo guante de Suecia y apoyados en el antepecho de la *baignoire*, podía parecer desde lejos una belleza llena de espiritualidad, era realmente, vista de cerca, uno de esos seres en quienes la ardiente y fuerte

acción de los sentidos se explica, no sólo por antecedentes de raza y de familia, sino por circunstancias de la vida, que completan la obra de la naturaleza.

Durante tres generaciones, los ascendientes en línea materna de Teodora se habían casado jóvenes, tenido pocos hijos, y los criaban en una aldea de la costa italiana, al borde del mar, donde poseían hacienda. Eran una familia oriunda de Nápoles, llamada de los Gabrielli. La madre de Teodora, de rara belleza, casó con un caballero lorenés, Gastón de Montcal, enriquecido por la herencia de un tío que pasó á la Guyana y se trajo de allí mucho oro ganado entre aventuras y lances que nunca se supieron con exactitud, pero que se leían en su rostro amarillo, surcado y devastado por las privaciones y los sufrimientos. Los Montcal habían sido ligueros, duelistas, enamorados, y si el padre de Teodora obtuvo la mano de la hermosa Jacoba Gabrielli, lo debió á que, manteniendo las tradiciones de su familia, se empeñó en andar á estocadas con otro pretendiente ya aceptado de antiguo, y esto (y la involuntaria preferencia de la italiana por el atrevido hidalgo), decidió en favor suyo la contienda. Teodora fué el único fruto de este enlace. Poco después de su nacimiento, la madre contrajo una de esas enfermedades que hacen mayores estragos en las organizaciones recias y vigorosas, — la viruela, — y á ella sucumbió en pocos días. El enamorado esposo, — inconsolable entonces, aunque después, como veremos, hartó se consoló — se

retiró al campo, dejando á Teodora al cuidado de sus abuelos maternos. Teodora se crió en Italia y se recrió en París.

A su infancia y adolescencia pasadas á orillas del Mediterráneo, á sus atrevidos juegos en la playa, por donde la dejaron travesear semidesnuda, con los pies encharcados en agua salobre y las manos llenas de algas, arenas y conchillas, debió Teodora la rica sangre, la intacta energía de un temperamento meridional puro, de instinto, de ímpetu, de esos que acaban por prevalecer y dominar sobre las demás influencias de la vida. La huella de una existencia tan decisiva para lo físico y lo moral de una criatura, reaparece imperiosa y casi fatal al traves de todas las situaciones en que puede encontrarse el ser humano. Por más que la frivolidad parisiense, sus excitaciones enervantes y sus placeres casi siempre vacíos y facticios, que borran el carácter y embotan el sentimiento, pasasen después sobre Teodora Montcal, no habían de conseguir nunca desgastar y reducir al molde común de la parisiense versátil y amunecada á aquel trozo de mármol pagano, pulido por los besos del sol y las ásperas caricias de la brisa que riza el oleaje. A los quince años, Teodora fué llamada al lado de su padre, que acababa de enviudar por segunda vez y tenía de las últimas nupcias un niño, á quien esperaba que cuidaría Teodora. La primer entrada de ésta en la casa paterna fué coger á solas al muchacho, su hermanillo, y profiriendo una blasfemia aprendida de los pescadores del gol-

fo, y en la cual había *sangres y cuerpos* de algo divino y sacratísimo, abofetearle duramente y morderle después la oreja, con una crueldad y unos dientes agudos de tigresa joven. Y como el padre, interviniendo para salvar al rapaz, reprendiese indignado á Teodora, ésta, echando venablos por los negros ojos, declaró que á aquel chiquillo le aborrecía, que le había detestado á aquel hijo de cabra desde el instante de verle, que era horrible, que era odioso, y que no respondía de sí caso de que volviesen á ponérselo delante. El mismo día Montcal depositó á su hija en un convento del Sagrado Corazón, no sin escribir á los abuelos una carta muy severa, lamentándose de que hubiesen educado á su hija como á una salvaje, ó peor aún.

Cosa extraña: la salvaje dió bien poca guerra á las monjitas. Como si se hubiese convencido de que por el camino de abofetear y morder orejas no se iba á parte alguna, ó como si desease aprender la ciencia de las buenas formas y de la moderación, indispensable para que una señorita se presente en el mundo, la salvaje se hizo en breves días una colegialita encantadora, aplicada, obediente, graciosa, zalamera, que embelesó á las monjas y se captó las simpatías de las educandas. Aprendió con facilidad sorprendente cuanto la enseñaron, y su memoria y su inteligencia fueron encanto de las profesoras y envidia de las compañeras de colegio. Sin embargo, el padre, no sin causa prevenido contra la hija, no se fiaba; y tanto no

se fiaba, que para tener en su casa mujer, alguien que velase por el niño, pasó á terceras nupcias. Entonces los abuelos de Teodora hicieron el sacrificio de establecerse en París; reclamaron á su nieta, la sacaron del convento, y, picados de honor, completaron su educación de un modo brillante, con escogidos profesores á domicilio. A los veinte años, cuando salió de su capullo, Teodora de Montcal era, en lo exterior, la más pulcra damisela, la más delicada *ingénue* que cabe soñar, según el patrón clásico de la tierra donde todavía informan el sentido de la educación de las jóvenes las ideas correctas y relamidas de la ilustre fundadora de Sanit Cyr.

Pero en vano cubriréis con tierra de labor ó con infecunda arena el ardiente cráter del Vesubio. Si por algún tiempo, creeréis haber triunfado de la tenaz naturaleza. Veréis en las laderas antes surcadas por la lava destructora germinar una vegetación pacífica; la viña verdeará, el olivo extenderá sus brazos cargados de fruto, el suelo no se estremecerá de terror, en el horizonte no flotará el penacho de humo que anuncia la catástrofe, el cielo será puro y azul, el mar parecerá una balsa de líquido zafiro, encerrado en concha nacarina.... Un día, mientras dormís, imperceptible bostezo conmueve ligeramente las entrañas de la tierra: diríase que aquel leve movimiento ni aun puede derrocar un paredoncillo arruinado. Sin embargo, la oscilación aumenta, y una chispa de luz rojiza colorea la cresta del monte. Entonces, los que

conocen el país, los que saben cómo se inicia el tremendo cataclismo, recogen á escape su hacienda y sus ganados y huyen sin mirar atrás, con el pánico en el corazón y la palidez de la muerte en el rostro. Es que ya la lava en fusión, serpiente horrible de llama, les persigue y les acosa, y descende en hervidoras oleadas, abrasando cuanto encuentra, dejando el suelo arrasado y convirtiendo en inmensa hoguera pueblos enteros, que luego sepultará la lluvia de cenizas. El Vesubio se ha despertado: peor para los que creyeron que dormiría siempre.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

Tres años después de su aparición en el mundo, Teodora de Montcal hizo una brillante boda con un español de distinción, rico é ilustrado, —lo que se dice el ave fénix,— Jacinto Castellá y Manrique, hijo de un opulento negociante de Bilbao que tuvo el buen sentido de liquidar, fincar y dejar á sus hijos Jacinto y Fermina un caudal á prueba de reveses. La hermana de Castellá era la señorita que ocupaba el asiento de frente á Teodora: el caballero sentado detrás de ésta, su marido; y el que con Fermina conversaba á media voz en castellano, y con acento que revelaba nacionalidad española, era su prometido, Lorenzo Gurrea.

He dicho que por el efecto que producía en aquellos espectadores la representación de *Fedra*, pudiérase conocer lo íntimo de su modo de ser, esa esencia oculta que, permaneciendo tal vez encubierta muchos años para los que ven las cosas desde afuera, se revelará infalible-

mente al primer conflicto, á la primer circunstancia grave y decisiva, de las que desnudan el alma.

Jacinto Castellá, el esposo de Teodora, seguía la representación con pura curiosidad y grato *dilettantismo* de literato y artista. Ambas cosas era de afición, no por oficio, y por necesidad mucho menos; cultivaba sus gustos delicados y selectos con íntima convicción de que no le habían de llevar á la inmortalidad, y sin esas aspiraciones ardientes á la gloria que gastan tanto flúido nervioso y después de las cuales cae á veces el artista genial y creador en profundo desaliento y negro pesimismo. El millonario Jacinto Castellá, al par que iba reuniendo selectísima biblioteca de obras inestimables; al par que recorría las tiendas de los anticuarios y escribía á todos los puntos del globo para enriquecer su galería de cuadros ó su interesante colección de hierros forjados góticos y bronce de la época griega y romana, —se entretenía en rimar, en cincelar, mejor dicho, versos materialmente perfectos, pero incoloros, tibios, sin esa chispa divina de inspiración que caldea la forma y la hace inflamar el espíritu del que lee. La forma, en los versos de Castellá, era inerte, aunque correcta y pura, y cuando se decidía á imprimir un tomito, de forma rara, en tirada de muy pocos ejemplares numerados, sobre papel de hilo, de cuba, con viñetas y finales de Vierge, nunca faltaba algún crítico académico y docto que le enviase bocanadas de incienso rancio, en artículos em-

pedrados de arcaísmos, y que por otra parte nadie leía. Una especie de discreta reputación, una reputación mate, sin reflejos, rodeaba el nombre de Jacinto Castellá, prestándole vaga aureola de distinción, más bien de persona culta que de literato. El no aspiraba á otra cosa. La belleza del arte la sentía como recreo, como algo que se hace á su hora y que presta a esa hora el encanto peculiar de un goce tranquilo.

Jacinto era una naturaleza linfática, perezosa, y lo revelaba bien su fisonomía. Frisaba, cuando le conocemos, en los treinta y ocho, y nadie podía llamarle feo, pues sus facciones eran finas y aniñadas, mediana su estatura, y su cuerpo, aunque algo encorvado como si conservase la posición del que lee ó se inclina para examinar un cachivache curioso, no carecía de soltura y elegancia bajo la bien cortada ropa. Pero los ojos de un azul apagado y frío; la barba castaño pálido; el pelo suave, ralo ya, y las sienas despojadas de él; la boca inteligente, de delgados labios y de indolente expresión; las manos larguiruchas y marchitas, como de viejo, todo delataba en Jacinto Castellá al individuo de sangre pobre y escasa energía física, producto de unas cuantas generaciones nerviosamente agotadas por el trabajo sedentario y la devoradora ansiedad del tráfico y la ganancia. En efecto, la fortuna de la casa Castellá y Amblera, cimentada oscuramente por el bisabuelo de Jacinto, no se consolidó hasta que su padre se hubo lanzado á grandes negocios de carbón y de mineral, en los cuales más de una

vez vió cara á cara y amenazadora la quiebra, y despertó de noche con el estremecimiento que precede al suicidio. Jacinto, liquidada su parte, no tuvo ánimo para arrostrar tales sustos, y vivía apaciblemente, entretenido con sus aficiones, deslumbrado un momento por la belleza de Teodora de quien se había prendado como se prendaría de un objeto de arte, de una estatuita griega ó de una soberana testa de Venus encontrada en alguna escavación. Aquellas puras líneas, aquella soberana forma modelada por un artífice que cuando quiere se deja atrás á los escultores paganos, ejercieron sobre Jacinto una atracción que por algún tiempo pareció amor, y amor ardiente y profundo. Sin embargo, incluido ya en colección el precioso objeto, calmóse, como suele suceder, la fiebre del coleccionista, pero no el empeño de conservar aquella inestimable joya en lugar preferente y visible, sobre fondo que la hiciese resaltar, de manera que envidiasen á su afortunado poseedor. Con el mismo esmero con que editaba y encuadernaba sus tomitos de poesías, Jacinto Castellá presentaba en público á su hermosa mujer, ataviada y prendida con estudio y arte. Hasta tal extremo llegaba la inocente vanidad de Jacinto, y tal era la fe de Teodora en la natural inteligencia estética de su esposo, que tenía empeño en llevarle consigo á esas excursiones á casa de modistos, zapateros y joyeros, á las cuales prefieren siempre ir solas las damas. Doucet, el célebre sastre de señoras, profesaba gran consideración á Jacinto, y le

consultaba gravemente sobre ciertas restauraciones arcaicas, destinadas á refrescar y acentuar la moda contemporánea

En Fermina, la hermana de Jacinto,—mucho más joven que él, como que representaba veinticuatro años á lo sumo—notábase que la tragedia, lejos de producir el deleite y la refinada complacencia que en su hermano, causaba una extrañeza unida á cierta curiosidad más bien repulsiva, del género de la que hace que al cruzar por la calle y ver un corro formado alrededor de un objeto de espanto, un hombre muerto de muerte violenta, en vez de pasar de largo, nos incorporemos al corrillo é intentemos ver, para cubrirmos luego con las manos los ojos y estar todo el día *reviendo* la horrible imagen. Es evidente que á Fermina le parecía monstruosa aquella mujer agonizando de inestruoso amor, declarándolo en un impulso inevitable, solicitando al propio hijo de su esposo, increpando á los dioses porque encendieron en su seno y en el de toda su raza una funesta hoguera; y ni la sonoridad y armonía de los versos, ni la admirable profundidad del estudio psicológico, ni la verdadera grandiosidad de la catástrofe moral de *Fedra*, existían para aquel alma joven y virgen, que conservaba frescas las nociones de estricta moral y de normalidad sana aprendidas en el hogar de la familia y corroboradas en la atmósfera de un pueblo de provincia influido por la probidad comercial y guiado por el confesionario. Fermina, tardó fruto de una unión que duró cerca de cuarenta

años, criatura engendrada en indiferente abrazo conyugal por un padre devorado de inquietudes que nada tenían que ver con el amor, había salido en todo y por todo, figura y carácter, á su madre, que, libre de los cuidados que al negociante abrumaban, y en la edad robusta de los treinta y siete años cuando concibió á Fermina, impuso su temperamento bien equilibrado y su excelente complexión á aquel último vástago.

No calía tipo más opuesto al de Jacinto que el de Fermina. Esta lucía una frescura vulgar, semiplebeya, y era de correctas facciones, algo carnosas; de buenos ojos rasgados y francos, duros cuando se enojaba; blanca, pel negra, guapa sin expresión y sin el encanto indefinible de una sonrisa inteligente; de trato más cordial y alegre que dulce, aferrada á sus ideas, y, como niña provinciana, algo recelosa y suspicaz. Paris no entraba en ella, solía decir á sus horas de impaciencia y tedio, poco después de haber llegado á la populosa capital. Sólo estaba en Paris desde hacía año y medio, el tiempo transcurrido desde la muerte de su madre, que había sido causa natural de que Jacinto se hiciese cargo de la muchacha.

En efecto, el trasplante tuvo que ser violento y antipático para Fermina, no sólo destetada del mamo materno, sino privada de toda su sociedad familiar de Bilbao, sus amiguitas, ese círculo que tanto agrada á los espíritus algo limitados, ese placer de conocer todas las caras y no pasar por una calle sin que hasta las

puertas nos saluden. Mal sabría Fermina definir por qué no sólo la repugnaba Paris y el modo de vivir parisiense, sino hasta la vivienda de su hermano, elegante hotelito próximo al antiguo palacio Basilewski, rodeado de árboles, más tranquilo y solitario que una casa de aldea. Era lo que experimentaba Fermina un alejamiento inexplicable, sordo malestar de esos que nacen en lo más íntimo de nuestro ser, en los ocultos repliegues donde vigila el instinto para suplir con ventaja las deficiencias de la razón. Sin poder justificar la sensación que á pesar suyo la dominaba; sin basarla en hecho alguno, ello es que Fermina no se acostumbraba al hogar de su hermano. Dos ó tres veces, al pasar por delante de las vitrinas donde se ostentaban preciosos bronceos antiguos, esmaltes, ágatas y juguetes de marfil, había exclamado Fermina apartando los ojos y ruborizándose: «¡Qué porquería!» Y Jacinto, con la convicción de que su hermana carecía en absoluto de gusto y de criterio, tuvo que guardar dos ó tres preciosidades pompeyanas en un armario de puertas de madera. Las mismas protestas, ó por lo menos una silenciosa desaprobación, manifestada como la manifiestan las muchachas jóvenes, que no saben disimular ni por cortesía, provocaban en Fermina ciertos detalles del tocador de su cuñada,—la forma de los espejos, las dos náyades de mármol que sostenían la bañera, y el techo, voluptuoso fragmento de Tiepolo, hallazgo inestimable de Jacinto.—En general, Fermina era hostil á los

trajes de Teodora, á sus joyas, á sus aficiones, á su modo de hablar, si bien la hostilidad contra la persona no hallaba todavía ocasión de revelarse, porque Teodora trataba á su cuñadita con fraternal llaneza y hasta con mimo y halago. Las pequeñeces pueriles de Fermína habían tenido carácter más belicoso y agresivo en los primeros tiempos de estancia en París, y las había exacerbado el empeño de la muchacha en llevar por su madre un luto cerrado, al estilo de provincia, con muchas prácticas religiosas y un retiro completo, casi con prohibición de reír y de hablar alto. Pero Jacinto estaba demasiado hecho á la vida parisiense, para que, transcurridas las primeras semanas, no la reanudase, si bien prescindiendo de grandes fiestas y comidas y buscando en los teatros la sombra de las *baignoires*. Y al principio Fermína declaróse en rebelión é inició una protesta furiosa, una testarudez en quedarse en casa, que no podían vencer ni las bromas de la cuñada ni la afectuosa súplica del hermano. La decoración cambió de repente, tan de repente, que Fermína misma se admiraría si se lo hiciesen notar... La clave del enigma la poseía el hombre que se sentaba á su lado, Lorenzo Gurrea, su novio, mejor dicho su futuro, encontrado en aquel París tan aborrecible... ¡Ah! Desde que Lorenzo Gurrea apareció, Fermína se sintió reconciliada con París, y con la vida, y hasta con las vitrinas de su hermano...

Ya que sabemos la distinta impresión que en Jacinto y en Fermína producía la representa-

ción de *Fedra*, bueno será que digamos la que causaba en el arrogante mancebo, á quien su apellido delataba por aragonés de origen, y emparentado con los linajes más nobles y antiguos de la tierra de Aragón; tal vez con la misma casa real. Pero antes de estudiar en su expresiva fisonomía los efectos del drama, apresurémonos á decir que la raza humana, que aparece empobrecida y gastada en los ejemplares que cría en países de excesiva y recargada civilización y donde no se contrasta la excitación cerebral con los ejercicios físicos, presenta ya muy pocos tipos comparables á Lorenzo Gurrea. El padre de Lorenzo, el viejo general carlista Gurrea Pinós, acostumbraba decir bábándose de vanidad paternal y de lealtad monárquica: «Mi chico sería el mejor mozo de la tierra... si no fuese por el rey.»

Menos apersonado que Don Carlos, y de estatura menos prócer, en Lorenzo admiraba la proporción del cuerpo y su noble gallardía. Aunque toda ropa le cayese bien, despegábase del torso de Lorenzo el feo y prosaico traje actual, y su esternón curvo y desarrollado, su quebrada cintura, sus piernas fuertes y nerviosas, su elegante y arqueado pie, pedían á gritos uno de esos uniformes pintorescos que se ajustan á la línea y avaloran la perfección de una estatua humana. El exiguo frac, destinado precisamente á lo contrario, á encubrir miserias anatómicas, diríase que iba á romperse, saltando en pedazos, al fuerte latir de aquel vigoroso pecho.

Pero lo que superaba á la magnificencia del cuerpo,—al fin belleza puramente animal,—era la simpática irradiación de la españolísima cabeza. Moreno, con palidez cálida y entonada; de facciones no tan marmóreas y recias que no las alterase el paso de la emoción, ni tan blandas que no se acentuasen con intachable diseño; con cabos de ese negro intenso que al sol adquiere reflejos rojos, Lorenzo era uno de los más acabados modelos de raza que el etnógrafo puede encontrar. Los elementos de su fisonomía eran los que á cada paso se ven en el pueblo de las provincias del Sur de España; pero estos elementos, que fácilmente dan por resultado rostros bastos, duros y vulgares, en Lorenzo se combinaban de admirable modo, creando uno de esos hombres que, en el apogeo de la juventud, á los veinticinco años, son como el ideal de la belleza masculina. La cara de Lorenzo, sus aterciopelados ojos árabes, sus labios descoloridos, entre los cuales rebrillaba una dentadura perfecta, su frente lisa, coronada por la densa cabellera que á duras penas conseguía dominar la tijera del peluquero,—expresaban el heroísmo, el entusiasmo, la generosidad, las cualidades viriles más nobles y atractivas. En el rostro del hijo de Garrea Pinós, sobre la hermosura predominaba la poesía del alma. Y cuando aquella faz de tonos románticos, serios, tan semejante á las esculturas que se ven en algunos retablos del siglo XVII, se animaba con la sonrisa, adquiría, sobre todo al dirigir Lorenzo la palabra á las mujeres, una sumisión

halagüena que era una caricia, pudiéndose decir de Lorenzo Gurrea que su mirada se arrojaba.

Aquella noche, en la representación de *Fedra*, Lorenzo oía, no con la tranquila y golosa curiosidad literaria de Jacinto, ni con la indignación y la tacita protesta de Fermina, sino con ese misterioso estremecimiento interior que producen las obras de arte impregnadas de pasión en las organizaciones juveniles y poco gastadas por la vida, y en las cuales hay almacenado un gran depósito de sensibilidad que no se ha puesto en juego. Las palabras de *Fedra*, dichas con desgarradora ó melancólica expresión por la actriz; los suspiros de fuego que su pecho exhalaba; aquella alternativa de arrullos de paloma y rugidos de leona con que declara su mortal deirio á Hipólito, producían evidentemente en Lorenzo uno de esos efectos reflejos, alta muestra del poder de la literatura dramática; efecto en que nos sustituimos al actor, y sintiendo por él y con él, olvidamos nuestra existencia real, y por una hora vivimos en la antigua Grecia,—en las regiones adonde quiera el poeta trasladarnos.—Lorenzo Gurrea, movido á dolorosa piedad, encontraba á Hipólito muy duro, muy cruel, muy impío con la pobre mujer que tenía la desgracia de idolatrarle y de perder por él la dignidad, el reposo, la salud y la vida; y creía que bien hubiese podido Hipólito, sin ceder á la culpable incitación de *Fedra*, tratarla con más dulzura, consolarla, decirle palabras algo tiernas y benignas, secar

sus lágrimas, ¿qué sé yo? hasta aparentar, no amor criminal á la desdichada hija de Minos y Pasífae, pero sí un interés espiritual muy delicado, muy afectuoso, que calmase á la enferma, á la loca, á la víctima de la cólera celeste... Y estos pensamientos, y la patética acción de la actriz encargada del papel de Fedra, y el inevitable reblandecimiento de alma que causan los sollozos y las quejas de la mujer en el hombre,—y más cuanto más hombre sea,—aumentaban en aquel momento la palidez del rostro de Lorenzo y echaban sobre todo él una sombra de apasionada melancolía, que no se escapó, ciertamente, á la atenta y lúcida mirada de Teodora...

Hubo un instante en que la dama, como contagiada por la visible alteración de Lorenzo, respiró hondo y llevó la mano á su corazón, donde se agolpaba con excesiva violencia la sangre. Casi instantáneamente reaccionó y supo ahogar una impresión de gozo insensato, que tumultuosa y rápida quería asomarse á sus ojos. Hasta aquel momento, Teodora dudaba de si el espíritu de Lorenzo tenía abierta la brecha de la sensibilidad. Ya estaba segura de que sí, y sabía por dónde penetrar en el alcázar de aquel alma varonil, pura todavía, y llena de tesoros y de jardines encantados.

III

Apenas había logrado Teodora serenarse, cuando la puerta de la *baignoire* se abrió, dando paso al veterano Gurrea Pinós, padre de Lorenzo y futuro suegro de Fermina. Al ¡*chist!* suave, pero bien acentuado, de Jacinto, que no quería que le estropeasen la mejor escena del drama, el viejo se resignó á permanecer inmóvil, recostado en el fondo del palco, hasta que el acto se terminase.

Alto, derecho y arrogante á pesar de sus años, el antiguo guerrillero se parecía en las facciones á su hijo, pero era muy distinto no sólo en el color, sino en la expresión de la cara. De tez sanguínea, recio bigote cano y amarillento por el cigarro, y blanca, fuerte y copiosa cabellera, de ojos vivos y mirada directa é interrogadora, el veterano expresaba en su rostro dos condiciones de carácter que en las épocas de su vida militar le habían sido, más que

sus lágrimas, ¿qué sé yo? hasta aparentar, no amor criminal á la desdichada hija de Minos y Pasífae, pero sí un interés espiritual muy delicado, muy afectuoso, que calmase á la enferma, á la loca, á la víctima de la cólera celeste... Y estos pensamientos, y la patética acción de la actriz encargada del papel de Fedra, y el inevitable reblandecimiento de alma que causan los sollozos y las quejas de la mujer en el hombre,—y más cuanto más hombre sea,—aumentaban en aquel momento la palidez del rostro de Lorenzo y echaban sobre todo él una sombra de apasionada melancolía, que no se escapó, ciertamente, á la atenta y lúcida mirada de Teodora...

Hubo un instante en que la dama, como contagiada por la visible alteración de Lorenzo, respiró hondo y llevó la mano á su corazón, donde se agolpaba con excesiva violencia la sangre. Casi instantáneamente reaccionó y supo ahogar una impresión de gozo insensato, que tumultuosa y rápida quería asomarse á sus ojos. Hasta aquel momento, Teodora dudaba de si el espíritu de Lorenzo tenía abierta la brecha de la sensibilidad. Ya estaba segura de que sí, y sabía por dónde penetrar en el alcázar de aquel alma varonil, pura todavía, y llena de tesoros y de jardines encantados.

III

Apenas había logrado Teodora serenarse, cuando la puerta de la *baignoire* se abrió, dando paso al veterano Gurrea Pinós, padre de Lorenzo y futuro suegro de Fermina. Al ¡*chist!* suave, pero bien acentuado, de Jacinto, que no quería que le estropeasen la mejor escena del drama, el viejo se resignó á permanecer inmóvil, recostado en el fondo del palco, hasta que el acto se terminase.

Alto, derecho y arrogante á pesar de sus años, el antiguo guerrillero se parecía en las facciones á su hijo, pero era muy distinto no sólo en el color, sino en la expresión de la cara. De tez sanguínea, recio bigote cano y amarillento por el cigarro, y blanca, fuerte y copiosa cabellera, de ojos vivos y mirada directa é interrogadora, el veterano expresaba en su rostro dos condiciones de carácter que en las épocas de su vida militar le habían sido, más que

útiles, indispensables: una energía rayana en dureza, y á la vez una gran astucia desconfiada. Preciso era que tales cualidades las ejercitase á cada momento el hombre que en ocasiones necesitó, para salvar su propia piel y la de sus soldados, ordenar sin vacilaciones un fusilamiento, y ni dormir una noche á pierna suelta, ni entregarse descuidado al amigo que le pareciese más leal. Algunos años de esta clase de existencia modifican profundamente un rostro, y desarrollan en un espíritu ciertas propensiones latentes, hasta convertirlas en dominantes. La mirada de Gurrea Pinós había conseguido muchas veces hacer bajar los ojos, demudarse y palidecer á los espías y á los traidores, sacándoles al rostro la señal de su delito, y otras veces había logrado inspirar confianza y ardimiento á los que vacilaban y temían. No acostumbraba el guerrillero, en campaña, hablar mucho, pero sus ojos suplían á su lengua. Si Lorenzo hubiese alcanzado la edad de tomar un fusil cuando su padre sostenía la guerra en el Alto Aragón, tal vez la semejanza de ambos se acentuaría, por la identidad de impresiones. —Pero en aquellos tiempos azarosos Lorenzo era un niño que se criaba en Riela al lado de su madre, mujer humilde y tímida, de fervorosas creencias, que sólo pensaba en que su hijo aprendiese á rezar y á obedecer al temido padre, á quien apenas veían. Semejante educación, estrecha y mimosa, algo mongil, había depositado en el alma de Lorenzo gérmenes de femenil sensibilidad, y le había hecho retraído

y meditabundo en sus primeros años. A su padre le respetaba como se respetaba á Dios, mezclándose en tal sentimiento la admiración del niño por el valor indiscutible y heroico del adulto, y la veneración hacia el representante de todas las formas de la autoridad en el hogar doméstico. Muerta la madre, acabado el levantamiento, el emigrado y no convenido Gurrea recorrió á su hijo y compartió con él los primeros tiempos de estrechez y de lucha en Francia. No fueron largos ni excesivamente penosos. Merced á un fenómeno de adaptación menos extraño de lo que se cree, y por esa maña que tienen los hombres de acción para aplicarse al comercio, que también es actividad y combate—aptitud que demostraron históricamente ciertos Estados tan sobresalientes en el tráfico como en la guerra, Venecia por ejemplo—Gurrea Pinós supo desempeñar á maravilla el cargo de representante de la casa bilbaína Castellá y Amblera y algunas otras comisiones del mismo género, que bastaron para asegurarle modesta holgura. Su espíritu esencialmente militar le infundió la puntualidad y el orden; su astucia de guerrillero le enseñó á orientarse en los negocios. El exgeneral fué un admirable agente é hizo prodigios de economía—dejándose atrás su sobriedad celtibérica á la sórdida tacañería francesa—para educar á Lorenzo como él entendía que debía educarle, en uno de esos *Seminarios* donde la nobleza legitimista de Francia encierra á sus hijos hasta los veintidós ó los veintitrés años; hasta que terminan

la carrera. Dos ó tres veces por semana, el veterano de la guerra civil se acicalaba, vestía el frac, se atusaba la hispida cabellera, se colgaba sus condecoraciones, y sustituía la detestable pifanza del figón, mal llamado *restaurant*, á que estaba abonado, con la opípara lista de la condesa de Mortemart Nancy, anciana señora tan sorda como católica y benéfica, que tenía mesa puesta para los *blancos* españoles. En aquel palacio de la silenciosa calle de Galande no era Gurrea Pinós el modesto agente de negocios: á boca llena y con respetuoso acento le daban los más calificados representantes de la aristocracia del *faubourg*, no sólo su título de general, sino el de marqués de la Resolución y vizconde de Amposta, mercedes algo quiméricas que le concediera D. Carlos por una acción obscura, pero realmente heroica y admirable, ganada cerca de la villa y fortaleza de que eran *castellanes* los Lunas. En las contadas salidas de Lorenzo, exigía la anciana señora que se lo llevasen á almorzar y á comer, y con un desenfado que procedía directamente de la tradición del siglo XVIII, hartábase de pronosticar á aquel *charmant garçon*, á aquel *beau fils*, toda clase de triunfos incruentos y un brillante matrimonio. La misma idea expresaban mudamente los ojos de las linajudas damas y damiselas que de noche se reunían en el palacio, á hacer labor para los pobres, pues no podían sacar hilas—ni ya las sacarían aunque hubiese guerra, dados los adelantos científicos—para los insurrectos. La sorprendente gallardía

de Lorenzo hizo latir en secreto el corazón de alguna descendiente de los cruzados.

No entraba en los planes del veterano, entonces, el que su hijo ascendiese por medio del matrimonio. En su fe inquebrantable—pues Gurrea, si traficaba, traficaba como los hebreos, esperando la venida del Mesías—creía que era inminente otra guerra civil, la decisiva, la última, la que había de restablecer el derecho y consolidar la religión; y en ella veía, cabalgando á su lado por las abruptas montañas y las feraces planicies aragonesas, al apuesto mozo, con los dorados cordones de ayudante, que relucían al sol de la victoria. Pero ¿qué tendrán los sueños, que aun cuando los acariciemos con vida y alma y les consagremos la flor del pensar, son las realidades las que al fin guían nuestros actos? Gurrea estaba seguro, lo que se dice seguro, de que vendría la guerra, la guerra más terrible de todas, el alzamiento general, ¡la conflagración...! pero, por si acaso... por si se hacía esperar mucho... por si Dios quería probar una vez más la paciencia y el sufrimiento de *los buenos* y prolongar el castigo de España... no sería malo que Lorenzo encontrase en su camino á la heredera opulentísima, sobrado feliz en aceptarle por esposo, y cuyas riquezas podrían hoy ó mañana, ¿quién sabe?, contribuir al triunfo de la *causa santa*...

Mal conocería la psicología especial de hombres como Gurrea Pinós quien creyese que al imponérsele la idea, pensó en las niñas del *faubourg*, por más severa que fuese su educa-

ción, por más decantadas y cristianas que fuesen sus costumbres. El españolismo de Gurrea revestía caracteres pasionales, y su odiosidad y prevención contra la mujer francesa rayaba en fanática manía—aunque su instinto de cautela le enseñaba á ocultar esta tirria, que le hubiese obligado á desertar de la única casa donde se le recibía con honor y halago.—El veterano, infatuado é iluso, pensaba en viajes á España, donde Lorenzo encontraría desde el primer instante la millonaria esposa que merecían sus prendas. Y cuando maduraba estos proyectos, ocurrió la muerte del padre y la madre de Jacinto Castellá, la liquidación de la casa y la vuelta de Jacinto con su hermana á París. La nueva razón social Amblera y compañía conservó su confianza á Gurrea—y bien lo merecía por su probidad y su activa labor;—y Jacinto, no empleándole ya como agente, se esmeró en honrarle como amigo, abriéndole su casa y trayéndole á su intimidad de la manera más cortés y afectuosa. La noche que se vieron y hablaron Fermina y el general Gurrea, diríase que eran ellos los destinados á quererse y casarse. Por primera vez, la actitud taciturna de la huérfana se trocó en un júbilo expansivo, y su malhumorado silencio en una viva locuacidad. Pegaron la hebra ella y el cabecilla, con derroche de españolismo, quitándose la palabra para decir cuántas ventajas y cuántas bellezas atesora España, á diferencia de Francia en la cual todo es feo, malo y reprobable. Desde el sol y los vinos de Jerez hasta las pasas, los to-

ros y las iglesias, todo lo característicamente español salió á relucir en aquel diálogo, alternando con los anatemas á la tierra francesa y la condenación más explícita de sus hábitos y del carácter de sus meradores. En la crítica de Fermina y Gurrea, las consecuencias no eran tal vez rigurosamente lógicas, pero obedecían á los dictados del sentimiento. Del clima nublado y lluvioso de París deducían el egoísmo y frialdad de los parisienses, y de la excelencia de los melones valencianos, el genio franco y simpático de la gente del Mediodía. Gurrea Pinós tenía en este particular su criterio formado é invariable: sólo los españoles eran valientes, sinceros, hidalgos; sólo pasando el Pirineo se encontraban ejemplos de lealtad y de exquisita abnegación. En nuestras iglesias sí que se rezaba, porque no había alfombras, ni sillars, ni caloríferos; las de París eran *teatros*—y Gurrea apoyaba con indignación en la palabra *teatros*; la pronunciaba abofeteando. Fermina se reía y aprobaba. De tan entera conformidad de pareceres resultó que el General declarase que no existía en el mundo criatura más angelical y discreta que Fermina Castellá. «Es un sol, una santa, una verdadera española», dijo, al volver á casa, á Lorenzo, que aún no conocía á la señorita. Al acostarse, Gurrea Pinós empezaba á rumiar la idea; al levantarse, la halló madura; porque en aquella naturaleza firme y activa, la reparación del sueño provocaba, al despertar, la repentina decisión. Y como allí no se necesitaba diplomacia, y de la obediencia del hijo, no

faltaría más!, el padre estaba seguro, la estrategia se redujo á enterarle de que la mujer destinada para él se llamaba Fermina, y de que encontrar tal mujer no era sino un patente beneficio del cielo, recompensa reservada sin duda á los que estaban dispuestos á defender la monarquía y la religión.

Los tres años transcurridos desde su salida del Seminario, no habían pasado en balde para Lorenzo. Aunque sometido á severa disciplina, y habituado á recogerse temprano, á besar la mano á su padre y pedirle la bendición, la atmósfera de París,—esa sutil penetración, por todos los poros, del ambiente que respiramos,—iba poco á poco señalando en él la doble huella del espíritu moderno, la disipación del ideal colectivo, y la excitabilidad pasional, disposiciones en que se mezclan y confunden las dos concupiscencias del espíritu y de la carne. Reprimida su juventud por la severidad de un padre que fiscalizaba sus menores acciones y le vigilaba como vigilaría á un oficial si le sospechase traidor, el deseo de amar y la fiebre de los sentidos, inevitable á los veinticuatro años, adquirieron en Lorenzo ese carácter de neurosis y de ensueño que suelen presentar en la mujer, obligada á luchar consigo misma y á ocultar la lucha. Incapaz de encenagarse en el vicio, porque le preservaba la pureza de su educación y el ojo avizor del guerrillero también, Lorenzo se encontró indefenso contra la ternura, más peligrosa quizá. Era el guapo mozo un montón de leña seca, pronto á inflamarse con la menor

chispa. Las escapatorias que había podido realizar á espaldas de su padre, si le habían iniciado en las realidades de la mala vida, siendo como válvulas de desahogo para su hirviente juventud, no habían satisfecho su alma; antes bien le infundieron la nostalgia de dichas que no fuesen sólo brutales paroxismos, y á la vez una especie de repugnancia al vicio, la sensación de una mancha persistente en las manos y en el rostro; sensación que agravaba en aquel español de raza neta lo que en él sobrevivía incólume de sus creencias de adolescente y de las reprobaciones enérgicas del confesonario. Así es que la alegría de poder acercarse á una mujer, á una mujer joven y agradable como Fermina, y de poder abrirla los brazos sin vergüenza y sin remordimiento, hizo que Lorenzo se creyese en los primeros instantes hasta enamorado. Contribuyó á ello lo que puso de su parte Fermina, aturdida de felicidad, exaltada desde que vió á Lorenzo. En cualquier circunstancia, la presencia de Lorenzo no podía dejar indiferente á una muchacha casadera, que ha cumplido veintitrés y no tiene vocación de monja; pero debía sentir Fermina con mayor intensidad los efectos de tal encuentro, cuando traída á París contra su gusto, rodeada de una atmósfera para ella desagradable, la sorprendió la aparición de un español tan amable y digno. No pensó ni un minuto en la diferencia de fortuna, y hay que hacerle á Jacinto Castellá la justicia de que tampoco vió en eso obstáculos á la unión de su hermana con Lorenzo Gurrea.

Desde que Fermina encontró á Lorenzo, revivió de tal suerte, que, disipados sus escrúpulos, ya no se acordó del luto, y consintió ir á todas partes donde pudiese encontrar á su novio y secretar con él. La petición en matrimonio se formalizó presto, pero se convino en que no se realizase la boda hasta que Fermina aliviase el luto, al año y medio de la muerte de su madre. Después los novios se irían á vivir á Bilbao. Lorenzo, con el capital de Fermina, podría asociarse á la casa Amblera, y consagrarse á la familia y al trabajo—«mientras no te llame el rey»—advertía su padre severamente, alzando el dedo índice.

IV

De este idilio había sido testigo constante, pero no impasible, Teodora de Montcal. Cuando conoció por primera vez á Lorenzo, éste llevaba ya intención de presentarse como aspirante á la mano de Fermina. Es preciso, para comprender la importancia del encuentro de Teodora con Lorenzo Gurrea, darse cuenta de la verdadera situación moral de la esposa de Jacinto Castellá.

Nada menos análogo á una mujer galante que Teodora. El fondo pagano de su alma y la fuerza pasional latente en ella, eran de una intensidad trágica, y excluían completamente la ligereza y el fácil coqueteo, arma que tan bien manejan las francesas de empobrecida sangre, y solaz y derivativo de su tedio y de sus nervios caprichosos. Ese juego á flor de imaginación le inspiraba á Teodora el mismo desdén que inspiran á los nadadores capaces de arrostrar el ímpetu del océano las travesuras de los niños en

Desde que Fermina encontró á Lorenzo, revivió de tal suerte, que, disipados sus escrúpulos, ya no se acordó del luto, y consintió ir á todas partes donde pudiese encontrar á su novio y secretar con él. La petición en matrimonio se formalizó presto, pero se convino en que no se realizase la boda hasta que Fermina aliviase el luto, al año y medio de la muerte de su madre. Después los novios se irían á vivir á Bilbao. Lorenzo, con el capital de Fermina, podría asociarse á la casa Amblera, y consagrarse á la familia y al trabajo—«mientras no te llame el rey»—advertía su padre severamente, alzando el dedo índice.

IV

De este idilio había sido testigo constante, pero no impasible, Teodora de Montcal. Cuando conoció por primera vez á Lorenzo, éste llevaba ya intención de presentarse como aspirante á la mano de Fermina. Es preciso, para comprender la importancia del encuentro de Teodora con Lorenzo Gurrea, darse cuenta de la verdadera situación moral de la esposa de Jacinto Castellá.

Nada menos análogo á una mujer galante que Teodora. El fondo pagano de su alma y la fuerza pasional latente en ella, eran de una intensidad trágica, y excluían completamente la ligereza y el fácil coqueteo, arma que tan bien manejan las francesas de empobrecida sangre, y solaz y derivativo de su tedio y de sus nervios caprichosos. Ese juego á flor de imaginación le inspiraba á Teodora el mismo desdén que inspiran á los nadadores capaces de arrostrar el ímpetu del océano las travesuras de los niños en

la playa ó las proezas de los que se bañan con vejigas y cogidos del bañero para que no los tumbé la ola. En aquella mujer de tan ardorosa vida y tan brioso espíritu no cabían simulacros.

Si se supiese algunas veces en qué estriban la virtud y la buena fama, quizás se las encontraría menos, ó se comprendería que antes de ensalzar ningún acto humano hay que estudiar sus orígenes y sus secretos resortes. Teodora, jamás prendada de Jacinto Castellá, meramente persuadida de que era un marido á propósito para colocarla en el puesto social que la correspondía, había sido fiel á sus promesas, y ninguno de los muchos admiradores de su belleza y su ingenio y de las mil seducciones que la incluían en el número de las mujeres de moda en París, podía alabarse de haber conseguido sino lo que se consigue de toda señora de buen trato: una sonrisa, algunas palabras afables. La libertad que Jacinto otorgaba á su mujer permitió á ésta formarse un pequeño núcleo de amigos selectos é inteligentes, que acudían á su saloncito á tomar el te los miércoles por la tarde, y que todos, cada uno á su manera, podían estar platónicamente entusiasmados con la señora de Castellá, pero entre los cuales hubiese sido muy censurado el fatuo que asediase á Teodora con pretensiones ridículas y aparentes, teniendo el mal gusto de comprometerla, — cosa por otra parte difícil con mujer tan prudente y de tan probada discreción. — Dos ó tres intencionadas galancetes de la colonia española ó de club-

men del «alta goma» parisiense, encontraron en la dama inmediato y serio correctivo, lo cual robusteció en la tertulia de los miércoles la convicción de que Teodora era una mujer intachable y Jacinto un hombre feliz.

Componíase aquel senado de gente de distinción y aficionada al arte, sobre todo á las antigallas curiosas; y esta clase de gustos daba pie para correrías y excursiones interesantes por los rincones de la gran capital, desde las visitas á los talleres de escultores y pintores y los apetecidos *barrazajes* de las Exposiciones primaverales, hasta las interminables sesiones en las tiendas y trastiendas de anticuarios y charnileros. Los amigos de Teodora — el general Herbay, el portugués conde de Vedras-Novas, el diplomático chileno D. Cármenes Valenzuela y Castillo, — eran gente ya entrecana, galante aún, pero propensa á decir bien de la mujer entendida, hermosa y adulada que no les infligía el espectáculo, siempre mortificante para la vanidad masculina (mucho más excitable que la femenina) de preferencias á ningún hombre joven y peligroso. Cada uno de aquellos gallos con espolones tenía su manía peculiar: Herbay las tallas en madera y las porcelanas, Vedras-Novas los grabados antes de la letra y las medallas, Valenzuela los esmaltes y los códices miniados; y era para ellos un recreo delicioso poder enseñar sus hallazgos y hacer admirar por vigésima vez sus colecciones á la encantadora dama, y oír de su boca la oportuna frase de aprobación y la amable chanza, que es

un halago amistoso. Del núcleo de los miércoles salía esa primer aura de conversación que, propagándose por círculos concéntricos, va formando la reputación de una mujer, aun en las grandes capitales. Como en las cuestiones de sentimiento todo dato tiene su importancia, no fué indiferente para el desarrollo del drama que he de referir esta aureola de respeto que á Teodora rodeaba, porque la gran juventud de Lorenzo,— que hacía que aún preponderase en él, sobre el elemento de la adquisición experimental, el del sentido de su educación estrecha,— bastaría para que viese de muy distinto modo á Teodora si ésta registrase en su historia alguna de esas aventuras ruidosas que son estigma imborrable para la mujer. Teodora poseía la fuerza que presta la nitidez del pasado, la fama intacta y limpia, y á la vez el poderoso atractivo de un rostro que revela que este triunfo no es hijo de la frialdad, sino corona de una lucha perseverante con un alma de fuego.

Nadie puede calcular si cosas que hacemos con intención de producir cierto resultado producirán otro opuesto diametralmente. Había entrado Lorenzo Gurrea en el hogar de Jacinto sabiendo que iba á pretender la mano y ganar el corazón de Fermina; y entre las instrucciones previas de su padre, figuraba en primer término una descripción del carácter de las tres personas que componían la familia Castellá. Después del panegirico de Fermina, dijo el general primos de Jacinto, calificándole de cumplido caballero, de generoso y formal, aunque

«algo frío» en religión y en política. Pero al llegar á Teodora, Gurrea Pinós, con una expresión repentina de suspicacia y dureza, pronunció esta frase: «Mucho cuidado. . . Ahí pies de plomo... Lo que es á mí la doña Teodora no me engaña.» Y como Lorenzo, sorprendido, pidiese á su padre explicaciones más completas, el veterano, al parecer arrepentido de las palabras anteriores, se perdió en un laberinto de frases ambiguas. Sin embargo, la semilla quedaba echada, y á Lorenzo se le apareció Teodora, desde antes de conocerla y tratarla, enigmática y dudosa, solicitando la curiosidad é irritándola. Por la advertencia de su padre, Lorenzo se fijó en Teodora más, y sospechó una injusticia, de esas que sublevan á las almas juveniles y nobles. No habiendo oído nunca tildar á Teodora; deslumbrado á primera vista por su belleza y su gracia, Lorenzo, recordando la insinuación del veterano, empezó, sin querer, á dudar de la infalibilidad y hasta de la equidad y la sinceridad paternas. Por varios días sintió vago enojo contra su padre, que calificaba así á una mujer tan digna.

Y, en efecto, á Gurrea Pinós le sería imposible aducir algo en qué fundar sus acerbas expresiones. Ningún dato, ningún hecho las confirmaría. La prevención del veterano contra Teodora era de esas que se revelan instantáneamente, con el vigor impulsivo de los instintos animales. Esta clase de impresiones, que van amortiguándose y llegan á desaparecer en los hombres de cerebro muy cultivado, son en

cambio decisivas en los que, como Gurrea, atravesaron un largo período de la vida sin poder dar nada al cálculo y al discurso, y tienen que proceder guiándose por una especie de intuición casi física. La existencia del guerrillero trae consigo azares que imponen la desconfianza súbita y la confianza ciega, sin vacilaciones que serían fatales; y Gurrea Pinós se había decidido sobradas veces en el espacio de un segundo á acciones de suma transcendencia, para no poseer ese infalible olfato con que la fiera de los bosques ventea á su enemigo natural. Aunque las energías creadas en Teodora por la libertad de sus primeros años al borde del mar y en el seno de la naturaleza la predisponían á esta misma clase de perspicacia, su actual refinamiento, duplicado por la cultura artística adquirida al lado de su marido, la impidió estar en guardia, en los primeros tiempos, contra aquel hombre que resueltamente la odiaba.—Y aquí prosigue la serie de las pequeñeces que de pronto desprestigian una autoridad y anulan su influjo en un alma candorosa y hasta entonces sumisa.—Es el caso que el guerrillero, á la vez que la decisión súbita y feliz, había tenido que practicar en sus difíciles tiempos de emboscadas y peligros un exagerado disimulo, una cautela estremada hasta la comedia y el engaño. Temeroso de que su antipatía hacia Teodora se descubriese y ocasionase algún entorpecimiento en los proyectos matrimoniales que con tal fruición acariciaba, Gurrea Pinós adopto frente á la mujer de Jacinto

Castellá una actitud de caballeresca galantería y de cordialidad brusca y obsequiosa, que pareció á Lorenzo, después de lo que había oído, rasgo de hipocresía detestable. Cuando toda una educación se funda en la veneración que inspira una persona y en la aquiescencia constante á sus opiniones, y no en principios que acepta por raciocinio el educando, no puede desconceptuarse el maestro sin que se conmuevan todos los principios que su autoridad impuso. Así le sucedió á Lorenzo con su padre. El instinto de rectitud y la inexperiencia del mozo se unieron para juzgar muy severamente al General, y para que, en cambio, la esposa de Castellá adquiriese la aureola de la mujer injustamente acusada por quien no tiene ni el valor de atacarla frente á frente.

Sin embargo, aquella Teodora en cuya conducta nadie, ni su más jurado enemigo, podía poner la tacha más leve, habia pasado ya cinco ó seis años—casi tantos como contaba de fecha su matrimonio—acostándose y levantándose cada día con la firme convicción de que esperaba al hombre de su destino, que la revelaría lo desconocido y lo infinito del sentimiento. La superficial psicología aceptada por la literatura nos presenta á la mujer, antes de la falta, entregada á vacilaciones y penetrada de horror al presentir y temer la caída. En la realidad sucede muchas veces lo contrario: la caída *interna* puede ser consciente, y se dan bastantes casos de que no la siga la caída *externa*. Si en toda mujer hay pudores y delicadezas que persisten

á despecho de los mayores extravíos, estos pudores no siempre impiden que en el cerebro se dibujen claramente, no las imágenes groseras y materiales del amor, pero sí todo su desarrollo fatal, de creciente interés, como los buenos dramas. En una palabra, Teodora no sufría las angustias de la lucha consigo misma al representarse lo que sucedería así que apareciese el que *tenía que aparecer*. Pertenecía Teodora al número siempre escaso, y cada día más en nuestras sociedades, —donde los caracteres se mitigan y borran sin cesar, —de los seres que se aceptan enteros á sí mismos, que no discuten sus propensiones, y que traen á la vida la exigencia de cobrar una suma de felicidad á la cual se creen con derecho. La índole de Teodora era de mujer del Renacimiento, voluntariosa, perseverante y varonil, con más fibra que nervios, y con nervios bien templados para la dicha. Si no cedió jamás á la intensa sed de amor que sentía, era porque, llena del escrúpulo de una naturaleza esencialmente estética—del Renacimiento en eso también—había encontrado hasta entonces groseras y mal labradas las copas que encerraban el divino bebedizo. No porque algunos de los que la asediaron no fuesen hombres de prendas y de aristocrático atildamiento, sino porque Teodora no se contentaba con tan poco, y aspiraba á recibir, amén de la impresión estética de los sentidos, la del alma, inspirando un sentimiento supremo, que en violencia y en soberana rebeldía se asemejase á lo que ella misma era capaz de

sentir y ofrecer. Los *clubmen* y los gomosos no tenían para Teodora musculatura moral suficiente. Una historia clandestina y vergonzante, una pildora de libertinaje secreto, más ó menos dorada... eso sería todo lo que prometiese una aventura con Max de Keradec ó con Armando de Richeplanes. Su instinto de artista hasta en la pasión decía á Teodora que sólo un hombre que llevase en las venas sangre de una raza como la española, en la cual todavía no se ha divorciado el elemento sentimental del sensual, una raza en que todavía hay fe, abnegación y locura, podía encarnar el soñado tipo. Y para este reservaba Teodora el don de las hadas.

Fuerza es convenir en que estos cálculos hechos de antemano, estos laboriosos edificios y, estos planes y combinaciones, suelen echarlos por tierra los movimientos espontáneos del corazón, en una de esas inesperadas horas en que un alma acepta el yugo. Tal le hubiese acontecido quizás á Teodora cuando conoció á Lorenzo, aunque Lorenzo no realizase, por casualidad extraña, el tipo moral viviente en la imaginación de Teodora. Otra mujer menos tenaz, menos segura de su poder, menos resuelta á crear su porvenir que Teodora, caería en el desaliento cuando, al tropezar con Lorenzo, le conoció como pretendiente declarado desde el primer día á la mano de Fermina Castellá. En Teodora, por el contrario, la impresión deliciosa y profunda de la vista de Lorenzo se acrecentó con el viril y acre presentimiento de la

lucha que habría que sostener y de las vallas que habría que saltar. Que Lorenzo, extraño á la familia Castellá, amase á la mujer de Jacinto, podía ser un capricho, un arrebato de la juventud; pero que Lorenzo, concertada su boda, casi marido de Fermina, abandonase á la novia por la esposa del hermano... ¡eso sí que ya merecía arrostrar las terribles contingencias de la infracción del orden moral y de la bofetada al mundo entero!

Consecuente en su sistema, dominando el ímpetu de su perversa voluntad, Teodora, con la diplomacia del que aspira á un fin ansiadísimo y con el tacto de la mujer que pone su inteligencia al servicio de su deseo, en vez de exhibir ante Lorenzo una coquetería que le hubiese alarmado y repugnado, adoptó actitud tan delicada, tan correcta, tan decente, que era imposible que la dama que así aparecía se pensase sino bien. La gradación de su conducta no fué menos habil. Al principio se mostró alegre, franca, chancera, fraternal casi con Lorenzo. Después, como si los sentimientos al pronto indefinibles se le hubiesen revelado lentamente, empezó á mostrarse reservada, melancólica, absorta á veces, grave, y hasta desigual de humor. Como la llama que se activaba y la consumía, y los inevitables celos que sentía al ver á Fermina y Lorenzo mano á mano, palidecían sus hermosas mejillas y cercaban de suave oscuridad sus brillantes ojos, no fué difícil que Lorenzo notase estos síntomas y preguntase la causa con interés. Contrastaban de

masiado con la visible y aturdida alegría de Fermina, para que no obligasen al joven á establecer involuntariamente esa comparación que es el primer síntoma de la predilección pasional. Casi siempre que se empieza á amar, se empieza también á detestar en otras cualidades opuestas á las del objeto querido. Los colores vivos y la jovialidad fastidiosa de Fermina llegaron á causar tedio á Lorenzo, sin que adivinase que el verdadero origen de su tedio era que contrastaban con la languidez, con la pensativa actitud de Teodora.

La labor de ésta, en los once meses que ya duraba el noviazgo, había sido de arte, pero de un arte maravilloso. Se propuso que no transcurriese un día sin que Lorenzo recibiese de ella algún chispazo, algún ligero roce moral, que se grabase en su memoria, en su alma ó en sus sentidos. Ya era una actitud estudiada y expresiva, ya una frase, ya una confidencia amistosa á media voz, ya el dejar ver, con tal sencillez que parecía descuido, bellezas de esas que el tocado generalmente encubre, como los redondos brazos ó la rica mata de pelo suelta. Con Lorenzo fué tanto más eficaz este sistema, cuanto que, al contrario de Teodora, la idea de que entre Teodora y él pudiese existir algo más que amistad ni se le pasaba por las mientes. Sin desconfianza se dejaba envolver y penetrar insensiblemente por aquella mujer de suyo fascinadora, y mas cuando se lo proponía. Libre de todo recelo porque llevaba el rótulo de novio de Fermina, y porque Teodora iba á ser su

hermana casi, no recelaba mirarla con pueril complacencia, detallar sus perfecciones, contar sus encantos y hasta sentir las penas ocultas que delataba su abatido rostro.

Teodora notó que ya estaba bien preparado Lorenzo para poder arriesgar una experiencia definitiva. Si lo dudase, se habría convencido al observarle durante la representación de *Fedra*. No tenía Lorenzo las entrañas de roble del duro hijo de la amazona, de aquel Hipólito que sólo ve en la misera Fedra un objeto de horror. Y al notar cómo la pasión transformaba el semblante y humedecía los ojos de Lorenzo, sintió Teodora la alegría insensata del jugador que acierta con el número...

En el mismo instante en que Teodora veía abierta la brecha para entrar en el corazón de Lorenzo, aparecía en el palco el veterano. Su presencia fué para Teodora la vuelta á la realidad. De una ojeada conoció las inmensas dificultades que ofrecía su empresa. Lo de menos sería el maniático de arte que se llamaba Jacinto y la criatura poco complicada y vulgar que era novia de Lorenzo. Pero aquel viejo terrible, con su ojeada de ave de rapina que escruta el horizonte, con su cráneo duro y sus velludas manos; aquel veterano que no conocía ni el miedo ni las transacciones con el deber, y que leía en el alma al través del velo engañoso de la carne... era el verdadero enemigo con quien había de luchar Teodora. ¡Y qué: lucharía! Los adversarios cruzaron una mirada relampagueante, y el ge-

neral no frunció el entrecejo, porque disimulaba ya: al contrario, sonrió y tendió la diestra á la dama, en silencio, por no molestar á Jacinto.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

V

Caía el telón sobre la catástrofe de la tragedia y los espectadores se aglomeraban en los pasillos recogiendo abrigos y sombreros, cuando Teodora, cogiendo con naturalidad el brazo de Lorenzo, salió delante, siguiéndola Fermina, que se apoyaba en el del general.

Mucho se ha hablado del peligro de verse á solas; pero es más arriesgado todavía, cuando se inician ciertos desórdenes en el alma, el encontrarse aislados en medio de una multitud indiferente. Lorenzo, al romper entre el gentío, notaba contra su brazo un eco débil, pero perceptible, del impetuoso latir del corazón de Teodora, y el ligero temblor del cuerpo que sostenía se comunicaba al suyo. Su mutismo daba indicios claros de que el observar todo esto le causaba honda preocupación. No era la primera vez que habían reinado entre Teodora y el novio de Fermina esos silencios tormentosos, cargados de electricidad, que presagian la tormenta. Sin embargo, Lorenzo, descuidado

aún, con la conciencia tranquila á pesar de la involuntaria vibración de sus nervios, no se daba cuenta sino de dos cosas bien inocentes y naturales: que Teodora estaba muy triste y que á él la tristeza de Teodora le inspiraba profunda compasión, mezclándose en el sentimiento extraño y enervante que sufría las recientes impresiones de la tragedia de Racine y las ya familiares del trato con Teodora.

Mientras los dos callaban, protegidos por el hervidero de la gente apresurada y distraída, Gurrea Pinós no se tomaba ni el trabajo de mirarlos. Al veterano no le tocaba el papel de observador, porque no necesita observar quien adivina. Sin poder alegar razones ni pruebas que evidenciasen el delito, Gurrea había llegado á tenerlo por seguro en el pensamiento de los culpables. Y este convencimiento, que se impuso al viejo súbitamente, era tan cruel, que consiguió un instante doblegar su probada fortaleza; olvidóse de que llevaba á Fermina del brazo, y clavó la quijada en el pecho, tan cejijunto y sombrío, que la muchacha se alarmó, y dijo cariñosamente, dando al veterano un nombre que él solía reclamar en broma:

—¿Qué hay, papa? ¿Tiene V. algo? Se ha puesto V... así... muy arrebatado, de pronto.

—No es nada, hija querida...—contestó él rehaciéndose.—Es que estos malditos teatros son un envenenadero. No se respira aquí sino miasmas. Además, esa tragedia me ha dado asco.

—A mí lo mismo—asintió Fermina.—No de-

bían representarse tales cosas. ¡Y Jacinto empeñado en que es preciosa y en que no lo entendemos!

—Respeto muchísimo—repuso Gurrea con ironía mal encubierta—la opinión de mi amigo el Sr. D. Jacinto, que es un sabio, mientras yo sólo soy un soldado y no tengo más libros de estudio que el Catecismo y la Ordenanza; pero, hija mía, no hay quien me convenza de que quepa hermosura ninguna en sacar á la escena pecados tan horribles. Y seré un ignorante, lo seré; pero me complace que te hayan ruborizado las maldades de la bribona de Fedra. Una mujer de bien, ¿cómo va á resistir sin abochornarse tales inmundicias?

—¡Que les oigo á Vds.!—dijo festivamente Jacinto, ocupado en abrirse paso y en acabar de enrollar al cuello un pañuelo de seda blanca, preservativo contra los catarros bronquiales á que era propenso.—¡Que les oigo, y que les azoto por blasfemos! Esa tragedia de que Vds. se asustan se representaba ante las damas y caballeros de la corte de Luis XIV. Me parece...

—Valientes bellacos y bellacas serían—afirmó Gurrea.

—Hipólito sí que me es simpático—añadió Fermina, contestando á la vez á su hermano y al general.

—Hipólitos hay pocos, cuando encuentran con tunantas—pronunció duramente Gurrea, que hablaba consigo mismo.

—Y ¿dónde se han metido Lorenzo y Teodo-

ra? —preguntó ansiosamente Fermina, que ya no veía á su novio.

— En el pórtico esperarán — indicó Jacinto.

— Démonos prisa — exclamó el general, arrastrando con fuerza á su futura hija política, sin hacer caso de las miradas y cuchicheos que la conversación en español causaba entre la apiñada concurrencia.

Por más prisa que se dieron, habrían pasado diez minutos cuando lograron reunirse al pie de la escalinata con Teodora y Lorenzo, cogidos aún del brazo. El rostro de Teodora despedía una especie de resplandor, que pareció insolente y elocuentísimo al viejo. «Ya ha caído mi desdichado hijo» pensó, sin poder explicarse de otra manera el brillo de los magníficos ojos de la Montcal. El caso es que si una persona menos ejercitada en la sospecha y el presentimiento que Gurrea hubiese escuchado el corto dialogo de Teodora y Lorenzo, encontraría que era la cosa más sencilla é insignificante del mundo.

— ¿Acostumbra V. madrugar? — había dicho de pronto la señora.

— Tanto como acostumar... no; pero madrugo algunas veces. Por gusto de mi padre me levantaría con el sol — respondió Lorenzo sin comprender, pero ya prevenido.

— ¿Le asusta á V. la idea de... levantarse mañana a las siete, y... recogerme en mi casa... á las ocho y media?

— ¡Asustarme! — murmuró el mozo, que á pesar suyo se turbó algún tanto. — ¡Asustarme, Teodora! Disponga de mí.

— Es que quiero comprar unas sorpresas á Fermina... y que no se entere... y que V... que V... dé su opinión... Son regalos...

— Perfectamente — murmuró Lorenzo, á quien tan verosímil explicación desconcertó algo, sin saber por qué.

— ¡Mucho sigilo! — añadió Teodora gravemente. — ¡Que *nadie* lo sepa! Es condición precisa. — Y al subrayar el *nadie* con cierto énfasis imperioso, Lorenzo sintió que á su padre se refería el encargo, y en vehemente efusión respondió bajo, casi al oído de Teodora:

— Haré lo que V. quiera, todo lo que V. mande, y mañana, y siempre.

Teodora experimentó por segunda vez una alegría mortal. Nada grave significaban tomadas al pie de la letra las palabras de Lorenzo: en otros labios y sin antecedentes serian una vulgaridad cortés: pero el tono de voz y la visible alteración del que las pronunciaba, les daban recóndito sentido. Y el mismo Lorenzo, al acabar de decirlas, sintió algo de sorpresa, porque le parecía que quien se expresaba con tal calor por su boca era otra persona, un Lorenzo nuevo y desconocido.

— ¡Qué hermosa es *Fedra!* — articuló Teodora así que pudo respirar, desviándose con maña de la conversación anterior.

— Demasiado hermosa. Hace daño, — contestó Lorenzo. — Yo no la conocía. A mi padre no le gusta que vaya mucho al teatro, y sobre todo á los teatros serios. ¿No parece imposible? Mi padre prefiere las bufonadas: en el *Vaudeville*

y en el *Palais Royal* goza como un chiquillo y se ríe á carcajadas de las estupideces y las barbaridades. Y yo, entretanto, me duermo.

Hizo Teodora un movimiento imperceptible de desdén. Su perspicacia, redoblada por la viva tensión de todas sus facultades en una hora que consideraba decisiva, la decía que el enemigo era el general, y que ayudando á destruir su prestigio, aniquilaba su poder. Sonrió, y articuló como si hablase consigo misma:

—Es natural que no entienda á *Fedra*, y que le encanten Lulú Albine y Charles Rigolo.

Y sus ojos encontraron los ojos de Lorenzo, y se detuvieron allí algunos segundos. Lorenzo no los bajó, y pronunció quedamente, con afán:

—¿Mañana... á las ocho y media?

Hizo la dama ligera señal de asentimiento. Casi al mismo instante se reunió al grupo el otro compuesto de Fermina, el general y Jacinto; y un lacayillo, ladeando el lustroso sombrero de enhiesta cucarda, avisó con respetuoso *Madame* de que el coche esperaba allí, á dos pasos, á la salida.

Era la noche de las frescas de primavera en París, que convidan á velar, á andar y á beber aire. Algo más que aire deseaba beber Jacinto, pues á semejante hora una bavaresa de espuma de chocolate y una *brioche* desmigajada en ella le confortaban singularmente el débil estómago. Se convino en que bajarían á pie por el bulevar, y el coche les aguardaría á la puerta de un café muy de moda, donde re-

frescarían todos. A las doce ó doce y media de la noche, los principales bulevares, sin perder enteramente su animación, empiezan á verse libres del denso gentío que de día obstruye esa pletórica arteria parisiense. Los parroquianos de cafés y *restaurants* se instalan en mesas colocadas en la acera, y las cortesanas de oficio, solas en su velador, arreboladas, peripuestas, en estudiada actitud, esgrimiendo el pie, tratan de cazar al paso á cualquier incauto pajarillo. Si una señora acompañada por caballeros se sienta cerca de alguna de estas buenas alhajas, guarda la ojeada insolente y la risita mofadora. Por evitar vecindades semejantes, Jacinto escogía siempre una mesa dentro del café, en una esquina, donde le servían volando, porque sus generosas propinas eran comentadas entre los mozos, que sabían por experiencia que la gente en París no derrocha ni quince céntimos por el gusto de derrocharlos.

Teodora pidió un sorbete y se sentó, afectando dejar á los novios juntos. No deseaba otra cosa Fermina, siempre codiciosa de palique; pero Lorenzo, menos dueño de sí mismo que la esposa de Castellá, conmovido aún por las palabras que se habían cruzado entre los dos, é imprevisor por lo mismo que su intención no era aún deliberadamente culpable, no pudo menos de apartar la mirada del rostro de Fermina y recrearla en el de Teodora, que serena é impenetrable saboreaba á cucharaditas el sorbete. Aunque el general era en aquel instante vícti-

ma de Jacinto,—que le explicaba la leyenda mitológica de *Fedra*, los precedentes de la obra de Racine en Séneca y en Eurípides y las intriguillas de Mad. Deshoulières y el duque de Nevers para conseguir echar abajo á la *Fedra* del gran poeta y ensalzar la de su émulo Pradon,—no se le escapó la mirada de su hijo, ni le engañó la calma de Teodora. Tan sobre aviso estaba, que presintió lo que iba á suceder: que estinguída la conversación entre los novios, Fermina se pondría encapotada y ceñuda, como siempre que ocurría esto,—y ocurría de algún tiempo acá con frecuencia, por involuntario cansancio del joven, que no sabía qué decir á su futura.—Lorenzo, después de pedir otro sorbete como el que estaba tomando la señora de Castellá, se situó casi de espaldas á Fermina, tan inadvertidamente que el veterano le hizo una expresiva seña. «Los hombres tienen espalda» advirtió la misma Teodora, sonriendo á su propio rasgo de habilidad; y Lorenzo, algo confuso, hubo de volverse, dando una excusa que era casi un agravio:

—¡Ay!... ¡Perdón!... ¡Estaba distraído!

Fermina calló, pero un mohín violento contrajo su boca, y sus ojos se nublaron; y el general, paladeando el primer sorbo de la copa de aguardiente de Riga que había pedido,—por no haber allí Ojén, ni noticia de él siquiera—reflexionó un minuto; y de repente, volviéndose hacia Jacinto, soltó este cañonazo:

—Amigo señor de Castellá, siento el disgusto que voy á dar á mis hijos queridos, á los dos

tórtolos, pero... ya no lo callo más, porque se acerca el término, y no hago nada con tapujos.

—¿Qué es ello, querido General?

—¡Si me parece que ya le hablé á V. del negociol! ¿A que salimos con que no se acuerda? Se trata del viajecillo que tenemos que hacer Lorenzo y yo á España... Una correría de tres ó cuatro meses... Pero que no se asuste Fermina: volveremos al tiempo señalado para la boda. ¡No faltaba más! La víspera de la ceremonia, aquí estamos más fijos que el sol.

Si el general contaba con el efecto de este golpe que se le había ocurrido mientras bajaban el bulevar á pie, y que acababa de decidir sorbiendo el aguardiente, no se equivocó respecto á Lorenzo, pero hubo de sufrir una decepción por lo que á Teodora respecta. Mientras la hermosa y morena faz de su hijo se demudaba de asombro, la de Teodora no se alteró poco ni mucho, ni se borró de sus labios la sonrisa, ni tembló la mano con que sostenía la cucharita llena de *parfait*. Diríase que tomaba del sorbete ejemplo de frescura.

—No sabíamos nada de esos planes,—gritó Jacinto.—Nunca me habló V. de ellos. Y me parecen una atrocidad. ¡Separar ahora á los novios! V. se ha olvidado de sus veinte, querido Gurrea.

—Amigo mío, ante el interés y la necesidad... Como el viaje tengo yo que hacerlo, en cierto modo, de incógnito, no lo he trompeteado por ahí... Pero al tomar estado Lorenzo, es preciso revisar papeles, arreglar asuntos, hablar con

parientes y amigos de allá, cortar cuestiones pendientes, tocar ciertas teclas... El viaje es indispensable.

—Que vaya V., bueno—exclamó Fermina recobrando la palabra y con la inconsciencia egoísta del amor;—pero Lorenzo, ¿qué necesidad tiene de ir?

—No puedo prescindir de él, hija mía, porque lo más embrolladito es precisamente la herencia maternal de Lorenzo, y tiene que firmar, que hacerse cargo... Las señoras no entienden de esas incumbencias, que son cuenta nuestra solamente.

Teodora, que á la sazón abrochaba sus guantes y se pasaba el pañuelo por los labios, tuvo un quite maestro:

—¡Cómo les envidio, general! Lo que sentimos Jacinto y yo es no poder dar también nuestra vueltecita por España. Hacen Vds. muy bien, aunque la pobre Fermina se aburra un poco... Quedamos aquí para distraerla. ¿Verdad, monina mía?

La hermana de Jacinto se echó atrás, rehuendo una demostración cariñosa de su cuñada.

VI

Si cuando el guerrillero se recogió á su casa aquella noche hubiese tenido á su disposición, como antaño, hombres y armas, no le arriendo la ganancia á lo que se le pusiese por delante en ocasión tal, fuese cosa ó persona, los muros de una ciudad ó el frente de una división. La ira le congestionaba hasta causarle vértigos, síntoma alarmante en un viejo tan sanguíneo que todos los años tenía que tomar, en primavera, bebidas refrescantes y dosis de aconitina más ó menos graduadas. Habíale encargado mucho el médico que evitase airarse, pero en aquel caso sólo no se airaría un santo de piedra. ¡Su hijo; su obra; la criatura humana por quien se había impuesto trabajos y sacrificios, el ser de quien se creía obligado á responder ante Dios, la prolongación de sí mismo, su orgullo y su recompensa... cogido en las redes del demonio, sepultado en el abismo de la perdición, marrando á la vez su bienestar y dicha en este mundo y su salvación en el otro!

parientes y amigos de allá, cortar cuestiones pendientes, tocar ciertas teclas... El viaje es indispensable.

—Que vaya V., bueno—exclamó Fermina recobrando la palabra y con la inconsciencia egoísta del amor;—pero Lorenzo, ¿qué necesidad tiene de ir?

—No puedo prescindir de él, hija mía, porque lo más embrolladito es precisamente la herencia maternal de Lorenzo, y tiene que firmar, que hacerse cargo... Las señoras no entienden de esas incumbencias, que son cuenta nuestra solamente.

Teodora, que á la sazón abrochaba sus guantes y se pasaba el pañuelo por los labios, tuvo un quite maestro:

—¡Cómo les envidio, general! Lo que sentimos Jacinto y yo es no poder dar también nuestra vueltecita por España. Hacen Vds. muy bien, aunque la pobre Fermina se aburra un poco... Quedamos aquí para distraerla. ¿Verdad, monina mía?

La hermana de Jacinto se echó atrás, rehusando una demostración cariñosa de su cuñada.

VI

Si cuando el guerrillero se recogió á su casa aquella noche hubiese tenido á su disposición, como antaño, hombres y armas, no le arriendo la ganancia á lo que se le pusiese por delante en ocasión tal, fuese cosa ó persona, los muros de una ciudad ó el frente de una división. La ira le congestionaba hasta causarle vértigos, síntoma alarmante en un viejo tan sanguíneo que todos los años tenía que tomar, en primavera, bebidas refrescantes y dosis de aconitina más ó menos graduadas. Habíale encargado mucho el médico que evitase airarse, pero en aquel caso sólo no se airaría un santo de piedra. ¡Su hijo; su obra; la criatura humana por quien se había impuesto trabajos y sacrificios, el ser de quien se creía obligado á responder ante Dios, la prolongación de sí mismo, su orgullo y su recompensa... cogido en las redes del demonio, sepultado en el abismo de la perdición, marrando á la vez su bienestar y dicha en este mundo y su salvación en el otro!

En todo padre hay un calculador interesado, feroz casi. Los padres que no creen en la vida futura, calculan de tejas abajo. Los que creen, llevan sus cálculos hasta la misma región de la justicia inmanente y eterna. El general Gurrea Pinós, que á su manera adoraba en Lorenzo, tenía sus cuentas sobrado bien echadas para que no le enfureciese el comprender que una circunstancia imprevista, un miserable obstáculo—el brillo de unos ojos, el sonido de una voz femenil—los desbarataba. Ni eran sólo sus combinaciones para la felicidad presente y futura de Lorenzo lo que había deshecho de un caprioto el blanco dedo de Teodora: era también aquella autoridad omnimoda y jamás discutida del padre sobre el hijo, forma de la monarquía absoluta en el hogar doméstico; porque el general *sentía* que si Lorenzo no le negaba acatamiento aún, en su alma se había roto ya el freno misterioso de la disciplina moral, recobrando sus derechos la voluntad propia y la inclinación incontrastable.

No era Gurrea Pinós de los que confieren á nadie sus planes y pensamientos, ni necesitaba consejos quien tantas veces había tenido que contar solamente consigo mismo; pero se hubiese visto en apurado trance si, caso de elegir confidente, éste le preguntase en qué fundaba tales desconfianzas y temores. ¿Qué había hecho Lorenzo? ¿tanto menos que nada. Mirar á Teodora, cosa natural porque Teodora atraía los ojos; algo de tibieza en cortejar á Fermín; cierta abstracción, cierta melancolía... Para

Gurrea Pinós era bastante. Sabía, por la experiencia del pasado, que los sentimientos dormitan largo tiempo, y un día se despiertan furiosos. Recordaba que, en la guerra civil, dos oficiales que jamás habían reñido, pero que se profesaban secreta envidia y antipatía sorda, salieron á una expedición juntos, y el uno aprovechó un descuido del otro, lo interpretó como traición, y á la media hora, arrimando á su émulo á una pared, le pegó cuatro tiros.—Lorenzo estaba en peligro, en peligro inminente... y á su padre tocaba salvarle.

Así discurría Gurrea, mientras la sangre, agolpándose á sus sienes, le encendía el rostro con tonos bermejos. Estaba, sin embargo, satisfecho de la idea del viaje á España, que le parecía genial. Con tal viaje salía Lorenzo de la esfera de acción de Teodora; recobraba el padre su dominio sobre el hijo; volvía á imponerle el yugo, y al regreso le llevaba al altar derecho, no soltándole hasta empaquetarle en el camino de hierro, con su mujer, facturados ambos para España. Eso haría, y á ver quién osaba contrarrestar su voluntad y oponerse á su resolución, porque al que tal intentase, le arrollaría sin compasión y sin reparo. ¡Si Jacinto Castellá era un pelele, ya vería Teodora cómo las gastaba el caudillo de Amposta y de Torrellas!

Era hombre Gurrea para cumplir al pie de la letra este programa. No decaería seguramente su voluntad.—Sin embargo, tenía su combinación una base errónea. La acción resuelve victoriosamente los conflictos del orden material, y

es de admirables resultados en la guerra; pero en la esfera del sentimiento no basta la acción para triunfar. Las almas se dominan por el convencimiento; la violencia no las vence. Y se equivocaba Gurrea al suponer que la obediencia pasiva de Lorenzo, aquel modelo de hijos, no podía quebrantarse cuando se debilitase el prestigio paternal. Era también en daño de Gurrea no poder ejecutar sin dilación alguna su plan de viaje. Un agente de negocios no deja de sopetón y sin previo aviso sus asuntos. Ocho días calculó que le hacían falta — y eso desplegando suma actividad — para preparar la salida. Gurrea P. no era probo hasta la exageración y la nimiedad. De ningún modo quería marcharse con apariencias de fuga. Lo que se juró á sí mismo fué no perder de vista á Lorenzo en los días que faltaban para retirarle del borde del precipicio con fuerte mano.

¡Por sagaz que fuese el general, no podía adivinar que su hijo tenía cita con Teodora á las ocho de la mañana del día siguiente! — Había tropezado el viejo con una adversaria terrible, y el modo de dar la cita y la elección de hora revelaban la destreza de la dama. Lorenzo jamás iba á casa de su prometida antes de las cuatro de la tarde, ni se levantaba hasta las nueve de la mañana, porque las noches pasadas en el teatro le obligaban á trasnochar, y estaba en la edad en que se vive, más que de la comida, del sueño. — Así es que su padre le creía seguro en casa y en la cama, cuando ya se acercaba él á la verja del hotelito, tendiendo la

mano para oprimir el botón eléctrico. No tuvo tiempo de realizarlo: Teodora esperaba en el jardín vestida de mañana, sencillísima, algo descolorida, sonriente, y ella misma corrió el pasador y salió al encuentro de Lorenzo, antes que éste apoyase el pie en la senda enarenada que rodeando la fuentequilla conducía al vestíbulo. Se dieron los buenos días, y sin hablar otra palabra, Teodora cogió el brazo de Lorenzo, y echaron á andar por una de esas calles de plátanos, negrillos y acacias, que la primavera hace deliciosas en el húmedo clima de París.

Las primeras palabras de Lorenzo fueron para proponer á Teodora que tomasen un coche, á fin de evitar el cansancio de la larga caminata; pero la señora se negó, murmurando con súplica tierna y humilde:

— ¡Déjeme V. andar, si no es V. el que se cansa... ¡Me siento tan bien... voy tan contenta...

No respondió Lorenzo más que con los ojos, pero respondió detenidamente, y á paso igual bajaron por la avenida de los Campos Eliseos, fresca y solitaria á tal hora, embalsamada por las emanaciones de las acacias, y alfombrada con las flores blancas y rosadas del precioso árbol. El sol, siempre festejado en el brumoso París cuando se digna aparecer libre de nubes, alumbraba sin calentar mucho, y una brisa palpitante, saturada de la humedad del río y del riego, no llegaba á mover los árboles, pero los acariciaba y les encrespaba las hojas. De vez en cuando, por la calle central de la avenida, rodaba un coche, algún faetón, alguna

charrette, guiada por madrugador aficionado, y el brillo de sus barnizadas ruedas y el volteo del polvo que levantaban distraía un segundo á los paseantes. Poco tráfico en aquel barrio de gente elegante y rica; niños correteando y empujando grandes pelotas bajo la inspección de una niñera soñolienta y rubia, y las graciosas siluetas de dos amazonas escoltadas por tres ó cuatro jinetes, erguidas en la silla, y que dejaban en los ojos el rastro de una falda de paño azul tendida como la vela de un esquife sobre un anca de caballo reluciente irisada á fuerza de buen pelo, y de una mejilla sofocada sobre la línea blanca de un cuello almidonado.

Teodora y Lorenzo andaban despacio y apenas trocaban alguna frase sin interés. Al encontrarse sus miradas, ambos sonreían involuntariamente. Al acercarse ya á la plaza de la Concordia, la dama suspiró y volvió atrás la vista, como si sintiese dejar la grata soledad semi-campestre de la avenida y llegar á sitios más frecuentados. No notaba fatiga alguna; el ejercicio prestaba á sus facciones animación singular. Parecía que ella y Lorenzo se habían dado el santo y seña para no hablar seguido; sin embargo, lo que en Lorenzo se debía al sentimiento que le embargaba, era en Teodora efecto de un bienestar tan grande, que no quería alterarlo. Si Teodora fuese una mujer vulgar, forzaría la situación y acaso perdería el terreno conquistado, tratando de arrancar á Lorenzo declaraciones explícitas. La esposa de Jacinto Cas' llá, aunque inexperta, era hábil

por instinto y comprendía que en tan solemne hora la más leve torpeza sería fatal. Repugnar á Lorenzo; permitirse una familiaridad, una provocación, un movimiento en apariencia libre... ¡qué horror, qué vergüenza, y además, qué equivocación tan lastimosa! Ni necesitaba Teodora esforzarse para no sentir al lado de Lorenzo, en aquel instante, más que dulzuras del orden espiritual. La pasión presenta este fenómeno, que es preciso calificar de bello: así como sabe exaltar los sentidos, sabe aniquilarlos: aspira á todo y se contenta con nada. Sin más que llevar cerca á Lorenzo y sentir cómo entraba suavemente en el alma de él, iba Teodora, fuera de sí, transportada con ideal transporte.

En Lorenzo se verificaba el fenómeno contrario. El hallarse próximo á tan atractiva mujer, el acompañarla á aquella hora, el sentirla tan conmovida, el respirar su aliento sano y perfumado, y sobre todo la conciencia de que allí existía *algo* ya muy antiguo y de cierto muy profundo, exaltaban en Lorenzo una juventud intacta y fuerte. Su terrible padre, al intimarle la víspera, sin previo anuncio ni consulta, sin réplica, la orden del viaje á España, había incurrido en un yerro, precipitando la explosión. A Lorenzo le pesaba el dominio de su padre. En la buena voluntad, en el júbilo con que acogió el plan de su boda con Fermina, había entrado por mucho el secreto deseo de emancipación que experimenta todo joven educado con severidad excesiva y sometido á una volun-

tad de hierro y á los rigores de la inquisición doméstica, que fiscaliza constantemente sus actos. Sordamente, el deseo de la independencia germina en el espíritu. Al oír el día anterior el decreto del general, Lorenzo comprendió ó por lo menos infirió la causa: y la necesidad de dominar su cólera y lo repugnante de la forzosa obediencia, le pusieron por algunos instantes como loco. El cachorro de león se despertaba, rugía y sacudía la melena. «Soy un hombre—pensaba—y mi padre me trata como á un niño ó como á una mujer. ¿Qué idea tiene de mí? ¿Se figura que voy á pasarme la vida con andadores y llevado de la mano? Lo que él sospecha de mí y de Teodora es una infamia; pero aunque fuese cierto, ¿quién le mete á intervenir en tales cuestiones?» La idea de que Teodora sintiese por él un interés que la tuviese abatida y enferma empezó á precisarse, y Lorenzo, desvelado en su cama, dió el paso inmenso de considerar la sin espanto, ó más bien con secreta alegría. Tan rápidamente como gira la veleta al impulso del viento, vió Lorenzo que había cambiado, que no era el mismo, que se volvía diferente de sí propio, que su alma se orientaba hacia el mal, hacia lo que pocos meses antes le hubiese horrorizado. Parecía oír una voz insinuante que al oído le prometía mortales dichas; y el océano de la pasión, sin límites visibles, le tentaba brindándole sus olas de fuego. Al encontrarse al lado de Teodora, creyó verla por primera vez. El riesgo de mirar así á una mujer tan peligrosa se duplicaba por encontrarla

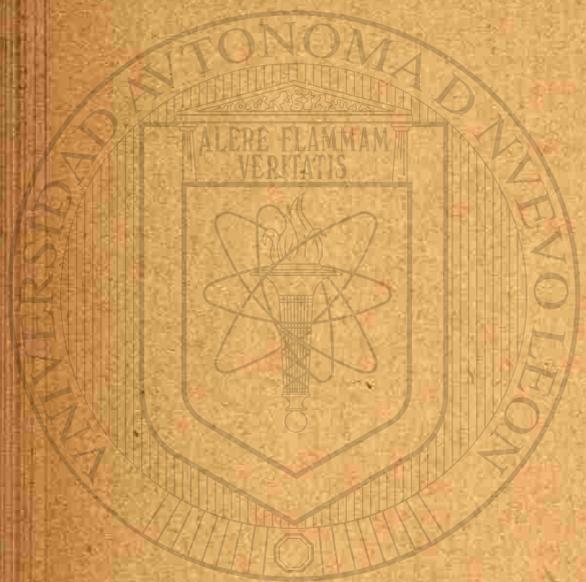
embedida de sentimientos que no se tomaba el trabajo de ocultar ya....

En esta disposición de ánimo se internaron por la calle de Rivoli, nunca muy concurrida, y se acercaron á la Comedia Francesa, asaltados por los recuerdos de la vispera y oyendo aún los gritos desgarradores de *Fedra*:

¡O haine de Vénus! ¡O fatale colère!

Y como involuntariamente cruzasen la mirada, una mozueta que pasaba, desgreñada y con los ojos hinchados de dormir, al acercarse á ellos les contempló de un modo insolente por lo familiar, y soltó, entre una risotada, esta frase:

—*¡Joli couple!* (Bonita pareja.)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

VII

Teodora palideció y Lorenzo se ruborizó. Era que la exclamación de la mozuela daba forma casi plástica á lo que ambos pensaban y sentían. En toda mujer de entendimiento claro y alma enérgica—y estas dos cualidades no podían negarsele á Teodora—el momento de la transgresión definitiva de la ley moral siempre lleva consigo una impresión fuerte y honda de queja y de protesta contra la suerte. El decoro forma hábito, no siendo el hábito la menor salvaguardia del decoro, y Teodora, impecable aún en el terreno de los hechos, no podía dominar un estremecimiento de temor y casi de repugnancia ante la culpa, estremecimiento á veces más poderoso que otras embriagadoras fruiciones que disfrutaba por primera vez. Teodora imaginaba, en aquellos instantes, que hubiese podido encontrar á Lorenzo cuando aún tenía derecho á ofrecerle la blanca flor de naranjo que significa la pureza y la integridad del cuerpo y del corazón; y que entonces podría oír

sin rubor ni recelo aquella halagüeña exclamación de la moza que saludaba en la pareja cogida del brazo la irradiación del amor y de la hermosura. Pensamientos semejantes torturaban á Lorenzo y le encendían el rostro. Recapacitaba, queriendo dominar la tempestad que ya rugía en su espíritu, en la diferencia de lo que sentía al lado de Fermina, y lo que experimentaba al de Teodora; y se figuraba que había salido de una comarca lluviosa, fría, donde se respira el tedio, para entrar en un país de sol y luz, de rojos crepúsculos, de auroras radiantes y de noches claras, templadas y alumbradas por misteriosa luna y por espléndidas constelaciones. Si Fermina fuese Teodora, ¡qué sueño tan divino el de arrodillarse con ella ante el altar del cual desciende la bendición á hacer lícitas las alegrías y á convertir, por singular privilegio, en virtud y en deber la misma felicidad!

A esta visión de desposorios, estéril nostalgia de lo imposible, infundía nueva vida imaginaria la exclamación de la mozueta que con tal descaro acababa de unir á Teodora y Lorenzo. Los ojos de ambos volvieron á encontrarse, y su ardiente y persuasiva elocuencia hizo otra vez inútiles las palabras. Si hasta aquel momento existía duda, se disipó toda niebla de incertidumbre desde entonces, porque ninguna frase diría más que aquella mirada.

Siguieron andando en silencio, sin soltarse, incapaces de articular una sílaba.

No se les había ocurrido ponerse de acuerdo acerca de las famosas compras, ni trazar itine-

rario fijo para su paseo; pero Teodora, con esa lucidez de concepción que caracteriza á las almas valientes en momentos críticos, guiaba, como insensiblemente, hacia el punto que quería. Hay personas que no pueden menos de estar siempre *haciendo intención*, hasta cuando no se lo proponen. La voluntad de Teodora la impulsaba constantemente en la dirección de sus deseos. Por eso, al través de las calles, unas tan animadas y otras tan apacibles, que convergen alrededor del foco de delirante actividad é histérica algarabía que se llama la Bolsa de París, eligió el camino de la plaza de las Victorias, donde se gallardea la estatua ecuestre de Luis XIV con inmenso pelucón y atavío á la romana, y donde se alza el templo que el mismo *Rey Sol* erigió para conmemorar un suceso que hace época en los anales del catolicismo: la toma de la Rochela.

La iglesia de Nuestra Señora de las Victorias, con su portada jónica y corintia y su interior del mismo frío estilo neo-griego, no ofrece ese aspecto solemne y romántico de otros templos, que hacen entrar por los sentidos la compuncion y la tristeza religiosa. Sin embargo, hay estados del ánimo en que toda iglesia, sólo por serlo, nos conmueve, y Teodora contaba con la robusta fe de Lorenzo para arrancarle del modo más inesperado y noble, —sin rebajar marcadamente su dignidad de mujer— la confesión verbal que confirmase la de los ojos. No era que dudase Teodora; pero sus observaciones —aunque no fundadas en la experiencia—le

habían demostrado que las palabras son un lazo muy resistente y que esa imperceptible agitación del aire forma resortes de acero y cadenas de hierro, malas de romper. Detúvose, pues, al pie de la estatua y ante el pórtico de la iglesia, y de pronto, como si obedeciese á súbita inspiración, arrastró vivamente á Lorenzo, y subiendo la escalinata, ambos penetraron en la iglesia. Al entrar, por respeto, se soltaron el brazo; pero Teodora, al punto, tomó la mano del español y le llevó ante la imagen de Nuestra Señora.

La iglesia de las Victorias jamás está solitaria. Los desastres de la guerra y los castigos y desmembraciones que ha sufrido el suelo francés, se diría que han acrecentado una devoción que cimentaron los triunfos. A cualquier hora que entréis en el templo fundado por el gran rey, encontraréis algunos fieles postrados y veréis lucir docenas de cirios ante la imagen de la celestial Emperatriz. La imagen inclina la cabeza bajo el peso de su enorme corona, y el rostro, honesto y grave, orlado por la toca blanca y el rubio cabello, se tuerce hacia el Niño Dios, que en actitud de bendecir al que le implora, descansa sobre estrellado globo. Al levantar la vista hacia el grupo encantador de la madre y del hijo, Teodora vaciló en su atrevido propósito: era más pagana que cristiana, y, sin embargo, sentía en lo profundo de su conciencia el temblor del sacrilego que pone las manos en el copón. Venció instantáneamente aquel recelo, y haciendo seña á su acompa-

nante, los dos se arrodillaron juntos, próximos, en el fondo de la capilla. Volvióse hacia Lorenzo la señora de Castellá, y murmuró en voz baja, temblorosa, velada por el llanto:

—Lorenzo, recemos, que lo necesitamos bien.

—¡Si lo necesito, Teodora!—murmuró Lorenzo con mayor turbación aún.

—¿Va V. á pedirle á la Virgen lo que le pediré yo?—preguntó como á pesar suyo la dama.

—Si tenemos que pedirle lo mismo, ese consuelo me quedará—respondió el mozo, cuyos ojos pensó Teodora que se humedecían, aunque tal vez fuese el reflejo de los cirios.

—Yo sé lo que he de pedirle, pero no sé lo que V. pedirá—articuló Teodora con tan vehemente expresión, que Lorenzo, trastornado, hubo de decir:

—¡No quererla, Teodora... no adorarla... eso pido á Dios, que todo lo puedes!

Llevóse Teodora las manos á la garganta; se levantó, y salió precipitadamente de la iglesia. La abrumaba el mismo resultado que tenía tan previsto, y, aturdida, sólo pensaba en respirar el aire libre. Apoyada contra la puerta, cerró los ojos y conoció que iba á desvanecerse si hubiese permanecido en la iglesia un minuto más. Entre tanto, Lorenzo, confundido y medroso, tartamudeaba la Salve; pero mientras sus palabras querían volar al cielo, sus pensamientos bajaban á la tierra y no acertaban á separarse de ella. De su piadosa educación en el Seminario había conservado Lorenzo la costumbre de encomendarse á la Virgen, diciendo

en lengua francesa la más sencilla de las jaculatorias: *Marie, j'oh ma mère! priez pour nous.* Maquinalmente repitió estas dulces palabras, clavando los ojos en el cándido rostro de la efigie. La seductora había calculado con infernal habilidad, al hacer que chocase repentina y bruscamente la pasión juvenil de Lorenzo con la única valla que podría contenerla acaso. Mas ya era tarde. En vano Lorenzo quería asirse desesperado al áncora de oro de sus creencias. En aquel instante había un recelo pueril que le consternaba y que se interponía entre su arrepentimiento y su conciencia; y era el temor de haber ofendido ó desagradado á Teodora. «Se ha ido» pensaba: «se ha ido avergonzada de mi declaración... y tal vez no me espera á la puerta ya». Que este insignificante recelo pudiese en el alma de Lorenzo más que otras consideraciones, demuestra hasta qué punto estaba ya cautivo. Se levantó de pronto, de un salto, y salió perseguido por el olor melancólico del incienso y de los ardientes cirios, como por una voz triste que nos avisa para que no nos despeñemos.

Y al salir, lo primero que vió fué á la dama, reclinada en la pared, desencajada, respirando fuerte, con angustia. «Se ha puesto mala, y es por culpa mía», pensó Lorenzo, precipitándose hacia la esposa de Castellá. En su aturdimiento, balbuceaba preguntas llenas de interés, ofrecimientos, ruegos, palabras de ternura. Teodora le miró, deleitándose en verle así, y dijo con languidez:

—No tengo nada; gracias, Lorenzo... Me siento muy bien, sólo que un poco débil. Llame V. un coche.

—¿Un coche?

—Sí, abierto... En la plaza de la Bolsa los hay.

Mientras el español corría á cumplir el encargo, Teodora, repentinamente serena, habiendo reaccionado ya; reflexionaba. En aquella mujer, que era un hombre de acción, las emociones estimulaban la exactitud del raciocinio. Preocupada un instante en la iglesia, al salir de ella se dejó dentro los pocos escrúpulos que en su carácter cabían. Mientras á Lorenzo le aturrullaban los fenómenos pasionales, á Teodora la ponían sobre las armas, en guardia, pronta á la lucha. Había pedido el coche, no porque se sintiese cansada ni enferma, sino porque, libres del cuidado de andar y aislados de la gente, se completaría la confesión de Lorenzo y quedarían acordes. Y había querido el coche abierto, porque si contaba con la fiebre de los sentidos de Lorenzo para que éste se entregase atado de manos y pies, por nada del mundo buscaría una soledad equívoca y sospechosa, pues comprendía que su delicadeza había asegurado el triunfo.

¡Ah, si Lorenzo Gurrea pudiese leer de corrido en el alma de aquella mujer, que sin embargo le quería con pasión incontrastable; si viese aquel cálculo al servicio de aquel sueño... tal vez recordaría el consejo del poeta místico, y pensando que *sólo el que huye escapa*, roga-

ría á su padre que adelantase el viaje proyectado y que le salvase del inminente peligro! Mas su destino era otro, y á él corría como corremos á la muerte. Iba aprisa cuando tomó el coche, aprisa cuando subió á él, y más aprisa cuando saltó para ofrecer á Teodora la mano y ayudarla á entrar. Se consultaron con los ojos: Teodora los bajó, y al fin Lorenzo, recobrando la iniciativa que á su sexo pertenece, dijo al co- chero:

—Al Jardín de Plantas.

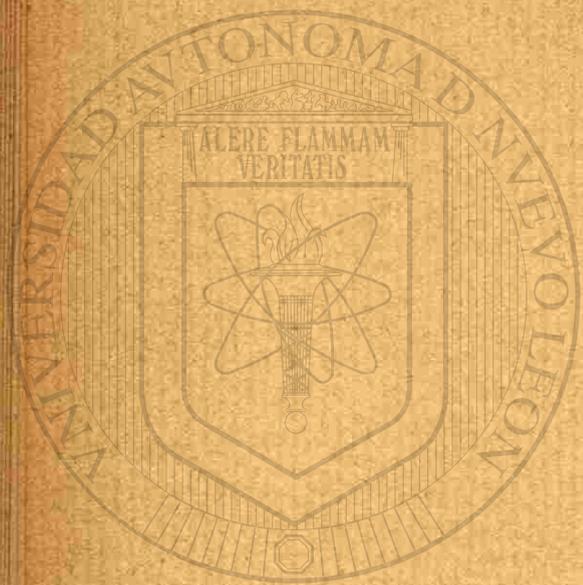
Teodora no se opuso: se trataba de ir en di- rección opuesta á la que habían traído y alejar- se de la casa de Castellá. No eran más que las diez y media de la mañana; y la prueba de la sangre fría que conservaba la dama, es que pensó en la hora, echando cuenta de que aún podía detenerse hasta la una sin que la ausen- cia infundiese extrañeza. Lorenzo, por el contra- rio, sentíase perdido de emoción, ebrio, semi- loco. La capota de la victoria, baja para evitar el sol, les permitía hablar confidencialmente sin que el cochero se enterase: y lo primero que dijo el español, á pocas rodadas del coche, fué la prevista serie de vulgaridades, eternamente peligrosas.

—Teodora, ya no vale callar, porque se me ha escapado la verdad á pesar mío. La quiero á V. con toda el alma; no lo sabía; hoy me he convencido de ello. Es una desgracia muy gran- de; convenido; pero es verdad. Mire V.: lo he conocido cuando mi padre me anunció que quie- re llevarme á España. No iré aunque me lo man-

dase, en vez de mi padre, Dios. Perdóneme V., me expreso muy mal; estoy hecho un insensa- to... y lo que le repito á V. es que no me iré á España.

—Se quedará V. aquí para casarse con Fer- mina, y da lo mismo—respondió Teodora com- prendiendo la violencia que se hacía el mozo para no cogerla una mano, para no atraerla ha- cia sí por el talle.

—Tampoco. Por el alma de mi madre, no me casaré con Fermina jamás. Si teme V. eso, viva tranquila. ¡Antes se hunde el mundo, Teo- dora!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

VIII

Entre las singulares condiciones que había desarrollado en el general Gurrea Pinós su vida de guerrillero, contábase la de un dominio casi absoluto sobre el sueño y el hambre. Estas dos imperiosas exigencias del organismo las satisfacía Gurrea Pinós, cuando le era posible, con ímpetu casi brutal; sobrio por costumbre, sabía saciarse y devorar por diez; vigilante como un gallo, nadie era más capaz que él de dormir á pierna suelta, con ronquido marcial y sonoro. Pero la sospecha, la inquietud, le suprimían instantáneamente el sueño, sin que la privación de tan indispensable sedante debilitase ó sobreexcitase en lo mas mínimo su bien regulado sistema nervioso.

La noche que siguió á la representación de *Fedra* la pasó en vela el general. Con los ojos abiertos en la obscuridad de la alcoba, repasó y combinó los acontecimientos pasados y calculó los venideros. Juntando indicios con indicios, atando cabos sueltos y aplicando las no-

ciones de psicología adquiridas en horas supremas, llegó á ver clara la situación. Lorenzo no estaba aún completamente *envuelto*; pero un descuido, una casualidad, bastarían para que lo estuviese. Había que irse cuanto antes, poniendo por obra el anunciado plan del viaje á España. Gurrea Pinós repasaba mentalmente los obstáculos que esta combinación podía encontrar en mil asuntos pendientes, y se proponía removerlos sin tardanza alguna, desplegando actividad febril. Lo malo era que para tal empresa necesitaba perder de vista muchas horas á su hijo. Enviarle á casa de Castellá—que parecía lo más natural—era meterle en la boca del lobo. Una idea, inspirada por sus reminiscencias de la guerra civil, se le ocurrió al bueno del general entonces. Acordóse de que cuando desconfiaba de dos oficiales, temiendo que se entendiesen para venderle, recurría á aislarlos, confiando al uno de ellos una comisión en lugar distante. Gurrea Pinós tenía, por cuenta y cargo de la casa Amblera, pendientes negociaciones con un gran fabricante de pañería de El-bœuf. Había dificultades relativas á una considerable remesa de género que Amblera se negaba á recibir por excesivo retraso, y por oposición de la tienda madrileña que hacía el pedido á admitirlo fuera de estación. Gurrea Pinós tegió instantáneamente el ardid de que mientras él arreglaba en París los asuntos, su hijo desenredase el de El-bœuf. Y resuelto firmemente este punto importantísimo, el general, á eso de las cinco, entendió que convenía

dormir, y durmió como un lirón, hasta más de las ocho, contra su costumbre.

Despierto, afeitado, vestido, despachado el chocolate con bollo que le servía una criada aragonesa, cincuentona y de aspecto monacal, Gurrea Pinós pensó en preguntar descuidadamente:

—¿Y el señorito Lorenzo? Si está vestido que venga aquí.

—El señorito ha salido temprano—contestó la criada con sencillez; y su respuesta hizo saltar al viejo, que desvió la taza y se puso en pie encendido y furioso.

—¿No ha dicho á dónde iba?

—No, señor... A misa ó confesión irá de seguro—contestó la sirvienta, que quería mucho á Lorenzo.

—¿Qué misa ni qué... baraja francesal—juró Gurrea, que en las ocasiones críticas tenía boca de carretero. Reprimióse en seguida al ver que Hilaria—así se llamaba la buena mujer—bajaba los ojos y se encaminaba hacia la puerta silenciosamente; y mostrando ya más dominio de sí mismo, preguntó:

—Dice V. que salió temprano... ¿A qué hora?

—A eso de las siete y cuarto.

—¿Iba bien vestido?

—Sí, señor, el traje nuevo... y él hecho un espejo de limpio. Me pidió la camisa mejor planchada, por cierto. Se levantó antes de las seis. No esperó á más Gurrea, y se dirigió al cuarto de su hijo. El espionaje no asustaba al veterano, y el registro mucho menos: ambas cosas

entraban en su moral. El aspecto de la habitación no revelaba cosa alguna: Hilaria la había puesto en orden minucioso. El general abrió cajones, pero ningún papel delator encontró en ellos, pues no se habían de juzgar tales los insulsos billetes de Fermina, en que el amor apenas sabía tartamudear frases candorosas. Gurrea vió que por aquel lado no adelantaría nada, y sin pérdida de tiempo, tomando sombrero y bastón, bajó las escaleras con agilidad juvenil. Paróse ante el tugurio de la portera, interpe-lándola familiarmente.

—Madama Brisset—la dijo—¿sabe V. hacia dónde va mi hijo hoy? No le ví antes de que saliese...

Asomó á la puerta del cuchitril una cabeza con papalina negra y unas narices rojas como un tomate, y una boca desdentada pronunció:

—¿A dónde ha de ir, *cher Monsieur Gurriá?* Llamó un coche ahí de la parada de enfrente... y claro: á la Avenida de los Campos Eliseos.

Zumbáronle los oídos al veterano, y una luz roja tembló delante de sus ojos. Era aquello, para él, la certeza absoluta. A hora tal, ni Fermina podía esperar á Lorenzo, ni Jacinto saber que el novio de su hermana pasaba por su puerta. ¿Qué duda quedaba? Sólo una cita de Lorenzo y Teodora explicaba la matinal excursión.

Precipitóse el general hacia la calle, é hizo señá á un coche que iba de vacío. Como el cochero torciese el gesto á la no floja carrera entre la calle Mazarine y los Campos Eliseos, el general, que era más bien cicatero que otra

cosa, pero no entonces, pronunció las mágicas palabras:

—¡Aprisa y buena propina!

El coche arrancó desempedrando el arroyo, y en todo el trayecto no aflojó el paso. Al detenerse ante la verja del hotelito, Gurrea, después de pagar espléndidamente, llamó con cautelosa suavidad. Salíó á abrir el portero, que era á la vez mozo de cuadra, y Gurrea, inspirado, le dijo como al descuido:

—Al señorito Lorenzo, que ya llegué; que baje.

—¿Que baje?—repitió el portero atónico.— ¡Pero si no está aquí el señorito!

—¿Pues dónde? Aquí vino esta mañana.

—En efecto, pero era para salir con la señora, que le aguardaba. Iban a compras.

Gurrea quedó inmóvil. No había contado él con tan sencilla explicación de lo que á no dudarlo era cita amorosa en toda regla. Al mismo tiempo, la tranquila naturalidad de aquel pretexto le pareció que revelaba la astucia impudente de los que ya tenía por criminales. La sangre le dió un nuevo vuelco, y subió á enrojecer su frente y abultar la gruesa vena que la cruzaba. Su impulso era echarlo todo á rodar, de entrar en la casa como un torbellino, arrancar la venda al esposo y bñtirle las cataratas á Fermina; pero su segunda naturaleza, de estratégico y de caudillo prudente, le sujetó en el jardín, y le movió á encender un cigarro, para tener tiempo de reflexionar. Paseando arriba y abajo y chupando el puro, concibió un proyecto

cien veces más radical y atrevido que todos los de la noche anterior, y al afirmarse en él, tiró el habano y subió las gradas del vestíbulo, penetrando en la antesalita decorada con grandes y raros tibores japoneses verdes, de donde emergían plantas de hoja plumeada y elegante. Entró rápidamente por una puertecilla á mano derecha, que era la del despacho de Jacinto, todo revestido de cueros auténticos cordobeses y trozos de bordadas telas, recortadas de viejas casullas del siglo XV. Sobre aquel fondo obscuro, intenso, suntuoso, la cabeza del marido de Teodora resaltaba pálida y fina, sin realce ni vigor. Gurrea Pinós volvió a sentir tentaciones de darle un puñetazo, pero se contuvo; y al ver que Jacinto se levantaba del sillón y acudía deferente á preguntarle qué le llevaba tan temprano por allí, dijo con calma:

—Quería echar un párrafo con Fermína.

—¡Qué suegro tan pegajoso! —contestó riendo Jacinto.—Aguarde V., voy á decirla por el tubo acústico que baje al jardín... Me escaman estos secretos, mi general. V. se la va á pegar á su hijo; vamos, V. le sopla la novia.

Diez minutos después de esta chanza, Gurrea Pinós y su futura nuera se reunían en un cenador de cabrifollo, bignonia y clematida, al otro extremo del jardín y en completa soleada. Gurrea atrajo á sí á la joven y, á la usanza francesa, la besó en la frente. Después, desviándola un poco, la interrogó:

—¿Por qué tienes los ojos hinchados?

—¡No parece sino que V. no lo sabe! ¡Porque

se marcha Lorenzo, y con ese viaje que V. ha discurrido me voy á pasar la friolera de cuatro meses sin verle! Para sorpresas agradables, V.

—¡Miren la pizpireta! Ganas me dan de callarme lo que pensaba decirte...

—No, por Dios... Hable V. pronto.

—Siéntate ahí... Eso... ¿Qué opinarias tú si yo te propusiese hacer el viaje conmigo... y con Lorenzo? ¿Eh? ¿Me explico?

—¿El viaje?

—El viaje; el viaje a España; el viaje á Aragón... Cabal.

—¿Y... cómo?

—¿Cómo? Comiendo... Casándote dentro de tres días... ¿lo oye V.? de tres días.

Fermína dió un grito, cogió la mano del general y la llevó á sus labios.

—Vamos, vamos, juicio y serenidad... Si te trastornas, la boda se concluyó, ¿entiendes?—Mira, hija mía, he pensado que no hay motivo ninguno para separaros ahora y reuniros después. Tú eres dueña de tu voluntad; Lorenzo... claro que por Lorenzo no habrá dificultades. A mí me conviene salir de París; á vosotros os servirá de diversión. Os casáis volando; vais á Aragón y arreglais vuestros asuntos personalmente... después tomáis baños de mar... y en el otoño, á preparar la instalacion en Bilbao.

Fermína tenía los ojos clavados en los de su futuro suegro. Una desconfianza súbita, inexplicable, la obligaba á fruncir el entrecejo y endurecía sus facciones.

—Mire V., papá—murmuró—debe V. cono-

cer cuáles son mis deseos... pero veo en todo esto algo raro, algún misterio que me extraña y me preocupa. No soy tan lista como mi cuñada..., pero tampoco soy tan tonta que no note estos cambios y estas resoluciones tomadas de pronto volviendo patas arriba lo que teníamos resuelto... No me diga V. que no pasa nada, porque no lo creeré.

Gurrea Pinós había previsto el recelo de Fermina y tomado su partido de antemano.

—Hija mía—pronunció con firmeza—¿crees que te aprecio?

—Sí, señor... lo creo, estoy segura.

—¿Crees que hago las cosas por tu bien?

—¡Y tanto!

—Pues entonces vas a no preguntarme nada y a darme plenos poderes y a dejarme proceder a mi gusto... Yo te respondo de que dentro de tres ó cuatro días estás casada con Lorenzo y camino de España. Mira, todo lo bueno que hacen los hombres, lo hacen obedeciendo y callando, y mandando uno solo y sometiéndose a su voluntad los demás. Esto yo lo sé por experiencia, y ojalá pudiese ponerlo siempre en práctica, que ni habría vicios ni escándalos en el mundo. Tú di que sí a cuanto yo ordene, y basta.

—¿Y Lorenzo?—replicó la tozuda Fermina. Y Lorenzo, ¿qué opina en esta cuestión?

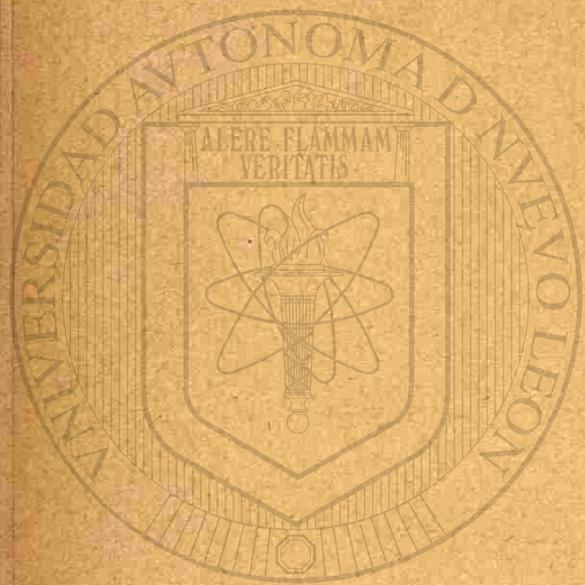
—¿Pinará o que yo determine... ¡Pues no faltaría otra cosa!

Fermina calló, pero al cabo de un instante, cegijunta y sombría, alzó la cabeza y dijo:

—¡Yo creo que Lorenzo me quiere menos... ó que no me quiere!

Y el general, con voz entera, echando rayos por los ojos, sólo respondió:

—¡Pobre de él!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

IX

Como dos horas después del diálogo con Fermina, el antiguo cabecilla fumaba en el mismo cenador de floridas enredaderas, pero solo ya y sin cuidarse de que su rostro reflejase el formidable estado de su ánimo. Este era tal, que no recordaba Gurrea otro parecido, y la imposibilidad de ejercer actos de violencia le exasperaba doblemente. La sangre, fuerte y espesa, se agolpaba á sus sienes y hacía resonar en su cerebro estrépito como de galope de caballos, y el veterano reconocía, en la contracción involuntaria de sus dedos y en la sequedad de su boca, las sensaciones que preceden á las horas de lucha mortal; sensaciones al fin homicidas.

Intentó sin embargo reflexionar, calculando la dirección de los acontecimientos. Al obtener que Fermina se prestase —aunque recelosa— á acelerar su enlace, realizándolo en el improporcionable plazo de tres días, había pasado a despacho de Jacinto, significándole la resolu-

ción de su hermana. Y en el marido — ¡oh desprecios! — encontró Gurrea una oposición chancera y culta, una repugnancia á alterar el orden establecido, que le impulsaron á abrir los ojos á aquel mentecato... No se determinó á semejante enormidad; pero cuando Jacinto, sorprendido del empeño de Gurrea, pidió razones, el general, mordiendo rabiosamente el bigote, gruñó:

— Ya soy perro viejo, don Jacinto, y no doy puntada sin nudo. Lorenzo es un muchacho... y, sin vanidad, un muchacho como un pino de oro...

— Por cierto que sí — exclamó Jacinto, con la apasionada sinceridad de su admiración hacia la belleza. — No lo sabe V. bien, general. Lorenzo es objeto de museo, y le he rogado á Bonnat que me estudie su cabeza, poniéndole una gola, algo de traje del XVII...

— Mas valdría — objetó Gurrea amostazado, — que Dios le diese, en lugar de hermosura, prudencia, que eso de la hermosura es mojiganga, y en los hombres me irrita. Con la edad y el tipo de Lorenzo, se corren en París mil peligros... y no digo más, ni me pida V. que diga, sino que se gaste por mí, y me deje adelantar la boda.

Jacinto se echó á reír, y sin cesar de examinar una cajita esmaltada muy curiosa que acababan de traerle, murmuró entornando sus ojos finos y rebuscones:

— Vamos, general... que si es por eso por lo que quiere V. ir á paso de carga... No estoy

enterado, pero una de dos: ó lo de Lorenzo es alguna intriguilla, ó es una pasión fulminante, de esas que (créame V.) no abundan tanto y nos gustan mucho á los amigos de la poesía y del arte... ¡En el primer caso... déjelo V. correr! ya se deshará... ¡En el segundo... que es el inverosímil... ni V. ni yo lograremos nada! La pasión es más fuerte que nosotros y que el mundo, amigo mío...

Mientras Jacinto se expresaba así, Gurrea, literalmente, trepidaba como una caldera de vapor sujeta á presión excesiva y próxima á estallar. Las frases gordas querían subir á su boca, pero el esfuerzo heroico de su voluntad las contenía. Con todo, no pudo menos de re-
funfuñar:

— Don Jacinto, no me pregunte, que más vale y permítame disponer de mi hijo, que yo sé dónde me aprieta el zapato. ¡Vaya si lo sé!

Y Castellá, con algo de repentina sombra en el rostro, y como un velo de humo en las inteligentes pupilas, insistió á su vez:

— Crea V. que no puedo avenirme á una variación tan inesperada, querido general, sin conferenciar con la interesada, y sin enterar á mi mujer... Echa V. abajo nuestros planes. Al quitarnos el luto haríamos una bonita boda, en Santo Tomás de Aquino, convidando, dando á nuestros amigos un almuerzo decente, todo en regla. El *trousseau* no está corriente, ni lo estará en algunas semanas, aunque matásemos á las bordadoras; los trajes mucho menos, porque váyales V. con apremios á sus majestades

los modistos; el aderezo de mi madre, que regalo á Fermina, desmontado; en fin, la novia no tiene qué ponerse... Crea V. que este achuchón es un desatino irrealizable.

—Pues se realizará, señor don Jacinto. Merío de las zarandajas de la vanidad, cuando juegan más graves intereses.

—Es que esos graves intereses no los veo.

—Los veo yo, y basta. Fíese en la experiencia de un veterano.

Y después de esta categórica declaración, levantóse el general y salió al jardín, porque le alarmaba el giro que había tomado el diálogo. Castellá se encogió de hombros; no quería discutir tampoco, y prefería estar solo para reflexionar sobre algo que vislumbraba, y que tenía tonos sombríos.

Gurrea midió de arriba abajo el jardinete, donde ya secaba el sol el aljófara salpicado por la manga de riego, y donde las rosas y las glincias empezaban á despedir su penetrante esencia de las horas meridianas. A seguir sus impulsos, el veterano destrozaría las flores, vengándose en ellas del coraje que se veía precisado á esconder. Con el cigarro apretado entre los dientes sanos aunque amarillentos, Gurrea Pinós se refugió en el cenadorcillo, lejos de las fiscalizadoras ventanas del hotel. Estaba irritado hasta contra sí propio, y empezaba á temer que el grande y salvador principio de que uno mande y los demás abedezcan, ciegamente, como sucede en la monarquía absoluta, no fuese aplicable á la vida real en nuestros

tiempos. El maldito afán de discurrir, el libre examen, el racionalismo impertinente de todos—hasta de Fermina, bajo cuya sumisión protestaba la sospecha—estorbaban el único remedio eficaz para curar á Lorenzo y restablecer el orden moral en aquella familia. Mil antecedentes se reunían para contrariar á Gurrea. Fermina alarmada; Jacinto súbitamente receloso, con indennible recelo; Teodora resuelta, Lorenzo ya en abierta rebeldía... eran datos para que el general temiese una derrota, á la cual estaba bien decidido á no resignarse.

Lo que contribuía á sacar de quicio al viejo era el tardío paso de las horas, que se deslizaban con cruel lentitud entre la soñolienta paz del jardín lleno de sol y dulcemente perfumado por las flores, y que tal vez señalaban para Lorenzo las etapas de una dicha infame. Los criminales—así les llamaba recondadamente el general—estaban fuera de casa desde las ocho y media, y los rayos del astro, completamente en su zenit, indicaban que eran más de las doce. Si Gurrea Pinós pudiese creer en la eficacia de una carrera al través de París para encontrar á la pareja, ¿dónde estaría ya, y á qué medios de locomoción no hubiese acudido! Pero la maldita ciudad, encubridora y cómplice, les prestaba seguro asilo, y bien podían reirse del enojo del padre! ¡Ah! ¡en cuanto pareciese Lorenzo, ya le guardaría y le aislaría con un centinela de vista, si era preciso!

La ira del viejo no recaía toda en los delincuentes. Si algo bueno daría por estrangular á

alguien, ese alguien era Jacinto, á quien echaba la culpa. Creía el general—y tal vez no fuese descaminado—que, dada la autoridad efectiva del marido sobre la mujer, á él incumbe la responsabilidad de cuanto ella hace. Bueno que de Lorenzo me encargue yo—pensaba Gurrea atormentando el cigarro—que eso me toca por ley de naturaleza y por derechos sacratísimos que ejerzo en nombre de Dios; pero á esa bribona, quien debe tenerla á raya es su legítimo dueño. Hay hombres que andan en dos pies por misericordia divina, y ¡baraja francesa! estos que se dedican á recoger madera apolillada y trapos con mugre son del número. ¡Ya podía mi mujer faltar de casa cuatro horas mortales acompañada de un caballero como Lorenz ¡En las Arrepentidas la meto... ó más abajo!

Y un pensamiento tétrico, feroz, cruzó como exhalación tempestuosa por la mente del general. Jamás había dudado de que el marido y el padre poseen sobre la esposa y el hijo omnímodos derechos, y su convicción de que hay estados y situaciones peores mil veces que la muerte, suscitó de nuevo la visión de una tragedia en que el honor quedase vindicado, y la conciencia, altiva y gloriosa, se alzase por cima del dolor y de los afectos del corazón, malos consejeros de transacciones y flaquezas Gurrea Pinós, aunque rudo y embotado para la estética, era hombre que cultivaba sus ideales, y si entre los personajes históricos tenía un héroe favorito, era un admirable bárbaro—profundamente español: —aquel que se ríe con des-

precio de otro héroe de queso de nata llamado Guillermo Tell y de su juego de la manzanita; era, en fin, Guzmán el Bueno. Firme en su persuasión, el veterano repetía: «La mujer... es cuenta del marido; el hijo... ese, conmigo se las habrá.»

Al mirar el reloj por centésima vez, Gurrea Pinós vió que faltaban diez minutos para la una, y casi al mismo tiempo oyó, por detrás de la verja, el pesado rodar de un vehículo que debía de ser coche simón. Aprovechando la elevación del cenadorcito, miró por la redonda ventana practicada en las enredaderas, y vió que en efecto se acercaba sin prisa un coche de alquiler, y por debajo de la capota notó como asomaban los pliegues de la falda y los bien calzados pies de la señora de Castellá. «Viene sola», fué la primer idea del veterano; y experto en sorpresas, al punto ideó una. Salió del cenador y se emboscó en un grupo de lilas y citisos, esperando á que Teodora entrase. El primer resultado de la estratagema fué que pudo ver el rostro de Teodora cuando ésta ni sospechaba que la atisbase nadie. Habíase bajado del cochecillo sin más que un distraído *bonjour* al cochero, indicio de que la carrera estaba pagada de antemano; y al oprimir el botón de la puerta para llamar, el general comprobó en el semblante de la esposa de Castellá huellas de una emoción profundísima, y á la vez algo que recordaba la expresión extática de los rostros de ciertas imágenes que se veneran en los templos. Pero al sentir los pasos del jar-

dinero que corría á abrir, instantáneamente, como el que se pone un antifaz, Teodora borró de su cara, con violento esfuerzo, semejantes indicios delatores, y la sonrisa jugó en su boca, y su voz sonó tranquila al decir:

—¿Qué hay, Will, qué hay? ¿Ha preguntado por mí el señor? Se me figura que vengo retrasada para el almuerzo; avise V., avise que ya puede Giacomo dorar los *maccaroni*...

Gurrea oía maravillado, admirando la presencia de espíritu de la mujer que recordaba tan oportunamente el ínfimo detalle que debía de preocupar en aquel momento la caprichosa golosina del marido, encantado desde hacía un mes con el cocinero italiano que le recomendaba á Teodora un amigo de su familia, desde Turín. Su pasmo aumentó cuando, al salir repentinamente del escondrijo para causar impresión á Teodora, ésta, con el ligero chillido nervioso de la mujer en casos tales, se echó á reír, y palmeando exclamó:

—¡General... si viese V.! Lorenzo y yo hemos encontrado lo que deseabamos... El devocionario, el devocionario con tapas de oro y pedrería... ¡Ya sabe V. que el devocionario es lo que yo quiero regalar á Fermina desde hace tiempo! ¡Porque ella más ha de ir á misa que al baile!... ¡Vea V.! Es un primor...

X

La admiración del general ante la presencia de espíritu de Teodora sería mayor si pudiese registrar su alma y ver qué decisiva crisis se verificaba en ella. Por lo común, los primeros momentos en que una pasión nos subyuga llevan consigo un estado de exaltación, que, borrando las nociones de lo real, impide todo cálculo y suprime la previsión y el juicio. En la fuerte organización, en la robusta voluntad de Teodora, sucedía el fenómeno contrario. Había pasado un año la esposa de Castellá soñando la victoria sobre Lorenzo, sin pensar qué camino tomaría cuando la obtuviese, porque detestaba los planes prematuros é inútiles. Al conseguirla, en vez de embriagarse con ella y dejarse llevar por la corriente de las impresiones que saboreaba, rehízose, dominó el tumulto de una alegría casi satánica, y solo pensó en trazar con mano que no temblase las líneas del porvenir. Contaba con la aquiescencia pasiva

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1919. 1625 MONTERREY, MEX.

dinero que corría á abrir, instantáneamente, como el que se pone un antifaz, Teodora borró de su cara, con violento esfuerzo, semejantes indicios delatores, y la sonrisa jugó en su boca, y su voz sonó tranquila al decir:

—¿Qué hay, Will, qué hay? ¿Ha preguntado por mí el señor? Se me figura que vengo retrasada para el almuerzo; avise V., avise que ya puede Giacomo dorar los *maccaroni*...

Gurrea oía maravillado, admirando la presencia de espíritu de la mujer que recordaba tan oportunamente el ínfimo detalle que debía de preocupar en aquel momento la caprichosa golosina del marido, encantado desde hacía un mes con el cocinero italiano que le recomendaba á Teodora un amigo de su familia, desde Turín. Su pasmo aumentó cuando, al salir repentinamente del escondrijo para causar impresión á Teodora, ésta, con el ligero chillido nervioso de la mujer en casos tales, se echó á reír, y palmeando exclamó:

—¡General... si viese V.! Lorenzo y yo hemos encontrado lo que deseabamos... El devocionario, el devocionario con tapas de oro y pedrería... ¡Ya sabe V. que el devocionario es lo que yo quiero regalar á Fermina desde hace tiempo! ¡Porque ella más ha de ir á misa que al baile!... ¡Vea V.! Es un primor...

X

La admiración del general ante la presencia de espíritu de Teodora sería mayor si pudiese registrar su alma y ver qué decisiva crisis se verificaba en ella. Por lo común, los primeros momentos en que una pasión nos subyuga llevan consigo un estado de exaltación, que, borrando las nociones de lo real, impide todo cálculo y suprime la previsión y el juicio. En la fuerte organización, en la robusta voluntad de Teodora, sucedía el fenómeno contrario. Había pasado un año la esposa de Castellá soñando la victoria sobre Lorenzo, sin pensar qué camino tomaría cuando la obtuviese, porque detestaba los planes prematuros é inútiles. Al conseguirla, en vez de embriagarse con ella y dejarse llevar por la corriente de las impresiones que saboreaba, rehízose, dominó el tumulto de una alegría casi satánica, y solo pensó en trazar con mano que no temblase las líneas del porvenir. Contaba con la aquiescencia pasiva

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1919. 1625 MONTERREY, MEX.

del hombre fascinado y enloquecido, cuyas ardientes frases, cuyos juramentos delirantes de amor acababa de beber; y segura ya de llevarle adonde quisiera, se asomó intrépidamente al abismo, midió la profundidad, y pensó en el modo de salvarlo.

La extraña lucidez que aquella mujer conservaba en tan suprema hora, la permitió pensar todas las contingencias de lo venidero. Echó la sonda de nuevo en su corazón, y comprobó que, á pesar de las consecuencias terribles, de los insuperables obstáculos, su ansia de Lorenzo persistía, y que, sobrada de valor para todo, carecía del necesario para aconsejar á Lorenzo la abnegación y separarse de él entregándole en brazos de una esposa. Comprendió que la fatalidad pasional la empujaba á la caída, pero que aún poseía fuerzas suficientes para dirigir esa caída, y hacerla bella como una muerte de gladiador. Su repugnancia á lo clandestino,—hija de un carácter indómito y altanero;—su antipatía por las luchas ínfimas y arteras; su desprecio hacia el engaño á mansalva; la misma tranquila estimación que profesaba á Jacinto, la impidieron soñar en establecer con Lorenzo esos lazos que atan en secreto á personas que ante la sociedad nada son la una para la otra. Además comprendía que Lorenzo, al lado de su padre, jamás podría disponer de sí. Para asegurar su tesoro, Teodora necesitaba rescatarlo del vigilante dragón.

No sólo pensó en todo esto Teodora, sino que

—mientras el *fiacre* levantaba el polvo de la avenida y en el rincón que había ocupado Lorenzo flotaba aún algo de la fragancia de su pelo y casi revolaban ardiendo sus frases de entusiasmo loco—pudo acordarse de que la vida práctica tiene leyes imperiosas y de que aquella cuestión de amor llevaba envuelta sin remedio una cuestión de hacienda. Teodora, acostumbrada por su marido á las sutilezas analíticas de la crítica literaria, se había reido muchas veces de los dramas y novelas en que los héroes y las heroínas se ponen en marcha hacia tierras remotas sin un céntimo en el bolsillo. Así es que, con la calma fría del suicida, echó sus cuentas, unas cuentas muy cabales, sin ilusión ni error. Ella no servía para el trabajo, y estaba habituada al lujo: Lorenzo nada poseía. En el Nuevo continente, natural refugio de los que rompen todas las trabas y se eximen de todos los deberes, hay un deber que persiste, y es el de pagar lo que se gasta. Aquella mujer—que sólo en calzado y guantes derrochaba al año mas de dos mil francos,—reflexionó, con la cabeza despejada, acerca de este problema, que no consideraba baladí. Y si han de tomarse en cuenta—como es justo—todos los antecedentes antes de condenar ó absolver á un reo, el instante en que Teodora resolvió el problema económico debe contarse entre los datos que inclinan á ejercer misericordia con esta pecadora trágica. En un segundo, la voluntad de la dama renunció, no sólo á las vanidades, sino á los íntimos y sibaríticos goces de

la elegancia exquisita, al deleite de anidar entre sedas y encajes, por el cual tantas veces pisotea la mujer moderna su dignidad. Calculando lo que podrían valer sus joyas, y lo que representaba su herencia materna—en valores al portador había tenido la singular previsión de colocarla,—Teodora comprendió que ella y Lorenzo no debían temer la miseria, pero que no les sería lícito ningún lujo. Y borrando de su horizonte esa perspectiva luminosa, sonrió al pensamiento de que tal sacrificio, lejos de asustarla, dilataba su corazón, y la causaba un transporte de entusiasta alegría, semi-infantil, que la hizo soltar una risa de gozo. «Lorenzo podrá seguir estimándome», pensó, en el paroxismo de la felicidad.

Ni un segundo dudó que Lorenzo aceptase la heroica solución de la fuga. ¿Qué significaban si no las palabras de total abnegación, qué las delirantes efusiones y los ofrecimientos espontáneos de la vida entera, hechos en aquellas horas breves, pero capitales, que habían seguido á la confesión de Lorenzo en Nuestra Señora de las Victorias? El acto gravísimo de renegar de su matrimonio, concertado, medio hecho ya; la seguridad una y mil veces reiterada de que tal enlace no se verificaría, eran la base de la convicción de Teodora. En un año de trato había tenido ocasión de estudiarle, con esa intuición rápida y profunda, no incompatible con la ceguera amorosa; y fiaba en la seriedad de su carácter, en la virginidad de sus sentimientos, en la religión del honor caballe-

resco que, si á veces preserva de ciertas faltas, otras hace perseverar en ellas, y sobre todo en la fuerza de la pasión en un alma de fuego y de hierro, española, vehemente, tenaz, exaltada hasta el fanatismo. Teodora aceptaba la iniciativa, pero Lorenzo no se quedaría atrás: la seguiría hasta el fin del mundo. Lo que importaba era engañar al general adormeciendo su suspicacia, y procediendo de la manera más natural y normal, hasta el día de la desaparición. «Ese día empezará mi vida verdadera», pensaba Teodora, mientras por uno de los espantosos contrastes que se presentan en la existencia de la mujer,—que es mil veces comedia y algunas drama,—examinaba sobre el mostrador del joyero de la calle de la Paz dos ó tres devocionarios, maravillas de arte y riqueza, y daba su opinión sobre las miniaturas recientes, comparándolas á las del siglo XV que ostentan en los códices...—Al verla entrar en el jardín con la cajita en la mano; al verla explicar con tanta naturalidad su correría y el empleo de su tiempo, el general sintió que aquel era adversario más terrible que cuantos le habían traído al retortero por las montañas de Aragón. No podía el general,—como no fuese por revelación divina,—conocer el verdadero estado de las relaciones entre su hijo y la esposa de Castellá; y aunque seguro de que algo existía, y algo muy serio, y algo que obligaba á adoptar toda clase de precauciones y hasta medidas extremas, faltábale la clave del misterio, y tenía que ir á tientas por ignorancia. Cuando

Teodora le presentó el misal, una inspiración repentina iluminó á Gurrea Pinós. Se le ocurrió sorprender á Teodora con una noticia contundente, — que al fin y al cabo tenía que saber por Jacinto. — Miró el devocionario, lo cogió, lo abrió, y lo alabó con afectación extremada.

— ¡Vaya una preciosí ad! Señora, tiene V. un gusto exquisito. ¡El regalo es muy á propósito para Fermina, tan religiosa y tan angelical! Esto lo prefiere ella á un collar ó á un brazalete: ¿lo oye V.?

— ¡Vaya una noticial.. Fué Lorenzo el que me puso cien mil objeciones. Empeñado en preferir una esmeralda con cerco de brillantes ¡Ayl! ¡Qué tercios son Vds. los aragoneses! Más quiero que me encarguen de convencer á un santo de piedra, que á un natural de Aragón.

— No sabe V. bien todavía á dónde llega nuestra terquedad. En metiéndonos una cosa aquí... — Y el veterano apoyó en el entrecejo un dedo fuerte y peludo, poniendo sordina á su voz para que la frase no adquiriese indefinible acento de amenaza. — Cuando algo se nos encaja aquí — repitió — hasta verlo realizado no paramos. No crea V. que la digo esto á humo de pajas, doña Teodora... ¿Quiere V. hacerme un favor?

— ¿Quién lo duda?

— Diez minutos de conversación en el cenadorcito... antes de que el señor de Castellá se entere de que ha regresado.

— ¿Una entrevista galante? ¡Bien, mi general!

V. ha debido ser temible en sus veinte años — exclamó Teodora riendo.

— No señora — respondió Gurrea Pinós perdiendo algo los estribos. — A ninguna edad las faldas me desviaron á mí del camino de la honra y del deber.

Hizo Teodora como si no entendiese, y siguió al veterano, entrando en el cenador, entonces más perfumado, más poético que nunca. Una idea sardónica la mortificaba en aquel instante: pensaba que era una mueca burlona de la casualidad el haber rodado con el hijo en un destartalado alquilón, mientras la entrevista con el padre iba á tener un techo de flores y unas paredes de follaje rumoroso.

— Se trata — pronunció Gurrea, sentándose al lado de la señora — de la boda de Lorenzo.

— ¿Pues qué hay de nuevo en ese asunto? La creía concertada y muy próxima, — respondió la esposa de Castellá riendo.

— Concertada, sí; próxima..., de eso trato, y para eso cuento con que V. me ayude poderosa y eficazmente.

— ¿Pretende V. acortar el plazo?

— Justo.

— Tiene V. mil razones, — aprobó Teodora con el mayor aplomo. — A nada conducen los noviajos pesados, y puesto que ha de ser... cuanto antes.

— Ya presumía yo que las señoras ven en esto más claro que los hombres... D Jacinto presenta un sinnúmero de dificultades, y yo ruego á V. que, como buena medianera, in-

terceda con su esposo para que se ablande...

—Ya lo creo que intercederé... ¿Cómo no?... qué dice nuestro amigo D. Cármenes Valenzuela. V. máchese tranquilo con Lorenzo, señor marqués de la Resolución, que al volver tendré a Jacinto como un guante...

—¿A la vuelta?—interrogó el viejo, preparando el golpe.—¿Qué vuelta?

—A la vuelta de España. ¿No iba V. á llevarse allá á Lorenzo, dentro de ocho ó diez días? Pues cuando regresen...

—¡Ay, señoral! Pero si... precisamente... de lo que se trata es de que... yo pretendo llevarme, no á mi hijo.. sino á mis dos hijos, ya unidos en santo matrimonio!

A pesar de toda su serenidad, de toda su presencia de ánimo, de su disimulo, indispensable en tal momento, Teodora palideció, y un estremecimiento agitó su cuerpo, modelado estrictamente por el paño de su elegante traje de mañana, de corte algo masculino. Una angustia horrible, parecida á la del mareo de mar, oprimió su corazón, y sus manos, enguantadas aún, se crisparon y se enfriaron de pronto. «Quiere adelantarse»,—calculó, y la probabilidad de la derrota arrancó de sus cabellos sudor de agón. El pensamiento de que aquello era la declaración de guerra abierta y sin cuartel, la devolvió casi instantáneamente su vigor de implacable amazona, y mirando cara á cara al viejo, pronunció con irónica lentitud:

—Puede V. contar con mi auxilio.

XI

Teodora no tardó quince minutos en cumplir esta singular promesa. Corrió á casa, subió á sus habitaciones, y ordenó á la doncella—antes de inclinar y volver la cabeza para que la desprendiesen la aguja que sujetaba la toca:—

—Dígale V. á Dionisio que ponga plato para el general Gurrea Pinós..., y al señorito, que venga á mi tocador, que deseo hablarle un momento.

A poco se oyeron los pasos de Jacinto, que salvaba la escalera de caracol, y entró el marido en el tocador de la mujer, encontrándola entregada á dejarse desabrochar las botas de tafete, que la doncella sustituía por un fino zapatito inglés, de hebilla ancha. Teodora, llamando á Jacinto con graciosa seña, le dijo, sin bajar la voz, como si no la importase que la doncella oyese:

—Es preciso que tramemos un complot, mira, como en las novelas... Me he comprometido á

terceda con su esposo para que se ablande...

—Ya lo creo que intercederé... ¿Cómo no?... qué dice nuestro amigo D. Cármenes Valenzuela. V. máchese tranquilo con Lorenzo, señor marqués de la Resolución, que al volver tendré a Jacinto como un guante...

—¿A la vuelta?—interrogó el viejo, preparando el golpe.—¿Qué vuelta?

—A la vuelta de España. ¿No iba V. á llevarse allá á Lorenzo, dentro de ocho ó diez días? Pues cuando regresen...

—¡Ay, señoral! Pero si... precisamente... de lo que se trata es de que... yo pretendo llevarme, no á mi hijo.. sino á mis dos hijos, ya unidos en santo matrimonio!

A pesar de toda su serenidad, de toda su presencia de ánimo, de su disimulo, indispensable en tal momento, Teodora palideció, y un estremecimiento agitó su cuerpo, modelado estrictamente por el paño de su elegante traje de mañana, de corte algo masculino. Una angustia horrible, parecida á la del mareo de mar, oprimió su corazón, y sus manos, enguantadas aún, se crisparon y se enfriaron de pronto. «Quiere adelantarse»,—calculó, y la probabilidad de la derrota arrancó de sus cabellos sudor de agón. El pensamiento de que aquello era la declaración de guerra abierta y sin cuartel, la devolvió casi instantáneamente su vigor de implacable amazona, y mirando cara á cara al viejo, pronunció con irónica lentitud:

—Puede V. contar con mi auxilio.

XI

Teodora no tardó quince minutos en cumplir esta singular promesa. Corrió á casa, subió á sus habitaciones, y ordenó á la doncella—antes de inclinar y volver la cabeza para que la desprendiesen la aguja que sujetaba la toca:—

—Dígale V. á Dionisio que ponga plato para el general Gurrea Pinós..., y al señorito, que venga á mi tocador, que deseo hablarle un momento.

A poco se oyeron los pasos de Jacinto, que salvaba la escalera de caracol, y entró el marido en el tocador de la mujer, encontrándola entregada á dejarse desabrochar las botas de tafete, que la doncella sustituía por un fino zapatito inglés, de hebilla ancha. Teodora, llamando á Jacinto con graciosa seña, le dijo, sin bajar la voz, como si no la importase que la doncella oyese:

—Es preciso que tramemos un complot, mira, como en las novelas... Me he comprometido á

ayudar á Gurrea Pinós, no sólo persuadiéndote á tí, sino también al novio... A apresurar... ¿ya sabes?

Y Lorena hizo con los ojos una seña por cima del moño de la *maid* arrodillada. Como ésta se dirigiese al armario de los trajes, Teodora la indicó que podía salir, que almorzaría con el puesto.

Jacinto, de pie, metidas las manos en los bolsillos, la cara descolorida y fatigada, porque ya sentía mucha necesidad de alimento y pasaba de la hora habitual, tuvo, sin embargo, valor para responder, con disimulado mal humor.

—Hija, pero si lo que pretende ese pobre señor... es un absurdo! Nos echa á perder nuestros preparativos; da lugar á que la gente malicie cosas nada favorables al buen nombre de Fermina... ¡y aun no sé si al de Fermina solo!... Te aseguro que me va molestando de veras tanta trapisonda y tanto tejer y destejer con el matrimonio.

Teodora pareció quedarse pensativa un momento. Las frases de su marido la dieron la voz de alarma, indicándola que el general había ido lejos en su conversación con Jacinto Castellá, y que éste podía, de un momento á otro, recelar, despertarse y ver clarísimo. El admirable tino que la guiaba al través del laberinto de su pasión, no la desamparó en aquel instante.

—Jacinto querido —murmuró— ¿piensas tú que no me hago cargo de eso? Conozco los inconvenientes de un paso así. Pero, créeme; con

los aragoneses más vale ceder, porque al fin y al cabo se han de salir con la suya. Que nos dé ese guerrillero al menos ocho días de plazo, y yo me comprometo á organizar la fiesta y á quitarle el carácter de extrañeza á esta precipitación. Después de todo, en París la gente no se mete mucho en lo que hace nadie.

—¡Pues no estás poco decidida á ser cómplice del viejo! —exclamó Jacinto, en cuyo rostro creyó leer Teodora una secreta complacencia, una repentina paz.

—Se lo he prometido... También yo cultivo la formalidad... ¿Qué quieres? Me cogió la acción... Me comprometí á coadyuvar á esa fazaña... y lo único que haré, por transigir, será prorrogar los fatídicos tres días que nos otorgan, y procurar que la gente no extrañe tanto este repentin, arreglando la ceremonia y los accesorios para dentro de una semana... Desde esta tarde me dedico á recorrer casas de modistas y almacenes á ver si improvisamos un equipo presentable... Haremos milagros... Jacinto, créeme á mí. Cuanto más pronto despachemos este asunto y casemos á tu hermana, mejor. Gurrea, francamente, es un hombre pesado, fastidioso, entrometido, amigo de mandar en las casas ajenas. ¿No estamos muy bien solos? Pues ellos á su rincón y nosotros al nuestro. Esa gente no tiene nuestras aficiones.

Jacinto sonrió, demostrando conformidad absoluta con aquel lenguaje lleno de intimidad conyugal.

—Tienes razón, Dora —dijo por fin.— No sé

qué mosca les ha picado. ¡Vayan benditos de Dios! Así no tendré que esconder el lampadario pompeyano, ni el grupo de Júpiter y Ganímedes... que están en un cajón muertos de risa... ¡Mi hermana va á ser tan feliz allá en provincia, rezando todo el día si quiere!

— ¡Sí; fiáte de las beatitas! No se casa tu hermana para rezar — contestó maliciosamente Teodora, alisándose el pelo con un suave cepillo y picando en el moño dos ó tres horquillas de concha con cabeza de diamantes.

Cuando Jacinto iba á bajar, su mujer le llamó, en tono del que recuerda algo indispensable:

— ¡Ah!... Oye... ¿Puedes prestarme á Will para un recado? Como no sirve á la mesa...

— ¿Y si llaman?

— ¡A estas horas? No llamarán. Necesito que Will lleve una misiva... Estoy ya en campaña para complacer al ínclito general.

— Ahora mismo sube Will — anunció Jacinto marchándose.

Cuando entró el mozo de cuadra, que llenaba también las funciones de portero, Teodora cerraba ya un billetito de tres ó cuatro líneas, dirigido á Lorenzo Gurrea. Decía lo siguiente: «Espéreme hoy sin falta, dentro de dos horas justas, delante de la Embajada de Inglaterra, en un coche: y para evitar toda contingencia, salga ahora mismo de casa, antes que vuelva á ella su padre.» A tiempo que se sentaban á la mesa Teodora, Fermina, Jacinto y el guerrillero, el portador de esta misiva salía

en dirección á la calle Mazarine; y cuando Gurrea logró tomar el mismo camino, á cosa de las cuatro (porque antes no le soltó Jacinto), y vió que Lorenzo había salido otra vez, aunque al pronto se alarmó, se tranquilizó recordando que aquella era la hora en que se reunían los novios, y después de pelar la pava un rato, iban á paseo en coche. «Allá estará», supuso, adormecida su desconfianza por la diplomacia de Teodora, que en todo el almuerzo no había hecho sino afirmar que la divertía mucho arreglar un matrimonio así, á escape; — contrastando su nerviosa animación con el silencio ensimismado de Fermina.

Reuniéronse los que ya podemos llamar amantes en un coche que bajó sin rumbo fijo por los malecones de Orsay y de Grenelle. Lorenzo, ebrio con los recuerdos de la mañana, no pensaba sino en la inesperada ventura de ir cerca de su Teodora; pero ésta le había citado, no para oír ternezas, sino para hacer frente á los acontecimientos y combinar una solución definitiva. Al principio, Lorenzo, como suele suceder á los hombres en casos análogos, se espantó de lo radical del arbitrio que Teodora le proponía. Vió el infierno abrirse bajo sus pies, y aunque embriagado de amor y de intrépido corazón como el que más, tuvo miedo. El creyente firme, el hijo acostumbrado á la sumisión, temblaron en él.

— ¡Ah sanguinario y duro cabecilla Gurrea Pinos! ¡Si pudieses comprender cómo tu único hijo, en tan solemne momento, conseguiría

salvarse quizá, á no haberle acorralado tú con tu violencia despótica en el callejón sin salida de un enlace que ya su conciencia y su corazón detestaban! A no verse Lorenzo compelido á dar mano de esposo á Fermina Castellá, nunca la idea de abandonarlo todo, de romper con el mundo entero, de atropellar á la sociedad y á la ley huyendo en compañía de Teodora, se hubiese abierto camino en alma leal y honrada. Pero era fatal la disyuntiva, y en ella se apoyaba, como en irresistible argumento, la apasionada mujer que, dueña de las manos de Lorenzo y estrechándolas contra su seno palpitante, murmuraba en voz baja y ardorosa: «No tenemos elección, no podemos transigir... O te casas con Fermina y no volvemos á encontrarnos en este mundo, ó por nuestra voluntad y nuestra decisión nos unimos para jamás separarnos. Lorenzo mío, esta es la hora... Decide de mi vida.» Y Lorenzo veía el rostro descolorido, y los ojos de magnético mirar, y la boca de puras líneas, con el húmedo rebrillar de los dientes, tan cerca, que sentía como un desvanecimiento en que se derretía de ternura y de desco infinito. Hablaban en español, por discreción á causa del cochero; pero éste, indiferente y seguro de una buena propina,—propina de enamorados,—ni por casualidad había vuelto atrás la cabeza. Y Lorenzo, desfallecido de amor, en uno de esos arranques que siempre tienen que ser impremeditados porque no se conciben á sangre fría, se inclinó furtivamente sobre aquella boca fresca, dulce y quemante

á la vez, y vertió en ella el juramento. «Por mi fe de caballero... A donde quieras y como quieras... Manda y obedezco... Soy tuyo...» Le contestó un gemido de felicidad.

Combinaron en seguida los detalles. Lorenzo apremió para que fuese cuanto antes, lo más pronto. «¿Por qué no hoy mismo?» Pero Teodora, conteniendo lo que había desencadenado, y alarmada porque esta prisa le parecía indicio de una voluntad que no está segura, trató de hacerle comprender que era necesario prepararse, y que se requerían dos días lo menos. Y al ver que Lorenzo fruncía el entrecejo cuando se habló de valores que había de realizar Teodora, la dama exclamó: «Tú trabajarás, Lorenzo; he contado con tu trabajo, en el país nuevo y libre adonde iremos.»

Serenose algo el español con esta perspectiva, y concertaron día, hora, primer sitio en que se detendrían. El itinerario no era dudoso: Calais, Douvres, Londres — Londres, la ciudad inmensa en que se pierde el rastro de la gente como una aguja en un pajar.—Luego, de Londres á Liverpool y de Liverpool á América. Teodora, recostada en el hombro de Lorenzo, cerrando los ojos, creía sentir ya el vivo aleteo del aire cargado de emanaciones salinas, y veía — con esa precisión de la imagen física propia de las imaginaciones ricas y poderosas — un grupo que cruzaba el puente y se reclinaba en la borda para admirar el hermoso espectáculo del sol poniente reverberando en la extensión infinita de los mares. Componían el grupo un

hombre y una mujer que se apoyaba tiernamente en su brazo; ella airosa bajo su *water-proof* liso, de tela fuerte, y su sombrero marinerero de paja con velo de gasa bien enrollado: el gallardo y noble, á pesar del capotón de viaje que cubría su cuerpo. Y la dulce laxitud del amor satisfecho, convertida á tal hora en melancolía voluptuosa y tiernísima, obligaba á los amantes á mirarse con ojos en que había llanto, mientras la luz solar se prolongaba formando volutas de fuego sobre una inmensidad verde, sombría, aterradora. De ella parecía alzarse la idea de la omnipotencia divina, de algo que era castigo y justicia severísima para las debilidades del corazón y los delirios de la pasión humana...

Convinieron en todo; la hora de encontrarse dentro de dos días, en la estación, el modo de salir sin despertar sospechas, el no verse antes, por precaución también, el ligero equipaje que debían llevar, el rumbo que tomarían para despistar en todo caso á los perseguidores... Sólo se les olvidó una pequeñez, la que siempre se olvida... Teodora no pensó en suplicar á Lorenzo que, por indispensable disimulo, siguiese haciendo á Fermina la acostumbrada corte; y Lorenzo, cuando se separó de Teodora, iba bien resulto á dejarse matar antes que prestarse de nuevo á lo que ya le parecía una indigna comedia.

XII

Durmió relativamente tranquilo aquella noche el veterano; pero á la mañana siguiente, un billetito de Fermina le enteró de que Lorenzo no había parecido por la avenida de los Campos Elíseos. De un salto plantose el viejo en la habitación de su hijo, y le interrogó brusca y severamente, como se interroga á los reos en los consejos de guerra. Una palabra paternal, una pregunta cariñosa, hubiesen ruborizado y conmovido á Lorenzo: el tono y las maneras de su padre le prestaron energía. No era ya el niño que tiembla y obedece; y la entereza casi feroz con que se repuso desde el primer momento, probó á Gurrea Pinós que allí corría de veras su indómita sangre.

Era la rebelión tan franca y explícita, que en los primeros momentos el veterano se quedó sobrecogido—sobrecogido, él!—y no acertó á pronunciar palabra, parte porque le sofocaba la sangre agolpada á su cabeza, parte porque lo inesperado del suceso le quitaba toda facul-

hombre y una mujer que se apoyaba tiernamente en su brazo; ella airosa bajo su *water-proof* liso, de tela fuerte, y su sombrero marino de paja con velo de gasa bien enrollado: el gallardo y noble, á pesar del capotón de viaje que cubría su cuerpo. Y la dulce laxitud del amor satisfecho, convertida á tal hora en melancolía voluptuosa y tiernísima, obligaba á los amantes á mirarse con ojos en que había llanto, mientras la luz solar se prolongaba formando volutas de fuego sobre una inmensidad verde, sombría, aterradora. De ella parecía alzarse la idea de la omnipotencia divina, de algo que era castigo y justicia severísima para las debilidades del corazón y los delirios de la pasión humana...

Convinieron en todo; la hora de encontrarse dentro de dos días, en la estación, el modo de salir sin despertar sospechas, el no verse antes, por precaución también, el ligero equipaje que debían llevar, el rumbo que tomarían para despistar en todo caso á los perseguidores... Sólo se les olvidó una pequeñez, la que siempre se olvida... Teodora no pensó en suplicar á Lorenzo que, por indispensable disimulo, siguiese haciendo á Fermina la acostumbrada corte; y Lorenzo, cuando se separó de Teodora, iba bien resulto á dejarse matar antes que prestarse de nuevo á lo que ya le parecía una indigna comedia.

XII

Durmió relativamente tranquilo aquella noche el veterano; pero á la mañana siguiente, un billetito de Fermina le enteró de que Lorenzo no había parecido por la avenida de los Campos Elíseos. De un salto plantose el viejo en la habitación de su hijo, y le interrogó brusca y severamente, como se interroga á los reos en los consejos de guerra. Una palabra paternal, una pregunta cariñosa, hubiesen ruborizado y conmovido á Lorenzo: el tono y las maneras de su padre le prestaron energía. No era ya el niño que tiembla y obedece; y la entereza casi feroz con que se repuso desde el primer momento, probó á Gurrea Pinós que allí corría de veras su indómita sangre.

Era la rebelión tan franca y explícita, que en los primeros momentos el veterano se quedó sobrecogido—sobrecogido, él!—y no acertó á pronunciar palabra, parte porque le sofocaba la sangre agolpada á su cabeza, parte porque lo inesperado del suceso le quitaba toda facul-

tad de discurrir; era una sorpresa en regla, la aparición fulminante del enemigo donde se contaba con hallar al aliado. A la intimación de Gurrea, de que se dispusiese á casarse en plazo brevísimo, Lorenzo respondió negándose terminantemente, y declarando que ni entonces ni nunca había de llevar á Fermina Castellá á los altares.

—Y me alegre, padre—añadió con la sencillez obstinada de su raza y con la calma del que diciendo la verdad se cree á salvo,—de que usted me haya puesto en el caso de terminar la situación falsa en que me encontraba con esa señorita. Ni la quiero ni la he querido jamás... ¡y no me casaría con ella... aunque mi madre saliese del sepulcro para ordenármelo!

Gurrea Pinós cerró los puños y, morado de furor, avanzó sobre Lorenzo. El hijo, pálido, pero constante en su voluntad, bajó los ojos y aguardó, determinado á sufrir el ultraje. Pero cuando el padre alzaba ya la mano para descargar el bofetón, se contuvo de repente, y dijo con voz ronca, despreciativa, que abofeteaba mejor aún:

—¡Infamel! ¡Maldita la hora en que te hice, y el vientre en que te dí la vida!

Tembló Lorenzo al oír la injuria á su madre, pero continuó guardando silencio.

—No creas—añadió—que por callar te librarás de mi justicia. ¡Tiémblala! ¡Eres mi hijo, eres... lo que más he querido en este mundo... y como respondo de tí ante Dios... yo te aseguro que te arrancaré de las uñas del demo-

nio, aunque tenga que hacerte picadillo... ¿sabes? A Martín Gurrea Pinós no se le ahoga con un pelo de bribonaza, ni se le monta encima un mequetrefe.—Si te cojo en malos pasos, ¡encomiéndate á Dios, que te perdona lo mucho que le ofendes!; y lo que es la mala mujer por quien me das esta pesadumbre á mis años... ¿No oyes que la llamo mala mujer? ¡Defiéndela al menos, si eres hombre!

Ya no estaba pálido Lorenzo, sino livido. Su juventud y su fresca sensibilidad le llenaban en aquel instante los ojos de lágrimas de coraje y de vergüenza profunda; pero sin cambiar de actitud, sólo tartamudeó:

—¡Ya ve V. que tampoco defendí á mi madre cuando V. la maldijo!... ¡V. puede decir lo que quiera... lo que quiera!

Con un movimiento que en aquellos momentos era hermoso, Gurrea Pinós tendió la mano, la misma mano que se disponía poco antes á abofetear; y el hijo, reprimiendo un sollozo, apoyó los labios en ella, guiado por su inveterada costumbre de obediencia y veneración. Creyó el viejo que Lorenzo se rendía, y murmuró, queriendo ser jovial:

—¡Ea, tarambana, no se hable más del caso! ¡Andando á ver á la novia!

Y Lorenzo, más pálido todavía, replicó:

—Pídame V. la vida, y no eso, porque no lo haré.

Volvió á inyectarse de sangre los ojos del veterano; pero se contuvo, y sin añadir palabra, mirando á su hijo con el mayor desprecio,

salió y sacó la llave de la puerta, dejando encerrado al joven.

Mientras Gurrea Pinós inventa una enfermedad para excusar á Lorenzo en casa de Castellá, y medita en los medios de reducirle y subyugarle, Teodora no pierde el tiempo; realiza sus valores y se prepara, sin que los que la rodean puedan suponer que, cuando sale oficialmente á activar los preparativos de la boda de Fermina, dispone en realidad los de su propia desaparición.

Una persona hay, sin embargo, en casa de Castellá que recela, que observa y que no se descuida. Nunca había podido Fermina desechar enteramente sus prevenciones y su instintiva antipatía hacia Teodora. Adormecidos estos sentimientos en el primer transporte del amor y en las primeras ilusiones del noviazgo, desde algún tiempo habían renacido, sin que Fermina se diese cuenta exacta de que el verdadero nombre de la desazón é inquietud que la poseían, y de su enojo cuando Lorenzo hablaba con Teodora, era el sordo y lento trabajo de unos roedores celos.

Hay personas en quienes el elemento tradicional, el residuo depositado en el alma por la educación y por los principios en que se amantaron, es muy superior al de la individualidad. Tal era el caso de Fermina. La vulgaridad de su modo de ser, cierto sentir burdo, cierta traza mezquina del carácter, tenían por correctivo la firmeza de la enseñanza cristiana, las obligaciones de caridad y rectitud que en-

vuelve. Así como en Teodora existían elementos de grandeza y generosidad que no había beneficiado la cultura y que la indisciplina moral descartó enteramente, en Fermina las peores inclinaciones se corregían por la doctrina á que se ajustaba. Así es que al notar la creciente frialdad de su novio, al percibir que otra mujer le atraía más, y que esta era la esposa de su hermano, y que indignos celos se enroscaban como víboras en su corazón, Fermina, espantada de lo que creía descubrir, sobresaltada su conciencia por el mal que podía hacer si hablase, resolvió callar, desechar la sospecha, reprimir el enojo, y estuvo á punto de arrojarse ante el confesor y acusarse á sí propia de un delito atroz de juicio temerario. Pero la adquisición educativa no prevalece mucho tiempo contra los sentimientos naturales. Fermina quería á Lorenzo con el ímpetu de una juventud vigorosa, con la exigencia que dan los afectos legítimos, con el exclusivismo que nace de la seguridad de consagrar la vida á un deber, y del derecho á reclamar el pago. La pasión de Teodora y Lorenzo se precipitó de tal manera los últimos días, que ya Fermina; por mucho que atendiese á religiosos escrúpulos, tuvo que abrir los ojos. El retraimiento de Lorenzo era tan extraño; tan raro el aire de Gurrea Pinós, al decir que su hijo se encontraba indispuerto; tan peregrino el empeño de acelerar la boda, y hasta tan extraordinarias las salidas de Teodora á cada momento aunque pretextadas por las compras indispensables—que Fermina no

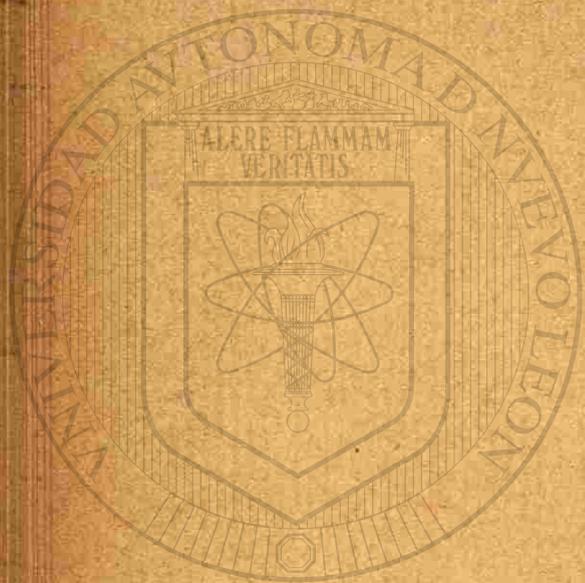
pudo menos de comprender que algo de inusitada gravedad comprometía su dicha.

Lo primero que se desarrolla en un alma pequeña herida y soliviantada por la pasión, es el instinto del espionaje. El segundo día en que Lorenzo—cerrado bajo llave por el general, que le llevaba en persona la comida á su cuarto—no acudió al hotel de los Campos Eliseos, Fermina vió salir á Teodora muy de mañana, y con un pretexto logró que la doncella la facilitase la llave del tocador de su señora. Miró hacia todos lados, y al pronto nada vió que mereciese fijar la atención ni que diese pábulo á la sospecha. Aquella habitación tenía el don de indignar á la muchacha, por lo que contrastaba con su carácter y sus gustos. Las suaves pinturas del techo; las diosas apenas vestidas de vaporosos celajes; los amarcillos rientes; los mil artísticos cachivaches esparcidos sobre el tocador; el delicioso espejillo Médicis con marco de plata; la gran meridiana amplia y mullida; los sillones de raso brochado velados por rancios encajes; el cuarto de baño misterioso y todo blanco como una alcoba: el lujo inteligente, refinado, de aquel nido, exasperaban á la provincianita, causándola una mezcla de envidia y de enojo púdico. Al mismo tiempo la producían insaciable curiosidad, acre y persistente como el mal deseo...

Los ojos inquisidores de Fermina seguían buscando algo, cuando de pronto se fijaron en el coquetón armario de luna, de laca rosada con guirnaldas de rosas de color más fuerte; y al

entreabrir la puerta, que tenía puesta la llave, una exclamación se apagó en la garganta de la novia de Lorenzo... Acababa de ver un saco de viaje completamente nuevo, y en él varios paquetes envueltos en papel de seda, mientras los estuches de las ricas joyas de Teodora vacíos, yacían en desorden al pie del estante...

Fermina sabía que Teodora depositaba siempre sus alhajas en el Banco al salir de veraneo, pero que las enviaba dentro de los estuches, en una vasta caja que lo encerraba todo; y como si la hubiesen descargado un repentino mazazo en la cabeza, se quedó aturdida, fría de espanto...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

EPÍLOGO

La estación estaba casi desierta aún, cuando llegó á ella Lorenzo, tembloroso como un criminal, y sintiendo en las rodillas esa flojedad que hace que cada paso que damos nos fatigue el pecho y nos acorte la respiración. La mano izquierda del joven venía envuelta en un pañuelo oscuro, para ocultar la lastimadura que se había causado al abrir violentamente, con el impulso y peso de su cuerpo y con varias puñadas recias, la puerta de las habitaciones donde le tenía cautivo su padre. Aunque conocía Lorenzo que le sobraba fuerza para hacer saltar aquella cerradura, no quiso hacer uso de medios violentos de recobrar su libertad, hasta que se acercase el momento de reunirse con Teodora. Apenas supo por la criada—cómplice involuntaria y siempre adicta—que su padre había salido un

momento, apoyó Lorenzo los hombros y descargó el puño; abriéronse las hojas; vendó el mozo su herida precipitadamente, y cogiendo el saquillo donde había puesto lo indispensable para los primeros momentos, saltó en un coche y mandó al cochero que volase, dirigiéndose á la estación. Hubiese querido estar, en tal momento, tranquilo, frío, sin remordimiento alguno, sin oír la voz de su conciencia; pero no podía: sus nervios tirantes y su alma angustiada y llena de zozobra, no lograban quietarse con la acción y la voluntad, que son sin embargo el mejor bálsamo en ocasiones semejantes. Mal sabía definir por qué se encontraba en tan penoso estado; ignoraba si era el temor á que todavía pudiesen sorprenderles, ó la desazón del que atenta contra lo que más debe respetar; lo cierto es que sufría, que temblaba, que no le sostenían las piernas. ¡Con qué afán esperaba la aparición de Teodora, columbrar la silueta de una mujer, que con paso vacilante, mirando á derecha é izquierda, se orienta, trata de encontrar al que la aguarda! ¡Con qué gozo, con qué júbilo insensato se instalaría en el departamento, al lado de la amada, sin tener que temer ya censuras ni reproches, salvando distancias, devorando la llanura, cruzando el negro túnel, penetrando en la ciudad donde fuese desconocido y donde la dicha de llevarla del brazo y de beber su sonrisa y la fogosa languidez de su mirada no es delito, ó al menos nadie puede calificarla de tal!

Buscó Lorenzo un rincón apartado y se sentó en un banco, porque no podía tenerse. Ampa-

rando con una mano el saquillo, seguían maquinamente sus ojos el ir y venir de los viajeros que iban llegando ya. Oíase en el andén el ruido de los trenes al formarse y la batahola de la muchedumbre y de las disputas y órdenes á cargadores y criados, y más cerca, en la sala misma, el susurro de las conversaciones íntimas y de las despedidas afanosas. Lorenzo, inerte de cuerpo, pero activo de espíritu, no apartaba la mirada de la puerta por donde Teodora había de aparecer. Al fin la impaciencia le obligó á ponerse en pie, y aunque sentía los miembros quebrantados, paseó lleno de nerviosa inquietud. ¡Cuánto se hace desear! ¡Si no vendrá! ¡A que no viene!

De improviso, el corazón del enamorado, como pájaro á quien abren la puerta de la jaula, salta impetuoso... ¡No hay duda, es ella; es Teodora! A pesar del espeso velo, del largo ulster, del sombrero que avanza y deja en sombra la frente—atavío que ya parece anunciar la travesía, el viaje á través del Atlántico—Lorenzo la ha reconocido, corre, se precipita... Pálidos y turbados se tienden la mano, se la estrechan con fuerza, pero sin rastros de emoción sensual...

—¡Al tren!—exclama Teodora.—Aquí corremos peligro de que nos vean... Tengo los billetes desde por la mañana, comprados en la agencia del bulevar...

Y sin mirarse, pensando sólo en darse prisa para ocultar el delito, corren al andén, saltan en el primer departamento vacío, se refugian,

se vuelven á recoger las manos libres ya, se dirigen una sonrisa en que brilla la esperanza y asoma el contento...

Casi en el punto crítico en que los fugitivos se creían seguros, llegaba á la estación Gurrea Pinós. Una carta de Fermina, recibida á las tres de la tarde y en que la muchacha pedía hablarle con urgencia, le había sacado de su casa, donde vigilaba á Lorenzo, y llevádole á escape al hotel de Castellá. Jacinto se encontraba ausente; Teodora también; sólo estaba la novia de Lorenzo. A las primeras indagaciones, al detalle del saco y de las joyas, una idea terrible cruzó por la mente del general: si eran ciertas las indicaciones de Fermina, ni un minuto debía haberse apartado de su hijo. La muchacha, deseosa de cerciorarse completamente, hizo subir al general al tocador de Teodora. Todo estaba como la víspera... pero en el armario sólo quedaban los estuches de las alhajas. El saquillo que las encerraba, había desaparecido.

Gurrea Pinós rugió como una fiera. Creyó inútil seguir la pista á Teodora, pues faltaba desde las dos, y no era tan necia que hubiese ido á la estación en derechura. El general corrió á su casa, donde le esperaba la noticia de la evasión y fuga de Lorenzo. La portera le había visto subir á un coche, pero ignoraba qué dirección llevase. Tuvo el padre la ocurrencia feliz de preguntar á los demás cocheros del punto. Uno de ellos había oído la orden: inmediatamente el general subió al coche y dió la

misma, encomendando la prisa y ofreciendo una propinaza.

Antes de volver á bajar á la calle, había tomado Gurrea Pinós, por si acaso, dinero, abrigo y un revólver de seis tiros, cargado. Podía tener que emprender viaje... y no convenía ir desprevenido.

Llegó á la estación y comprobó con satisfacción sombría que el tren no se había puesto en marcha. Juró como un réprobo porque la gente le estorbaba, y pasando plaza de loco se abrió camino á empellones. El tren ya oscilaba y cerrábanse de golpe las portezuelas. El padre iba desalado, asomándose á las ventanillas desde el estribo para registrar el interior de los vagones. Por fin un grito de dolor y una interjección furiosa salieron de sus labios casi á la vez, y se lanzó dentro de un departamento, ocupado por dos personas...

Lorenzo se volvió. «Vente ahora mismo conmigo... Deja á esa mujer.» Al hablar así, Gurrea le asía del brazo, y como Lorenzo, resistiéndose, forcejease por rechazar á su padre, este sintió pasar ante sus pupilas una nube roja y sacó el revólver. «Té mato. Por la Virgen del Pilar lo juro. Antes te mato que consentir esta infamia.» Lorenzo luchaba, empujaba á su padre al estribo, quería echarle fuera... El veterano, comprendiendo que llevaba la peor parte y que iba á ser lanzado, ciego de rabia, de indignación, alzó el arma, apretó el gatillo, disparó... Pero antes, Teodora, rescatando en un segundo todas sus culpas y pagando su deuda con

gallardía y lealtad, se interpuso entre el padre y el hijo, y la bala dirigida al pecho de Lorenzo la atravesó á ella de sien á sien. Lorenzo, que la sostuvo por el talle, la sintió doblarse, pesar, deslizarse al suelo... y estúpido de horror, no se daba cuenta aún de que aquello era la muerte.



MUJER

I

HAN enganchado ya—dijo Alfonso de la Cueva, entrando viva y alegremente en el tocador de su esposa, que en aquel mismo instante abría los brazos para facilitar á la doncella la colocación del abrigo, de brocado blanco y plata.—El movimiento del cuerpo de la dama fué tan gracioso al agasajarse en su magnífica *salida de teatro*; la cabeza chica y atrevidamente peinada á la griega resaltaba con tal donaire sobre el cuello aureolado de piel de cisne, que el joven marido, entusiasmado, iba á permitirse alguna familiaridad indiscreta, á no contenerle expresiva ojeada, entre maliciosa y suplicante.

La doncella, muy seria y digna, murmuró:
—No me ha mandado la señora sacar abanico ni pañuelo. ¿Se la olvida á la señora?

gallardía y lealtad, se interpuso entre el padre y el hijo, y la bala dirigida al pecho de Lorenzo la atravesó á ella de sien á sien. Lorenzo, que la sostuvo por el talle, la sintió doblegarse, pesar, deslizarse al suelo... y estúpido de horror, no se daba cuenta aún de que aquello era la muerte.



MUJER

I

HAN enganchado ya—dijo Alfonso de la Cueva, entrando viva y alegremente en el tocador de su esposa, que en aquel mismo instante abría los brazos para facilitar á la doncella la colocación del abrigo, de brocado blanco y plata.—El movimiento del cuerpo de la dama fué tan gracioso al agasajarse en su magnífica *salida de teatro*; la cabeza chica y atrevidamente peinada á la griega resaltaba con tal donaire sobre el cuello aureolado de piel de cisne, que el joven marido, entusiasmado, iba á permitirse alguna familiaridad indiscreta, á no contenerle expresiva ojeada, entre maliciosa y suplicante.

La doncella, muy seria y digna, murmuró: —No me ha mandado la señora sacar abanico ni pañuelo. ¿Se la olvida á la señora?

—¡Es verdad!—exclamó Ana.—Saque V. un pañuelo... cualquiera... de encaje... y el abanico de los pastores... el de concha.

Mientras la doncella abría y cerraba armarios, los esposos, alborozados y risueños, trocaban señitas como dos novios.

En efecto, eran casi novios todavía; su luna de miel contaría de fecha cinco meses. El enlace se había verificado en Julio, con gran aparato y pompa, en casa de los padres de Ana, los marqueses de Monclares; y después de la ceremonia los desposados salieron hacia París, prolongando luego el viaje, perdiéndose en los bonitos y aislados hoteles de Alemania y Suiza, desgranando el tiempo á placer y según el capricho de su pasión nueva y fresca. Porque conviene advertir que, á pesar de las razones prácticas y de vanidad que habían influido en el enlace—los Monclares nobles recientes y opulentísimos, los la Cueva nada acaudalados pero de la pierna del Cid; á pesar de la vulgaridad y la rutina elegante que presidió á la boda, á pesar del pasado borrascoso y el bullicioso genio de Alfonso, que contrastaba con el carácter grave y firme de Ana,—la posesión, la vida común, y sobre todo alguna otra causa de esas que no se explican, porque pertenecen á la esfera de lo indefinible, hicieron germinar, crecer y abrirse la flor rara y exquisita de un grandísimo amor, que llamaré *conyugal* sólo porque Ana y Alfonso estaban casados ante la ley, pero que unía la dulce seguridad de los afectos lícitos á la inquieta vehemencia de los extralegales.

Ha de saberse que en el alma de la esposa no brotó la flor así de pronto. Recelos de niña millonaria, que teme no ser querida por sus propios atractivos; pudores de un espíritu que necesita tiempo para no avergonzarse de la dicha; involuntario miedo al hombre que ya nada ignora y tal vez se ha cansado de todo; recato de mujer honesta, tardía en rasgar el último velo, aplazamientos naturales en un carácter que sabe aguardar porque sabe perseverar también—todo esto hizo que la conquista de Ana no fuese fácil para su marido, habituado á más rápidas victorias.—Alfonso de la Cueva contaba con una señorita pasiva y dócil: encontró personalidad y algo que pudiera llamarse resistencia moral: su corazón se interesó, y ya interesado, le sirvió de buen consejero para lograr lo que con todas veras apetecía. Los azares y sorpresas del viaje le ayudaron, creando intimidades deliciosas, dejándoles solos ante la naturaleza, el arte y los recuerdos, suprimiendo amigas, amigos, parentela, negocios y cuidados, y concentrando todas las facultades de la sensibilidad en un punto: el cultivo del naciente amor. Poco á poco Ana iba transformándose, y Alfonso tuvo la suerte de asistir al precioso espectáculo, al diorama en que el país nevado se borra, y le reemplaza insensiblemente el Vesubio en ignición, derramando lava y coronándose con un penacho de fuego.

Cuando regresaron á Madrid hallábanse los dos esposos en la mejor disposición para vivir

muy felices al amparo de todas las leyes é instituciones divinas y humanas. ¡Caso en verdad poco frecuente y por lo mismo ejemplar! Alfonso (sin que le pesase la mucha hacienda adquirida por medio del casamiento), antepone ya el cariño de su Ana á las riquezas, de que no pensaba abusar, sino usar en buena compañía, formándose una vida de familia y de sociedad muy agradable, muy decorosa, llena de legítimas satisfacciones, con la alegría de la prole que continúa el linaje, y la consideración, blanda almohada de raso donde reposa á gusto la encanecida cabeza. De sus tiempos de soltero quedábanle á Alfonso memorias de mil aventuras estériles, de amargo ó vulgarísimo desenlace; de mil apuros y reprimendas paternas; de una existencia insegura, falsa, borrascosa, agitada por la mentira del placer, la humillación de amor propio del noble relativamente pobre... y nunca embellecida por el rastro luminoso de la gran adhesión femenil, que en el matrimonio había venido por fin á encontrar. No, Alfonso no echaba de menos el estado de soltería. Era dichoso.

Y Ana lo era más aún, por la juventud virginal de su alma, que poblaban divinas ilusiones. Tenía Ana una de esas naturalezas generosas, que en cada edad realizan todo el contenido de ella, siendo traviesas y descuidadas en la niñez, soñadoras en la primera juventud, apasionadas en la segunda, desengañadas y reflexivas en la madurez, serenas en la ancianidad. —Suspensa entre el sueño y la pasión, Ana te-

nía á su Alfonso retratado en el alma con tales colores y tales rasgos de belleza, que si él se viese, no podría menos de temblar; porque el idealismo de la mujer constituye peligro horrible para la mayor parte de los hombres; puede ser lo que es la claridad del día para la tez ajada que sólo se ha contemplado á la luz artificial.

Algunas veces, en momentos de expansión, Ana, recostada sobre el pecho de su marido ó entretenida en alisarle el negro pelo, le había dicho lo que de él pensaba: «Te conozco ya... te sé de memoria, Fonsin. Tú has sido un poquillo... así... mala cabeza...» «No, hija... lo de todos... es decir, lo de todos cuando no son unos madamitas ó unos sacristanes como Manolo Andújar...» Es de saber que Manolo Andújar, muchacho muy católico, y primo de Ana, la había pretendido, recibiendo calabazas formidables. «No, no; tú has ido más allá... ya estoy impuesta, ¿sabes? Hubo locuritas, señor mío, se ha hecho el diablo á cuatro... Lances, conflictos, calaveradas gordas... ¡Si me dirás á mil... ¡Estoy yo más fuerte en la historia de Alfonso XIV!» Al oír tales afirmaciones la Cueva sonreía con discreta fatuidad, halagado. Realmente, el concepto que expresaban estas frases tenía mucho de lisonjero.—Ana, en su desconocimiento absoluto de ciertas esferas sociales y del significado de ciertas palabras, entendía la de *calaverada* de un modo romancesco, literario, sin realidad alguna. El aspecto vulgar, innoble, mezquino, cursi y hasta aburrido que toma el vicio en capitales pequeñas como Ma-

dríd, y más para señoritos de corta hacienda, no lo sospechaba siquiera Ana; la vieja y siempre gallarda silueta del *Tenorio* flotaba en su fantasía, y la idea de haber *redimido* á Alfonso la estremecía de placer. ¿A qué negarlo? El hombre debía ser así: mocedad azarosa, pendenciera, arrogante, hasta que el verdadero amor le aparta de la extraviada senda. ¡Pobre Ana! — «Ahora vida nueva, Fonsín», decía atrayéndole á sí y apretándole las sienes con delirio. «¿No es cierto que nunca fuiste tan feliz? Claro, me lo has dicho cien veces... pero siempre gusta oírlo. Ahora, juicio, nada de historias; el mal genio y el puntillo de honor bajo llave... y la llave me la das á mí... ¿eh? Ya tengo otra: ¿no dices que la del corazón? Pues así son dos las que guardo muy guardaditas... No las suelto.»

Al regreso del viaje, en medio de la grata faena de instalarse en el flamante hotelito de la calle de Ferraz, — todo coquetón y emperifollado, vestido de cretonas, sedas y tapices, con la atmósfera oliente á barniz y madera recién labrada, y el jardincillo recortado á tijera, lleno de macetas cucas, — Ana reiteró las mismas advertencias hechas durante el camino. Por la noche, cuando no salían — y era muy á menudo — sentábanse cerca de la chimenea de leña, lumbre clara que combatía las primeras humedades y el frío, ya sensible, de Noviembre, y más tiempo abrazados que distantes, charlaban con la efusión y la inagotable locuacidad de los que no se separan ni una hora — únicos que

tienen siempre qué decirse. — El periódico de la noche, que les traían á cosa de las diez, solía quedar sobre la mesa, doblado como había venido en la bandeja de plata. Tan cierto es que los que tienen plenitud de vida interior prescinden del mundo exterior con magnífico desdén.

Hay, sin embargo en el amor satisfecho y venturoso, alternando con la tendencia á aislarse, otra á dejarse ver, á ostentar ante los ojos de la gente joya de tanto precio, que á tasarla en lo que vale, por ella se desdeñarían perlas y solitarios. En los recién casados estimula el deseo de salir á vistas la pueril é inocente vanidad de enseñar sus galas, los trajes de atrevido corte, de París, los aderezos deslumbradores, y sobre todo el palmito de la novia realzado por el nuevo estilo de vestir y el nuevo modo de vivir.

Esta primera exhibición en público la realizaban Ana y Alfonso la noche en que hemos visto que la novia se olvidada de accesorios tan indispensables como el abanico y el pañuelo. Iban á una tertulia semanal; el tresillo de su tía la marquesa de Lanzafuerte. La marquesa, al encontrar á los novios una tarde de otoño en la Moncloa, les había echado, entre bromas y veras, una peluca: que no la hacían caso, que la nueva sobrina no se dignaba aportar por su rincón, que hasta los tórtolos salen alguna vez del nido... Y fué el mismo Alfonso quien dijo un miércoles, entre el helado y el asado: «Nitís, feúcha, ¿crees tú que es cosa de ir mañana?»

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

«Pecho al agua; iremos.» «¿Te pondrás el vestido de Félix, el azul?» «Si quieres... Pero no; es demasiado estrepitoso, con aquel volantazo, para un jueves como otro cualquiera. Sacaremos á relucir el gris... y las turquesas, bueno.» «Hoy te probarás esos trapos, Nitis; así tendré yo las primicias.»

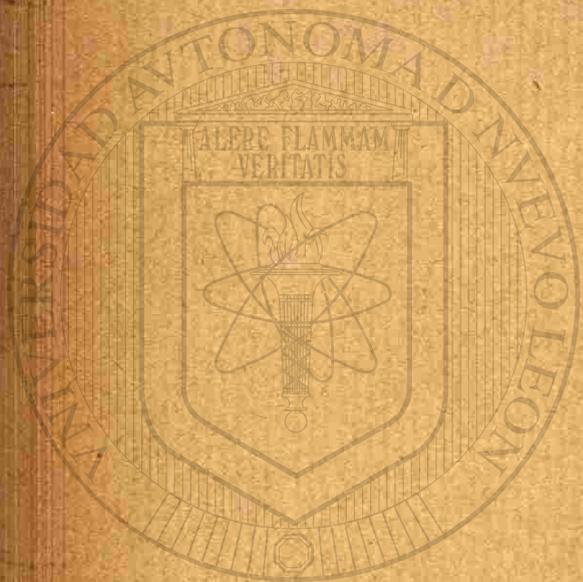
Hasta que estuvieron reclinados en el coche, el marido casi oculto bajo el amplia y crujiente faldamenta de la mujer, no sintió Ana la aprensión instintiva que nos causa toda variación de costumbres en medio de un período de bienandanza completa. Una ligera opresión en el pecho, una cavilación involuntaria que la hizo enmudecer, fueron los síntomas primeros de su estado de alma. Y lo singular era que Alfonso también parecía pensativo y guardaba silencio, afectando mirar por el vidrio, que empezaba á empañarse, la sucesión de casas y la alternativa de sombras y luces que en ellas proyectaban los faroles. Las ideas desagradables de Ana se concretaban ya: eran vaguedades celosas, temor al mundo y á la sociedad, que podía robarla su tesoro. ¡Alfonso valía tanto! ¡Existe en Madrid tantísima mujer de presa, ladrona de almas! Y al pronto, sólo este riesgo presintió.

Otra clase de recelos rumiaba Alfonso... Estos sí que eran amarguillos; se asemejaban al desasosiego involuntario de la mala conciencia.—El sabía que al hacer corte de cuentas con la vida de soltero, no había saldado todas sus deudas morales con la puntualidad escrupulosa

de pagador honrado... Más de una vez se había declarado insolvente, y más de una vez, con astucia ó con descaro, supo eludir el reconocerse deudor... Y temía por instinto, lo que temen todos los que conservan en su poder algo ajeno: oír la voz, ver la cara del acreedor maldito... Sacudió aquella pesadilla cuando entraban en la calle del Arenal.

—¿Nitis?

Ella se volvió de pronto, sonriendo.. Y los dos, como si despertasen de un sueño angustioso, se buscaron las manos en la tibia semi-obscuridad de la berlina.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

II

Les acogieron en la tertulia simpáticamente, como se acoge á la gente rica, moza y sin penas, que trae consigo atmósfera de alegría. La marquesa besó á Ana, la dió golpecitos en el hombro, la sentó á su lado, hízola mil preguntas acerca del viaje, prometió una visita al nido, una sorpresa que daría convidándose á almorzar.

—Me echaréis cuando se os antoje—decía riendo.—Después de cinco meses, me parece que aunque os robe una mañanita...

Mientras Ana protestaba afectuosamente y se dejaba *curiosear* las joyas y el traje, Alfonso registraba la concurrencia, con la sorpresa del que, á la vuelta de sucesos que han modificado esencialmente su vida íntima, encuentra el mundo exterior idéntico, invariable, como mar que no se altera por el surco de la quilla. Allí estaban las mismas de antes, hablando con los mismos de siempre: y Alfonso reflexionó que el sigisbeismo de salón afrenta, con su constancia,

al amor y á la amistad verdadera. — Allí, alrededor de las acostumbradas mesas, los eternos tresillistas, las consabidas cabezas calvas y los consabidos moños con peinetas de brillantes, disputándose una puesta ó persiguiendo un codillo. — Allí, en el propio sofá imperio de raso azul y verde, el propio grupo de muchachas, airosas como ninfas, vestidas de colores finos, sin una alhaja, arremangado el pelo para descubrir la sedosa nuca, rientes las claras pupilas, cual si en el medio año transcurrido ningún pensamiento grave, ningún desencanto doloroso hubiese caído en su alma, depositando el sedimento de una reflexión...

La idea de monótona continuidad que este cuadro infundió en la mente de Alfonso, disipóse al recibir una impensada sacudida, que le estremeció hasta el tuétano de los huesos. Entonces comprendió que la sociedad no es inmutable sino por fuera, y que bajo la superficie lisa é igual bullen y hierven las pasiones y el drama. — Lo que sorprendió á Alfonso; lo que le hizo afluir toda la sangre al corazón y bañarse las sienas en sudor frío, no fueron más que dos ojos, ó por mejor decir, un alma que fulguraba en ellos. Y ni el alma ni los ojos pertenecían á una mujer. Era un hombre, apuesto, descolorido, como de treinta y cuatro años de edad, rubio y alto, el que, recostado en la puerta, miraba al marido de Ana con intensidad ardiente.

La relación de lo moral y lo físico aparece, más patente que en cosa alguna, en el efecto

de la mirada. Si una persona nos sigue en la calle, mirándonos fijamente, acabamos por volvernos, sin saber á qué atribuir el movimiento involuntario. Esto le había sucedido á Alfonso: un imperceptible hormigueo en la espalda precedió á su vuelta de cara á la puerta desde la cual le flechaban los garzos ojos de su enemigo. Porque sólo un enemigo mira de tal suerte, y sólo el odio hace competencia al amor cargando de fluido magnético las pupilas. La ojeada le dolió tanto á Alfonso, que sintió deseos de imitar al héroe del *Elixir de larga vida*, de Balzac, reventando los ojos que así le apuñalaban.

Aquél era, aquél, el maldito acreedor, el que aparecía después del festín reclamando la deuda de honra. Su mirar lo decía todo. Equivalía á la reconvención más enojada, á la intimación más fatídica. Decía á voces, sin que le pudiese oír nadie, excepto el interesado: «Qué, ¿ya no te acordabas de mí? Soy Ramiro Dávalos, tu antiguo amigo y compañero de fiestas y zambras. Me demostrabas entonces gran afición; nos llamaban en broma *los inseparables*. Una noche, que me recogí más temprano que otras veces, sentí un rumor sospechoso en el cuarto de mi hermana. Violenté la puerta y te cogí como al ratón en la ratonera. Te saqué de allí medio á rastras, y te llevé á mis habitaciones: estabas lívido. Yo me dominaba, y con voz bastante firme te dije que señalases día para la boda. Callabas como un muerto, y tu silencio me irritó hasta el punto de que te agarré de un

brazo, mientras tentaba en mi bolsillo el revólver que suelo llevar. Apremiado, hablaste por fin. ¡Más valiera que te hubieses quedado mudo! Dijiste una infamia... ¡Aún tiemblo de ira!—Que se case Alcántara... ó Gonzalvo... Hay el mismo motivo...—¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas de cómo me retorcí bajo el sangriento bofetón? Pero Dios me tuvo de su mano... y en vez de clavarte las cinco cápsulas de mi revólver en el pecho y en la sien... abrí la puerta y te hice seña de que podías salir. Y cuando, avergonzado y corrido, te pusistes á mis órdenes para zanjar nuestra disensión, armas en mano, te respondí con el supremo desdén del que es dueño de sí propio:—No me hagas tan necio que ahora te provoque y me bata contigo. Todo Madrid se enteraría del motivo, y pagaría el escote la honra de mi hermana. Pero tranquilízate: ya nos encontraremos en tiempo y sazón. La venganza es manjar que sabe mejor comido frío. Hasta cuando Dios quiera, Alfonso.—Y esperé; ¿no ves en mi cara la señal del esfuerzo sobrenatural que me costó mi paciencia? Al fin te casaste, y á mí me han salido canas, mientras recorrías el extranjero con tu linda novia. Pero al casarte te has entregado... Ya te tengo. Prepárate...»

Esto y mucho más leía Alfonso en los ojos terribles que de pronto, como linterna que corre el vidrio obscuro tapando su luz, se desviaron, se extinguieron, mientras Ramiro Dávalos, abriéndose paso por entre colas y fraques, se dirigía hacia su deudor y le tendía la mano, si no muy cordialmente, al menos con naturalidad

sencilla y de buen gusto. Alfonso alargó su diestra trémula, y las dos manos, al tocarse, se repelieron como si el contacto hiciese saltar de ellas abrasadoras chispas.

Trocaron palabras insignificantes, y al punto Ramiro, sin afectación alguna, se acercó al confidente donde estaba Ana (que era de estos de dos caras), y ocupó el asiento libre.

Prestan los tales confidentes al diálogo, desde el primer momento, carácter de intimidad. Hay que volverse mucho, inclinando todo el cuerpo hacia la persona que nos habla; y mientras el dorado y retorcido respaldo aísla, la postura aproxima y las cabezas casi se tocan. Así estaban las de la señora de la Cueva, y el galán Dávalos; platicaban de cosas indiferentes, y desde lejos su palique parecía secreteo confidencial sobre algo que á los dos importaba mucho.

En la conciencia de Alfonso, tan mínimo incidente revestía proporciones que le alarmaban.—«El registro es viejo, pero de efecto seguro,—pensaba la Cueva.—Honra por honra, dirá Ramiro: Ahora yo comprometo en público á tu mujer y te obligo á provocarme, con lo cual si algo se murmura será á tu cuenta, y si las lenguas se dan gusto, peor para tí.»—Repito que este súbito recelo que le entró á Alfonso no tenía más fundamento serio que los resquemores del pasado. En sociedad se ven á cada momento apartes, largas chácharas y obsequios de galán á dama, que duran una noche, y que ni se interpretan mal, ni hay por qué, si hechos ulteriores no añaden leña al fuego de la mali-

cia. Pero téngase en cuenta que llovía sobre mojado, que la conciencia acusadora estaba despierta para dar la señal de alarma, y que además era la primera vez que Ana se dejaba ver en público desde su boda, —y entonces se comprenderá que Alfonso frunció el ceño al advertir que Dávalos, ofreciendo el brazo á Ana, se la llevaba al comedor.

Siguió á la pareja el marido, desprendiéndose como pudo de la gente que le interpelaba y le embromaba felicitándole. Sorda inquietud, irritación que le hubiese sido imposible fundar en cosa alguna, roía su pecho. No quiso intervenir, temeroso de parecer ridículo, pero acercóse lo bastante para no perder un solo movimiento de Ramiro Dávalos. Este se dedicaba á servir á la señora de la Cueva, lleno de atención y solicitud, presentándole el plato, el cuchillito, el vaso de ponche sueco, recogiendo de las manos lo que ya la estorbaba, indicándole una silla bien situada, y luego llevándola á que viese las nuevas adquisiciones de la marquesa de Lanzafuerte, las bandejas de plata repujada, las lozas antiguas que decoraban la pared. Nada tenía de particular todo ello: era la tarea acostumbrada de la cortesía en casos tales. Sin embargo, considerando que Ana sabía al mundo, casada, aquella noche; que á Dávalos se le sabían ciertas historias poco edificantes y menos probantes de su respeto al ajeno hogar, y, por último, que el antecedente del agravio justificaba la sospecha, Alfonso vio ya claramente en el proceder de Dávalos una

bien calculada maniobra para sacarle de tino. No tenía Ana las mismas razones que su esposo para extrañar la conducta de Dávalos, no obstante, su instinto la avisó de que allí pasaba algo singular por lo menos, y con disimulo miró alrededor, por si divisaba á su marido. Así que le vió, sus ojos se cruzaron: los de él expresaban ya angustia, y ella, notándolo y sintiéndolo, se levantó para aproximarse á Alfonso. En el mismo instante la anciana y sorda vizcondesa de San Jordi se pegó al marido de Ana, y á gritos empezó á preguntarle detalles del viaje de novios, y por su parte Dávalos, fingiendo no comprender el motivo del movimiento de Ana, redondeó el brazo y se lo ofreció á la señora, hablándola con animación, en tono abierto y festivo, de cosas absolutamente indiferentes, tranquilizadoras para la más recelosa mujer.

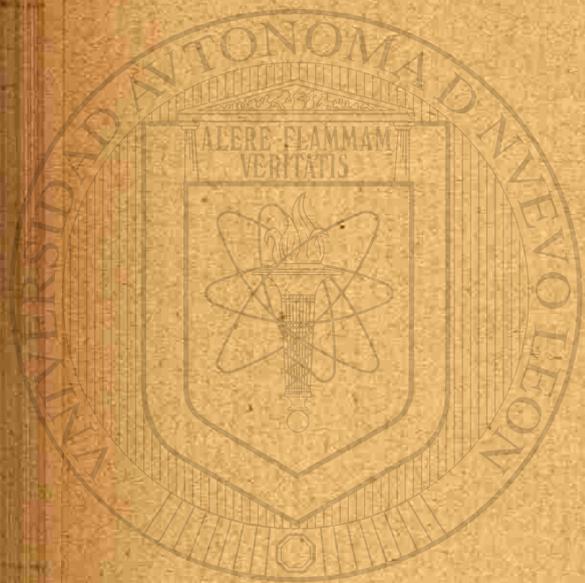
Porque fué la habilidad de Dávalos, en ocasión tan decisiva, no alarmar á Ana con galanterías ni con la menor frase indiscreta, de modo que mientras desde lejos parecía cortejarla, de cerca sólo parecía que la tributaba el respetuoso y cordial agasajo debido á la señora de un amigo, del *inseparable*, separado ya por el matrimonio. Ana no ignoraba la antigua intimidad de Ramiro y Alfonso: el que se hubiese resfriado algún tanto lo atribuía á lo más natural y sencillo, á la boda. Y creyendo ver en el obsequio de Dávalos una discreta indicación de que festejaba el nuevo estado de su amigo, hasta que los ojos de Alfonso la avisaron, se

prestó sin temor alguno á lo que nada de extraño tenía.

Hallábanse Ramiro y Ana cerca de una de las dos puertas del comedor, esperando á poder atravesarla para volverse al salón; mas como el racimo de gente que la obstruía no permitiese el paso, Dávalos llevó hábilmente á la señora hacia una especie de hornacina forrada de felpa roja, donde sobre estantillos enfilecados se lucían curiosos y soberbios ejemplares de porcelana del Retiro y loza alcoreña. Mientras la decía algo muy elogioso para aquellas ricas piezas de cerámica, la iba acorralando con maña en el hueco, semejante á un oratorio japonés, y se quedaba á sus espaldas, obligándola á admirar y detallar de cerca los primores de un grupo ornamental, una nube de blancas ninfas, que trepaban por un montecillo, blanco también como la cuajada leche. Al mismo tiempo dirigía Ramiro una mirada circular á los ámbitos del comedor y á las puertas, cerciorándose de que todo estaba como podía convenir á sus planes. En la puerta inmediata al hueco ú hornacina, se apiñaban dos ó tres señoras y otros tantos hombres, que antes de decidirse á entrar en el comedor, echaban un párrafo, y que, si bien aparecían distraídos por la charla, no lo estaban tanto que no pudiesen observar lo que en el comedor sucedía, á poco que mereciese ser observado. Formaba parte del grupo (y Ramiro lo notó con fruición), el conde de Cetina, vejete verde, fisgón incansable y descubridor infalible de cuanta travesura amorosa

ocurría en la sociedad. Ramiro no olvidaba que el Conde de Cetina siempre tenía el ojo fijo en los rincones donde por casualidad ó intencionalmente se encontraban dos personas de distinto sexo. Los solteros llamaban al conde—recordando con tal motivo, en chanza, una tradición gloriosa de su ascendencia—*el vigía*.

En la otra puerta Ramiro vió á Alfonso, pronto á zafarse de la sorda, que ya le atosigaba menos. Las pupilas del marido de Ana se clavaban en Ramiro; pero éste no mostró haberlo notado, y como todo estuviese en el crítico punto favorable á sus deseos, y pudiese, dentro de un segundo, perderse la ocasión, afectó recorrer el comedor y convencerse de que allí no había más que él, Ana y un criado, que, vuelto, preparaba tazas en una bandeja... y con rápido movimiento se inclinó sobre los descubiertos hombros de la señora de la Cueva é hizo ademán de apoyar en ellos los labios. La verdad es que se guardó bien de tocar á la epidermis de raso nacarino; quedóse á tal distancia, que Ana, no pudiendo sentir la injuria, y creyendo que se inclinaba Ramiro para indicarle algo que debía notar en las porcelanas, se volvió animada, sonriendo. En cambio Alfonso saltó como un tigre, mientras *el vigía* se precipitaba hacia el comedor por no perder detalle de la escena.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

III

Ramiro permanecía plantado, tranquilo, despreciativo, y más blanco que su corbata, esperando al antiguo *inseparable*.

El que nunca hubiese visto cómo ocurre un lance en un salón, se admiraría de seguro, al advertir que se puede provocar con tan pocas palabras, dichas en voz tan baja y sin que las acompañe ningún ademán violento.—De los dos hombres que, poseídos de furia mortal, se medían con inflamados ojos, el más sereno era sin duda Ramiro; la razón es bien sencilla: traía premeditado y calculado el conflicto, como diestro mecánico que prepara el juego de un resorte, mientras Alfonso tenía en contra suya la sorpresa, la rabia y el desairado papel del marido á quien todos han visto ultrajar.

Porque Alfonso no podía dudarle; el movimiento de Dávalos había sido notado por el grupo de la puerta, y en especial por el insigne fisgón Cetina; y lo que más enloquecía al enamorado esposo era el que Ana, en vez de

indignarse, se hubiese vuelto, con la sonrisa del placer en los brillantes ojos, y el carmín de la alegría en las mejillas juveniles. ¿Era posible tanta infamia? ¿En dos horas de conversación se rinde así una mujer, no ya Ana, su Ana, sino otra, cualquiera? ¿Condenación y muertel Alfonso oía el ligero castañeteo de sus dientes apretados.

Y no obstante, al encararse con Ramiro, se aplanó. Aquel ofensor era un ofendido; aquel burlador, un vengador, cuyos justos móviles mejor que nadie entendía la Cueva, y cuya presencia sola era para él un castigo. Mientras Dávalos esperaba arrogante y desdeñoso, la Cueva avanzaba perdiendo á cada paso el vapor de cólera que le sostenía. Quedóse en pie, amenazador aún, pero falto ya del irresistible empuje que presta la razón al que la tiene. El primero que rompió á hablar fué Dávalos:

—¿Qué traes, Alfonsillo?—preguntó con voz que silbaba como una culebra, y en que la entonación del desdén al pronunciar el diminutivo era maravillosa obra de arte; tanto, que logró devolver al interpelado su primer brío, haciéndolo exclamar con ahogada ira:

—Lo que traigo te lo diría de distinta manera, pero te vale que aquí no es sitio á propósito...

—Pues vamos á otro—respondió con naturalidad y sin alzar poco ni mucho el diapasón Ramiro, haciendo á la atónita señora respetuosa cortesía, algo ceremoniosa y exagerada quizá.

—Vamos,—confirmó Alfonso, tratando de

pasar al salón y sin poder conseguirlo, porque una onda de gente, azuzada por la curiosidad, que cunde como el reguero de pólvora, se amontonaba allí. Más resuelto Dávalos, hizo un quiebro, enjaretó por la otra puerta su cuerpo flexible y resistente de *sportman*, salió á la sala, y con desembarazo se dirigió á la antecámara, donde un criado, habiéndole visto de lejos, ya buscaba su abrigo y se lo presentaba extendido por los hombros.

Al hallarse detenido por una pared de cuerpos humanos, Alfonso reflexionó, y creyó ver claro que sin Ana no podía marcharse. ¿Por qué? El mismo no acertaba á definirlo, pero marcharse sin Ana le sonaba á inconveniencia enorme. La verdad es que ni esta idea ni las otras se precisaban mucho: en la cabeza de Alfonso rodaban, se entrechocaban y se herían, á guisa de encarnizados combatientes. Sorpresa, espanto, rabia, dolor de celos repentino, agudo y furioso, y en medio de todo otro sentimiento nuevo, extraño, que aún no se delineaba bien y sólo revestía forma cautelosa.—«Esta es una red, una trampa para cazarme»—pensaba, revolviéndose como la alimana montés que efectivamente ha caído en el lazo. Y cazado estaba, no lo podía dudar. Las sonrisas, los cuchicheos, las ojeadas entre susto y malignidad de las damas, la cara repentinamente grave de los hombres, la oficiosidad del *vigia*, que se pegó á él y á Ana con mil preguntas y otros tantos ofrecimientos vagos é impertinentes, bien probaban que entre los tertulianos de

Lanzafuerte nadie ignoraba ya el caso, con todos sus picantes pormenores y su gravísima trascendencia.

Una sola persona, una no más, incapaz de darse cuenta de lo acontecido, permanecía asombrada, herida de estupor. Ya se comprenderá que era Ana, en quien se fijaban todos los ojos con avidez burlona ó compasiva. ¡Vamos, que no se estrenaba mal la Monclaritos! ¡Para primer salida, menudo escándalo! El rum rum, desde el salón, llegaba ya al gabinete del tresillo, y las cabezas calvas como perillas de balcón y los moños complicados donde chispeaban los brillantes, se volvían, desatendiendo el juego por comidilla más sabrosa. De algún ángulo se oyeron salir dos ó tres carcajaditas ligeras, reprimidas instantáneamente. Un hombre, Perico Gonzalvo, satélite de Dávalos, levantó un instante la voz en repentina disputa. La dueña de la casa, la misma marquesa de Lanzafuerte, aprovechándose de que la correspondía dar, se levantó, y con cuanta prisa pudo corrió á ver qué le pasaba al sobrino. El sobrino ya estaba pidiendo el abrigo de su mujer, y ésta, pasando del asombro al azoramiento y del azoramiento al terror irreflexivo, se ponía atropelladamente la preciosa mantellina, y sin esperar á que la ofreciesen el brazo, bajaba las escaleras á escape, en su afán de quedarse sola con Alfonso y preguntarle qué pasaba. Pero al instantáneo rodar de la berlina, cuando el lacayo posaba la mano en la portezuela para abrirla, Alfonso dijo á su mujer con voz alterada:—

«Vete á casa y espérame»;—y en la esquina del caserón, en la zona de luz de la farola, vió Ana destacarse la gallarda silueta de Dávalos. Arrancó la berlina. El corazón de la dama saltó en el pecho. Si comprendió á medias tan sólo, alarmóse completamente: adivinó el lance, y lo adivinó terrible, peligroso, mortal. El mismo temor la paralizó: quería tirar del cordón para que el coche se detuviese; pero el cochero, por descuido, no lo llevaba puesto. Hirió con la mano los vidrios; el retemblido del carruaje cubrió el estrépito de los golpes. Gritó entonces sacando la cabeza de la portezuela, y al cabo fué oída.—«Vuelva V. á la casa de la señora marquesa...» —El cochero obedeció dando un codazo al lacayito, y al pararse los caballos, con gran resbale de herraduras, ante el viejo palacote de Lanzafuerte, Ana, antes que llegase á saltar del coche, vió á su marido que volvía y á Ramiro Dávalos que se alejaba.

—¡Alfonso, Alfonso!

—¿No te dije que me aguardases allá?—contestó él duramente, entrando y dejándose caer en los cojines.

La conversación que se entabló fué á voces, porque el ruido del coche no permitía entenderse en tono natural y moderado.

—¿Qué pasa? A ver si me entero, hijo.

—Pues tú eres quien mejor lo sabe—exclamó el marido con atroz retintín.

—¡Yol! ¡Yo! ¿Por qué?

—Tú... ¡Está bueno! Cualquiera pensaría que el beso fué á mí.

—¿El beso? ¿Pero te has vuelto loco? ¿Qué beso?

—Vamos, hija, no me apures la paciencial. No acostumbro tratar mal á las mujeres..., y á tí..., á tí, menos, aunque hoy... ¡Quién me lo diría!

Y Alfonso rió nerviosamente.

—¡Fonso, alma mía..., mira que no te entiendo!... ¡que no te entiendo...! ¡Parece como si tuvieses alguna queja de mí... Habla claro; que nos expliquemos, por Dios y su santa Madre!

Cual si se prestase al deseo de la dama, la berlina rodó más despacio por la entonces solitaria calle Mayor, y Alfonso, sintiendo lo cariñoso de la insistencia de su mujer, se enterneció, y exclamó casi con lágrimas en la garganta:

—¡Ana..., si no fuese porque otros lo vieron..., yo creería que era sueño ó chifladura mía..., que Ramiro Dávalos te besó en un hombro!

—¡A mí..., Fonso... ¿A mí?

—¡Claro que á tí!... Si fuese á otra... ¿qué me importaba?

Y la Cueva cerró los puños y ocultó el rostro en el mullido rincón del coche.

—Pero ¿cuándo?... ¿cómo?... ¿en dónde pasó esa atrocidad que dices?—gritó la dama, ya recobrados su energía y aplomo para protestar.

—¡Si bien lo sabes!... ¡En el comedor... cerquita del nicho de las lozas!

—Alfonso—exclamó la señora rehaciéndose y revelando en su acento gran energía—sus-

pendamos esta conversación hasta llegar á casa. Apenas nos oímos; tenemos que gritar, y pueden los cocheros... Dentro de diez minutos... silencio ahora.

Calló Alfonso y esperó, muy fosco y cabizbajo. La escalera del hotelito no la subieron del brazo, sino ella delante, pálida y silenciosa, y él detrás, no menos sombrío. La doncella, que velaba, se presentó dispuesta á hacer su oficio desnudando á la señora; despidiéronla, y se fué pensando para su sayo:—«Cosas de novios».—Alfonso corrió á echar la llave del salón, que con un gabinete, un cuarto de tocador y el espacioso dormitorio, formaba el departamento de Ana; y volviendo hacia su mujer, que aguardaba de pie, recostada en la chimenea aún tibia, murmuró sordamente:

—Ya no tenemos escuchas.

—Mira, Fonso—dijo Ana irguiendo la cabeza y fijando en su marido los irradiadores ojos.—Al casarme no sé si te quería ó no, porque como es uno tan inocente... se me figura que no tiene aplicación á aquel tiempo la palabra *querer*. Ahora sé de fijo que...—la voz de Ana se humedeció,—que te quiero... y basta. Mientras te quiera así... no pueden suceder barbaridades como esa que dices. No concibo, sintiendo lo que siento, que tengas ni asomo de celos, cuanto más... Bueno: pues siempre que me ocurrió el temor de que tú te celases por cualquier motivo... ¡porque no creas que no me ocurrió! ¡yo soy muy cavilosa! pensé que no debía defenderme, sino sólo darte mi palabra

de honor de que tus celos eran infundados, y si esto no te bastaba y sobraba...

Y terminando el período con la acción, Ana, majestuosa y sencilla, echó á andar camino del gabinete.

Alfonso, conmovido ya, la detuvo.

—Hija... ¡Pero atiende! ¡Eso de la palabra de honor... es bueno para nosotros!

—No—repuso Ana—nunca lo he creído; nuestro honor consiste en lo mismo que el vuestro: en la lealtad y la sinceridad. Nuestro honor lo mancha también la mentira. Yo te aseguro, bajo palabra de honor, que todo cuanto dijiste sobre un desmán de Ramiro Dávalos conmigo, me coge tan de nuevas, que me parece invención ó broma de mal gusto. Y no sé más ni me disculpo más.

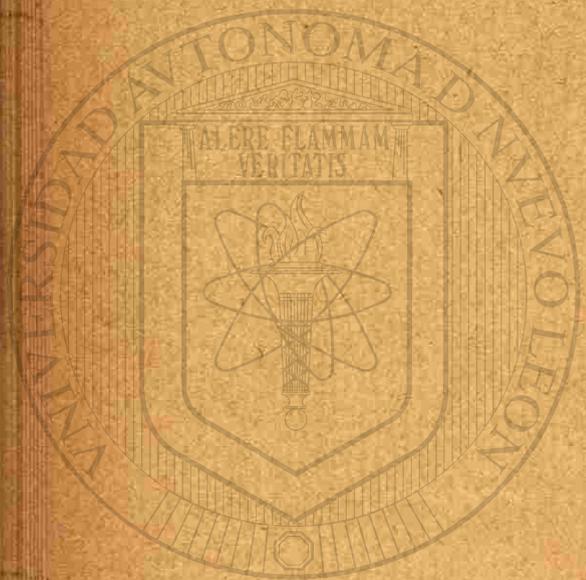
—Pues yo, bajo palabra de honor, te aseguro también que he visto á Dávalos, estando tú de espaldas, permitirse el desmán... y lo peor es que como yo lo ví lo vió Cetina, y como Cetina media docena, que equivale á verlo toda la tertulia, que equivale á ver cosas aún peores todo Madrid. Y tú te volviste con cara muy placentera, en vez de sorprenderte ó de indignarte...

Ana no respondía: reflexionaba. Su pie, flexible dentro del calzado de raso perla, hería impaciente uno de los remates dorados del guardafuego.—Una arruga honda plegaba su ebúrnea frente. Sus labios temblaban.

—No tengo que añadir sino que tal desmán no llegó á conocimiento mío... Y el caso es que

no creo que te propongas... matarme ó volverme loca por gusto, inventando esa historia. Escucha... ¡di la verdad! ¿Teníais tú y Ramiro algún disgusto anterior? ¿Le interesaba á Ramiro, por cualquier motivo, ponerte en evidencia ante el público? Porque ya me extrañó bastante aquello de pegarse á mí toda la noche, de no soltarme, de obsequiarme con tanto empeño... Y al mismo tiempo que me acosaba, no me decía sino insulseces indiferentes y cosas muy formales, como si en vez de hablar con una mujer joven hablase con un señor machucho...

A medida que Ana se expresaba así, la cara de su marido se iluminaba como si el sol barrierse de ella un densísimo nublado: sus pupilas, antes siniestramente turbias, destellaban amor y contento; sus brazos se tendían, sus rodillas se doblaban. Cayó en el sofá más próximo á la chimenea, pero arrastrando consigo á Ana, á quien había cogido fuertemente por la cintura. Palabras inarticuladas y un dulce silencio completaron la reconciliación.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

IV

Cuando se mitigó la efusión y se disipó la repentina embriaguez, Ana y Alfonso sintieron una punzada en el espíritu; quedaban en pie dos cosas muy graves: el escándalo y su consecuencia, el duelo.

Alfonso comprendía ya la verdad de los hechos, y reconstruía la comedia representada en la infausta tertulia. Deliberadamente, Ramiro le había marcado con sello profundo de ridiculez y vergüenza. El ademán, bien calculado para que pareciese lo que no era ni podía ser, bastaba: indeleble sobre el hombro casto de su esposa permanecía la mancha oscura. Cien traiciones secretas de Ana no le deshonorarían, y le deshonoraba el inocentísimo natural movimiento de la señora al volverse risueña hacia Ramiro Dávalos, cuando éste simulaba una familiaridad inconcebible. Lo habían visto; y nadie impediría que, visto, lo contasen, y que, contado, recayese siempre como lluvia de cieno sobre la frente de los dos.

Pasando del salón al tocador, mientras Ana se quitaba sus galas y sus joyas, y las dejaba con tedio sobre el diván circular, y se ponía aprisa una bata de lana blanca, floja, los esposos trocaban palabras de zozobra y pena, referentes al conflicto.

—No es posible coger persona por persona á los tertulianos y enterarlas de lo que hay.

—No, y aunque les enterásemos, no lo creerán, ó harían como si no lo creyesen.

—¡En lo que estriba la buena fama de una mujer! ¿Sabes tú, Fonsin, qué es cosa que da que pensar mucho? Parece una invención sutil para fastidiar al género humano eso de la fama... ¡Fama! Las cosas ciertas, realísimas, tal cual son, sólo el de arriba las sabe.

—Hija, sí, pero en el mundo vivimos, y á sus usos ó sus preocupaciones ó sus tontunas tenemos á veces que allanarnos...

—No digo que no, y con todo... en el caso presente...

Abrochándose los últimos botones de la bata, con los brazos desnudos en las perdidas mangas orladas de espumoso encaje, los pies todavía presos en el elegante zapatito gris, Ana se sentó al lado de Alfonso, le puso ambas manos en el hombro, y resueltamente le preguntó:

—¿Qué has tenido tú con Ramiro? Quiero saberlo. Es de rigor que me lo digas.

—¡Ay, Nitis! Déjame en paz... Una historia vieja. Le agravié...

—¿A él mismo?...

—Es igual... A... otra persona... á quien él

tenía obligación de defender: para que veas, eso lo reconozco.

—¿A otra persona? Ramiro es soltero, huérfano de madre... ¿A cual de las hermanas?...

—¿Qué más da? Yo no debo contarte estas cosas, nena rica...

—¿Que no debes contármelas á mí? Pues se las contarás al Gran Turco... No estamos para bromas: en resumen, tú ofendiste á Ramiro en su hermana... ¿Y él, qué hizo? ¿Te desafió?...

Alfonso volvió la cabeza por no arrostrar los ojos leales de Ana. Sintió que aquellos ojos le miraban desde muy alto.

—No me desafió... al contrario... dijo que esperaba, que aplazaba la satisfacción. ¿Qué te parece de eso?

Ana meditó un poco.

—Me parece tan bien... que por eso solo formo el concepto de que Ramiro Dávalos no es ningún monigote. No quiso que fuese su hermana, sino tu mujer, la que anduviese en lenguas de la gente. Y lo ha conseguido de plano. La jugada es segurísima, Fonsin mío; es redonda.

—¡La jugada es de un canalla!—exclamó la Cueva levantándose violentamente.

—¡No por cierto!—replicó la señora con mayor energía.—Hay casos de guerra en que todo es lícito. ¡Caramba! Ya que la sociedad nos ha colocado á las pobres mujeres en tan difícil situación, á los que tenéis encargo de mirar por nosotras no os basta el valor, sino que necesitáis la astucia; tenéis que ser algo así... como generales que sostienen una plaza contra

enemigos sin número. Los pecados los castiga Dios, pero el mundo voy viendo que sólo castiga las imprevisiones y las torpezas. ¡Dígalo el caso presente! Yo que nada malo hice, pago las ajenas culpas, y vé tú á convencer al público de que...

—Ni intentarse debe—pronunció sombríamente Alfonso, cuya voz volvió á sonar dura y agria.—Sólo un remedio hay para tapar la boca á los murmuradores, que mañana andarán por ahí dando un cuarto al pregonero á cuenta mía y tuya. A bien que no está en Roma el remedio...

—¿Qué remedio es ese?—preguntó Ana—ansiosa, inmutadísima, echando los brazos á su esposo.

—¡Bahl Hija, es bufo que esté hablando contigo de estas cuestiones... Necesito dormir, y tú también. Que descanses.

No tuvo tiempo Ana de detener á su marido: tan rápidamente se zafó, y tan á la carrera desapareció por el pasillo que conducía á su despacho y dormitorio, cerrando con llave. La señora llamó á la puerta, primero muy suave, luego fuerte. Silencio dentro. Ana sintió algo parecido á humillación y recelo de que los criados acudiesen y se enterasen. Agobiada de inquietud y tristeza, volvió á su tocador. Ardían las bujías color de rosa, y un ramo de crisantemos blancos languidecía al borde de la psiquis. Ana se desnudó maquinalmente, y trocó su camisa de vestir por la de dormir, que la doncella había extendido sobre la cama. Ti-

ritaba, y creyendo que era de frío, se deslizó entre las sábanas y se acurrucó bajo el inmenso edredón de seda. Cerró los ojos, y al punto su valeroso espíritu formuló el problema con precisión terrible. El remedio único y soberano á que Alfonso había aludido, ¿cuál podía ser? Que Alfonso matase á Ramiro, ó Ramiro á Alfonso... Si el escándalo de la tertulia era imposible de borrar, la muerte del ofensor ó del ofendido bastaba, según las ideas admitidas en sociedad, para ahogar la risa mofadora y convertir en respeto el desdén... Todo era, en este caso, como en otros muchos, extraño é ilógico, ante el pensador, ante el hombre que raciocina; pero dado que no había de dirimir la cuestión un individuo que pensase rectamente, sino el conjunto de vulgaridades que forman la entidad llamada *mundo*, había que someterse, como á legislación de país salvaje, á la rutina tradicional... En el fondo de la historia latía algo que reclamaba sangre: la falsa apariencia pública respondía de la realidad secretísima, por nadie sospechada: el absurdo tenía su base, y el más paciente y sagaz de los dos enemigos había ganado la partida, pues, vivo ó muerto, su honor social, gracias á una aberración de ideas, á un cuerpo de doctrinas anticristianas, quedaba incólume.

De todas maneras, lo secundario era el por qué del duelo á muerte; lo de menos, aquella especie de involuntaria admiración que Ana sentía ante la perseverancia y el acerado temple del alma de Ramiro Dávalos. Lo esencial,

que su Alfonso, su marido, su amor, tenía que jugarse la vida, exponer al cañón de una pistola la frente y el pecho, recibir una cuarta de hierro en el corazón tal vez. La idea del peligro se presentó de repente, pavorosa, envuelta en visiones de espanto, que acosaban á Ana por medio de reminiscencias literarias y artísticas, escenas de dramas, tragedias y óperas; veíase, cual otra *Valentina* de los *Hugonotes*, corriendo á salvar á Raul; y también un cuadro de pintor contemporáneo, *El duelo interrumpido*, se destacaba ante sus ojos, ó mejor dicho, dentro de su fantasía: ella misma, Ana, la hija del opulento Monclares, en traje de baile, descotada, corría con zapatos de raso gris por la hierba húmeda, á la hora del amanecer, hacia un claro del bosque; mientras apretaba el paso, oía con horror dos palmadas y luego una detonación, repercutida por el eco... Quería gritar, y en su garganta no se formaba sonido alguno... Apresurábase más, jadeando y sobre la hierba divisaba tendido á un hombre... ¡Qué asombro! No era Alfonso, ¡era Dávalos! Una gran placa de sangre se extendía, al lado izquierdo, por la chumascada camisa. . . Y Ana, en vez de regocijarse, lloraba, lloraba lentamente, y sus lágrimas se confundían con la sangre y la borran, y mientras Dávalos abría los ojos y sonreía y la miraba con adoración, Alfonso recogía cortesmente del suelo un abanico de pluma.

La señora, sudando anhelosa, se enderezó en el lecho.

—¡Vaya una manera de soñar! ¡Y qué ab-

surdos! Serenémonos... Hoy no he de dormir en paz! Yo no quiero que á Alfonso me lo maten. No sé lo que haré, pero he de impedirlo. ¡Señor, Dios mío, alumbra mi razón! A él no le pido que no se bata; en primer lugar, sería quitarle la serenidad que necesita; y en segundo... verdaderamente ¿qué ha de hacer Alfonso? No va á darle al otro excusas, después de la gracia de anoche. Ni el otro las admitiría... ni á mí me gustaría que Alfonso las diese... ¿Qué harás, Ana? Pues tampoco es cosa de ir, como en los dramas, muy rebozada en el velo, á casa del adversario de mi marido... ¡Sólo faltaría! No perdamos la brújula... Hay un recurso; es muy vulgar, muy chabacano, muy tonto... pero surte efecto... á veces... Por desgracia... aquí no lo surtirá; sólo vale para casos en que no tienen ganas de verse frente á frente los duelistas. . . Y si Dávalos es vengativo, Alfonso no se ha de quedar atrás en ningún terreno; eso lo sé yo de sobra... Alfonso irá á donde le quieran llevar, é irá de frente; irá hasta el límite. De casta le viene... ¡Un la Cueva!

En medio de su agitación horrible, Ana saboreó cierto pueril orgullo, recordando la hidalga alcurnia de su esposo y enlazando esta idea con otras de dignidad y bizarría. Por las cortinas del gabinete contiguo á la alcoba se filtraba tenue rayito de claridad. La señora saltó de la cama, abrió las ventanas, volvió el grifo de su lavabo, y se lavó á chapuz el rostro y los encendidos ojos; recogióse el pelo sencillamente; se vistió un traje de mañana corto, de paño liso;

sacó del armario el Eucologio, el rosario y el gran velo de encaje, y se envolvió en él la cabeza, sin dejarlo pasar de los hombros, recogiendo bajo la garganta con un trébol de rubíes. Había calculado que el velo, colocado así, puede bajarse sombreando la cara, y tapar unos párpados cuyo matiz rojizo delata el insomnio y la aflicción.

Estos preparativos de tocador no se hicieron tan aprisa que los criados no empezasen ya á rebullirse por la casa adelante, y que no se oyesen en el patio interior resonar patadas de los caballos, que el cochero lavaba y almohazaba fuerte, pasos calmosos por el piso bajo y la cocina, y los primeros campanillazos tímidos de los proveedores, que madrugan á fin de no estorbar y dejar entregada su mercancía antes que empiece la faena del aseo de habitaciones y preparativos de almuerzo. La doncella debió de percibir que algo extraño sucedía en el cuarto de la señora: por su parte, el ayuda de cámara acudía al del señor, que ya estaba en pie, con batín, pero bien calzado y muy atusado de pelo. «Estas cartas al señor brigadier Antequera y al señorito Donato Cármenes... Ya estás allá. Que les despierten si duermen.»

Regino salió escapado, no sin pensar para su delantal de listas:

—¡Vaya un humor y un gesto que se trae hoy mi señorito!

Por su parte, la doncella, con el tono de extrañeza de un aya púdica que ve á una *miss* echar los pies por alto, decía á la esposa de Alfonso:

—¿Sale tan temprano la señora? ¿No quiere la señora que enganchen?

—Si quisiera lo mandaría—respondió impaciente la dama, mientras llenaba de dinero la bolsita de felpa y gamuza, y tendía la pierna para dejar abotonar las botas de suela doble. Minutos después bajaba la escalera sin ruido, y llegada á la esquina de la calle, observando que ya no podían verla desde las ventanas de su hotel, llamaba á un simón y saltaba dentro, diciendo al soñoliento auriga:

—A casa del señor gobernador de Madrid.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

Aunque arrancado de las sábanas á horas en que los trasnochadores apetecen y gozan el reposo, el recibimiento del gobernador no se sintió del mal temple que causa en el espíritu impresión tan poco grata. Desempeñaba por entonces el importante cargo un título, antiguo diplomático, algo literato y muy observador, hombre de exquisita cultura, el más á propósito para acoger bien á una dama en casos tales como el de Ana la Cueva.

Absorta en su preocupación y en sus terrores, la señora notó, sin embargo, que la sala donde la mandaron esperar revelaba hábitos delicados, gustos artísticos. Vió, sin querer verlos, los tapices descoloridos, las colgaduras rozagantes, los cuadros pocos en número, pero elegidos con inteligencia, de asunto simpático y célebres firmas; en una esquina el piano, abrigado por su charro mántón de manileña estirpe, y como para contrastar con la nota afeeminada del piano y las cortinas de seda, divisó

por las paredes trofeos de ricas armas, las azagayas caprichosas de los piratas joloanos y las emponzoñadas flechas de los pieles rojas, junto a los artísticos sables japoneses y las herrumbrosas espadas góticas, comidas de orín secular. Le hubiese sobrado tiempo á Ana para registrar el gracioso saloncito, pues el gobernador tardó en salir media hora bien larga. Y la señora no pudo quejarse del plantón, al ver que el marqués se presentaba atildado y limpio, resplandeciente de pechera y ceñido de bota, sin conceder más á la hora intempestiva que el batin de fina franela y la ligera chalina anudada alrededor del terso y alto cuello de la camisa.

Ana había mandado pasar su tarjeta, y la reverente inclinación del gobernador la probó que no tenía que habérselas con un fatuo, ni menos con un burócrata entontecido, sino con una persona de su misma esfera, con quien podía hablar sin miedo.

Desde el primer momento el funcionario adivinaba ó presentía para qué clase de asuntos podía venir á despertarle una señora de tan honesto porte. Así es que Ana habló á su talante, y el gobernador la oyó en silencio. Terminada la relación, él se aproximó algún tanto á la dama, de la cual se había mantenido á distancia muy cortés.

—Señora—dijo en tono casi confidencial,—yo creo que no necesito asegurar á V. que procuraré complacerla: además, tengo el deber de impedir que se lleven á cabo los desafíos; la ley

los prohíbe y hasta los castiga severamente. ¡Pero... siempre hay un perol

—Sí, ya comprendo lo que V. quiere indicar... Que una cosa está V. obligado á hacer en concepto de gobernador, y otra piensa V. como caballero. ¡Si á mí me sucede algo de lo mismo! Yo quiero que no haya lance, que V. lo estorbe: yo no puedo, no puedo transigir con que á Alfonso le hieran ó le maten. Y sin embargo, póngame V. en el lugar de Alfonso, y siento y procedo como él.

El gobernador, sin responder ni aprobar con la cabeza, sonreía enigmáticamente. Por fin, frunciendo apenas el entrecejo, se resolvió á descifrar sus palabras:

—No, señora... No es eso precisamente... Es otra cosa... mucho menos... La ruego á V. que no se disguste ni lleve á mal... ¡Cuánto lo sentiría! En substancia: el gobernador tiene el derecho y hasta el deber de impedir los duelos *serios*... Pero representaría un papel asaz desairado si se lanzase, con gran aparato de policía y guardia civil, á deshacer lo que ya está deshecho de suyo y á impedir que crucen las espadas dos personas... que maldito si las querían cruzar, aunque el gobernador no se lo impidiese.

Ana hizo un movimiento vivo, sublevándose é irguiéndose.

—En el caso presente, señor gobernador...

—¡Por Dios, señora! No es mi ánimo ofender ni con el pensamiento al señor la Cueva... V. no me ha enterado, ni es preciso, de las causas del lance... pero dice V...

—Digo y repito que las causas son de tal índole... que un hombre de honor... Y aunque no fuesen graves las causas... no tratándose de ningún muñeco...

Volvió la misma sonrisa, discretamente maliciosa, a jugar en los labios del gobernador, el cual se limitó á suspirar bajito:

—¡He visto tanto duelo!...

—¿Tanto duelo?

—Tanto conato de duelo, debí haber dicho.

—Pero qué, ¿no se realizan nunca? ¿No hay casos en que suceden... cosas... desagradables? ¿Heridas... muerte?

El gobernador posó en Ana una mirada sagaz, escrutadora, piadosa, comprensiva: una mirada que registró hasta los últimos senos el alma transparente de la mujer entusiasta, apasionada y exaltada en su amorosa fe.

—En las ocasiones en que ha de suceder eso que V. teme...—advirtió por último,—nuestra intervención sobra. Entonces los contrincantes están resueltos á batirse por encima de todo, y de no hacerlo en Madrid lo hacen en Segovia, y de no poderlo hacer en Segovia pasan la frontera y lo hacen en Francia... El odio es como el amor; desacata toda ley; las leyes escritas no van con él, señora. Por eso manifesté á V. que si el lance entre su marido y Ramiro Dávalos es serio, no está en mi mano evitarlo, y si no es serio, se evitará él solo... Y como lo segundo es lo que más á menudo pasa...

—No lo niego; pero yo no considero á Alfonso de... esa pasta que por lo visto abunda tan-

to—exclamó Ana con indicios evidentes de dolor y despecho.

—Lo creo, lo creo, estoy persuadido de que tiene V. razón—asintió el gobernador con urbanidad, que pudiéramos calificar de exagerada, á no parecer tan oportuna y tan impuesta por la necesidad.—Pero salvando y dejando aparte al señor la Cueva, á quien ni siquiera aludo, permítame V. que la pida un poco de indulgencia para los que no poseen esa tenacidad y esa resolución enérgica de su marido de V. Creo que V., en su fuero interno, califica con excesiva severidad á los duelistas frustrados, que son el noventa y nueve y medio por ciento de los duelistas!

—¿Según eso he de pensar que la humanidad se compone de cobardes?

—¡Por Dios, señora! ¡Compasión, una miaja de compasión para la pobre humanidad! El valor es multiforme. Hay clases de valor que todo el mundo... ó casi todo el mundo... posee; hay otras que es difícilísimo cultivar y afirmar en las horas críticas. En riña casi nadie se amilana: la sangre hierve, los nervios se alborotan y está uno hecho un Cid. ¡Pero V. no se imagina lo que es eso de dejar transcurrir horas; de aguardar en casa la llegada de los padrinos; de ir poco á poco perdiendo vapor, nervios y ánimo; de esperar á que otros decidan á qué distancia se situará V. del cañón de un arma de fuego; de saber que el adversario hace blancos y agujerea cartitas de baraja á tantos pasos como V. va á ponerse; de que así pasen días,

días en que se reflexiona sobre el precio de la vida y lo desagradable que sería un viaje á la sacramental...

Pálida y con los labios contraídos, Ana se agitó en el sofá sin notarlo. Recordaba haber oído que el hombre que la hablaba así había dado en alguna ocasión señales de bizarra entereza. Y sin meditar exclamó:

—No parece sino que V. ha ajustado su vida á esos principios.

—Señora...—pronunció él más rendidamente que nunca—agradezco la lisonja que envuelve ese argumento de carácter personal, y no debo ocultar á V. que no me exceptúo del número de los que no encuentran maldita la gracia á la perspectiva de la pistola enfrente.

Ana vibró al gobernador una mirada de fuego: sus facciones adquirieron la apasionada tensión que se advierte en las máscaras trágicas antiguas; inclinóse, y con voz honda preguntó:

—¿Qué, no se batiría V. teniendo que batirse? No fué necesaria contestación verbal. La cara, los ojos, la actitud serena del varón contestaron plenamente á la pregunta de la hembra. Fué uno de esos instantes en que el carácter sexual se afirma con más pujanza aún que en las manifestaciones eróticas. El sexo débil recordaba al fuerte su papel, y el fuerte respondía que estaba dispuesto á desempeñarlo, á justificar su tradicional dominio.

Y Ana, entonces, se puso en pie.

—Ya comprenderá V,—dijo ciñendo al talle

las puntas del velo é indicando un ligero saludo de despedida, que estimo á mi marido tanto, tanto... por lo menos... como á otro caballero digno de estimación. Y esto es lo que... precisamente... me... me preocupa... porque... temo... temo que...

—Serénese V., señora, dígnese tomar asiento hasta que se calme...—suplicó el gobernador, conociendo que por fin la valerosa mujer desfallecía y se entregaba indefensa á la emoción profunda.

Ana se dejó caer otra vez en el sofá, y cubrió un minuto los ojos con el pañuelo, sollozando, mientras el gobernador, en vez de importunarla con ofrecimientos de sales, éter, tila, consumados y demás reparos que se ofrecen al desfallecimiento femenino, se apartaba prudentemente, dejando pasar el acceso de natural sensibilidad, tanto tiempo reprimido. Conocía el *crescendo* de los afectos en semejante género de entrevistas, y nunca forzaba el tiempo ni excitaba la neurosis de las que allá para sí llamaba *sus penitentes*, con importunas exhortaciones y consuelos de brocha gorda. «No me pesa—calculaba al oír el anhelo de la reprimida congoja de Ana—no me pesa de lo que dije á esta infeliz señora tan joven y tan linda. La he preparado para el desencanto: así quizá la duela menos. ¡Una mujer honrada, y sobre honrada prendada de su marido, y sobre prendada llena de ilusiones romancescas! ¡Qué drama interior! Al lado de éste, vale un comino el que ha de desarrollarse sobre el terreno...

si es que se desarrolla..., que eso está por ver. Lo peor es que no habré conseguido quitarla de la cabecita la funesta idea de que se ha casado con el mismo Cid Campeador ó Bernardo del Carpio.»

Dominando ya su enternecimiento, levantábase Ana y volvía á despedirse.

— Me voy descorazonada...— indicó al gobernador, que se inclinaba con el más halagüeño respeto.— Usted nada hará para impedir que se realice el desafío.

— Señora, afirmo á V. del modo más terminante y más expícito que haré todo, todo lo humanamente posible, se entiende. Ahora mismo voy á tomar mis medidas, y si V. vuelve á llorar, al menos no será por mala voluntad ó por negligencia mía. Ruego á V. que acepte mi promesa formal, y la considere insignificante muestra de lo que agradezco haber tenido la honra de saludarla... siquiera lamente el motivo.

Cuando Ana volvió á entrar en su hotel, oídas fervorosamente dos misas, eran las diez y media de la mañana; más bien las once.

— ¿Hay alguien con el señorito?— preguntó con afán al portero.

— Sí, señora... El señor brigadier Antequera... el señorito Cármenes... y otros dos más que han pasado tarjeta, desconocidos; nunca los vi.

VI

Quien no haya asistido á los preliminares de un desafío, no puede adivinar ni siquiera inferir la peregrina jurisprudencia y la enrevesada casuística que los rodea y acompaña. Ello es que el verdadero desenlace de un lance de honor no pende del momento en que los adversarios se ven frente á frente y con las armas en la mano, sino de esas horas laboriosas en que cuatro hombres, ajenos al interés secreto que impulsa á los duelistas, ajusten las condiciones del encuentro y echan en la balanza de la suerte el peso de su carácter, de sus convicciones, de sus preocupaciones y hasta de su estado físico, que puede inclinarles más ó menos á las soluciones belicosas. Al duelista, por punto general, no le mata nunca su contrario, sino sus testigos; ni le deshonra su propia flaqueza, sino la ineptía de ellos, y la complicidad moral, que ante las personas honradas (aunque no lo sean sino á medias), tienen prevenida para todo des-

si es que se desarrolla..., que eso está por ver. Lo peor es que no habré conseguido quitarla de la cabecita la funesta idea de que se ha casado con el mismo Cid Campeador ó Bernardo del Carpio.»

Dominando ya su enternecimiento, levantábase Ana y volvía á despedirse.

— Me voy descorazonada...— indicó al gobernador, que se inclinaba con el más halagüeño respeto.— Usted nada hará para impedir que se realice el desafío.

— Señora, afirmo á V. del modo más terminante y más expícito que haré todo, todo lo humanamente posible, se entiende. Ahora mismo voy á tomar mis medidas, y si V. vuelve á llorar, al menos no será por mala voluntad ó por negligencia mía. Ruego á V. que acepte mi promesa formal, y la considere insignificante muestra de lo que agradezco haber tenido la honra de saludarla... siquiera lamente el motivo.

Cuando Ana volvió á entrar en su hotel, oídas fervorosamente dos misas, eran las diez y media de la mañana; más bien las once.

— ¿Hay alguien con el señorito?— preguntó con afán al portero.

— Sí, señora... El señor brigadier Antequera... el señorito Cármenes... y otros dos más que han pasado tarjeta, desconocidos; nunca los vi.

VI

Quien no haya asistido á los preliminares de un desafío, no puede adivinar ni siquiera inferir la peregrina jurisprudencia y la enrevesada casuística que los rodea y acompaña. Ello es que el verdadero desenlace de un lance de honor no pende del momento en que los adversarios se ven frente á frente y con las armas en la mano, sino de esas horas laboriosas en que cuatro hombres, ajenos al interés secreto que impulsa á los duelistas, ajusten las condiciones del encuentro y echan en la balanza de la suerte el peso de su carácter, de sus convicciones, de sus preocupaciones y hasta de su estado físico, que puede inclinarles más ó menos á las soluciones belicosas. Al duelista, por punto general, no le mata nunca su contrario, sino sus testigos; ni le deshonra su propia flaqueza, sino la ineptía de ellos, y la complicidad moral, que ante las personas honradas (aunque no lo sean sino á medias), tienen prevenida para todo des-

fallecimiento del ánimo. Forzosa consecuencia del primer absurdo, que consiste en fiar á la ajena custodia cosa tan personal é íntima como la defensa de la honra y conservación de la vida, de la cual nó somos mas que depositarios, no dueños.

En el asunto de Alfonso, desde el primer momento tuvo el debate caracter especialísimo. Fueron los que en él intervinieron, no *padrinos*, sino *testigos* verdaderos, con restringidísimos poderes, ya que los adversarios, por razones que conocemos, no les hacían jueces de los motivos de la cuestión, sino reguladores de sus trámites.

Al llamar Alfonso al expertísimo brigadier Antequera y á Donato Cármenes, especialistas en duelos correctos y bien llevados, notó en la cara de los dos testigos que sabían perfectamente el *por qué*. Ninguno asistió la víspera á la tertulia de Lanzafuerte; pero sin duda algún tertuliano, yendo á concluir la noche en el Casino, la Peña ó el Veloz, había encontrado á los amigos de Alfonso, faltándole tiempo para enterarles del escándalo. Y la rabia de la impotencia se apoderó de la Cueva al comprobar lo bien tendida que estaba la red de su enemigo. En cualquier caso, vencedor ó vencido, el afrentado era él, Alfonso.

—Creo—dijo á sus testigos—que poco tardarán en presentásemme las personas que designe Dávalos. Puesto que ustedes están conformes en representarme, así que vengan esas personas las enviaré á que se entiendan con ustedes,

ó las citaré aquí á una hora en que ustedes puedan acudir. Mis instrucciones...—Alfonso vaciló un poco—mis instrucciones son... que se avengan ustedes á las condiciones y armas que fijen los testigos de Ramiro. La cuestión no tiene arreglo fácil, porque á la salida de casa de Lanzafuerte se han cruzado entre nosotros palabras muy gordas é injuriosas, y hasta se alzó un brazo para herir una mejilla y hubo un puño que lo sujetó. Y como fui yo quien amagó el bofetón—total lo mismo que si lo diese—resulta que es Ramiro el ofendido, y pasaré por lo que él indique.

Hicieron los testigos las acostumbradas objeciones, formulando el inevitable alegato en pro de la avenencia; pero conociase que sus frases las dictaba una rutinaria obligación, y no el convencimiento, que presta vigor sustantífico á la palabra humana. Incapaces de entender la clave del enigma, sentían que un esposo ultrajado de tal manera y tan en público, ni podía avenirse, ni conformarse. Al oír á Alfonso declarar que el ofendido era Ramiro, lo traducían como astuta prevención para despistarles, si fuese posible. Y ya se levantaban, preocupados, Cármenes mordiendo el bigotillo, el brigadier frunciendo el entrecejo y tosiendo con afectación, cuando sonó en la verja un campanillazo seco y hostil, y el criado pasó las tarjetas de los señores conde de Alén y D. Pedro Ordóñez de Lara.

—Los tenemos ahí—murmuraron los testigos sentándose otra vez y tendiendo la mano al

cajón de puros abierto sobre la mesa ministro de Alfonso.

Y éste, al enhebrarse por la puerta que comunicaba con el cuarto de baño, advirtió soltando la cortina:

—Recuerden Vds. lo dicho... Acepten las condiciones, y no pongan dificultad ninguna, por fuertes que parezcan.

El tiempo que tardaron en entrar los testigos de Dávalos, bastó á los de Ramiro para fijarse en el retrato de Ana que adornaba, en lugar preferente, el escritorio de Alfonso. Rodeaba la fotografía un bonito marco de fulgurante *strass*, y Ana aparecía sencillamente ataviada, el hermoso pelo negro recogido en lo alto de la cabeza por medio de un agujón de pedrería, la nuca juvenil descubierta, las finas y expresivas facciones bien acusadas por el claro oscuro, y en el busto, donde ya se desvanecían los contornos del traje, una rosa detallada con primor, una rosa gentil y erguida no menos que su dueña.

—La verdad es que es *de buten*,—dijo con fatuidad Cármenes, fantaseando planes de porvenir y segundas mesas deliciosas.

—Sí, buen bocado—gruñó el austero brigadier,—pero que todas han de ser cortaditas por un patrón! ¡Mientras no se restablezca la jurisprudencia antigua y se las azote por mano del verdugo, puestas á horcajadas sobre un asno, darán estas malditas que sentir á los hombres decentes y que reir al demonio!

Mientras deliberaba el consejo de los cuatro,

Alfonso esperaba en su cuarto tocador, inmediato al de baño, donde por de icadeza no había querido permanecer, pues corría el riesgo de oír lo que se platicase. Aficionado á una pulcritud británica y á estar en los apices de la comodidad, Alfonso tenía su tocador, no como el de una dama, sino como el de un hombre refinado é inteligente en las artes del bienestar y el lujo. Un ropero con tres secciones, de lunas hábilmente combinadas, hacía frente á un diván de masaje cubierto por muelle revestimiento turco. El lavabo, de mármol rojo con grifos de plata, era muy amplio, y en sus tabletas se alineaban en orden de batalla, de mayor á menor, las esponjas, los cepillos, las tijeras inglesas, los frascos de colonia y vinagre, los limpiaoidos y los menudos y relucientes chirimbolos con que se completa el aseo de la dentadura y el pulimento de uñas y piel. El tocador, severo y sin faraloes, lucía un complicado surtido de peines de pelo y barba, toallitas, frasquetes, brochas y espejillos de formas raras, señal del esmero con que era atusado aquel pelo negrísimo que desordenaban luego las manos cariñosas de una mujer ciega de amor.

Dejóse caer Alfonso en la butaca donde solían peinarle, y exhaló un suspiro, reconociendo que se encontraba quebrantado de espíritu y cuerpo, que sentía el madrugón y la toledana noche, amén de las emociones borrascosas del dichoso sarao de Lanza fuerte. Allí que nadie le veía; allí que no se necesitaba mantener la serena actitud que imponen los preparativos de

un duelo, Alfonso podía dejar caer los brazos y confesarse á sí mismo... al otro Alfonso que se reflejaba en el espejo triple... que lo del duelo... tal cual él lo comprendía—preparado, combinado y puesto en escena por Dávalos con la destreza y la picardía y la vengativa sorna de un agraviado rencoroso...—era, en puridad y dejándose de farsas... una broma pesadísima, una locura, una contrariedad de marca mayor, una teja que le caía sobre la cabeza á un hombre completamente feliz la víspera de tan impertinente asunto.

Quizá la vista del tocador fuese lo que le sugería estas desagradables reflexiones. Alfonso había deseado mucho, cuando soltero, procurarse una instalación así, de un *comfort* sólido y extremado; y ahora, con su casamiento, este sueño y otros más se realizaban, y formaban á su alrededor esa atmósfera grata y tibia que infunde voluntad de vivir.—No tachemos á Alfonso de interesado coburgo: no amaba en su mujer el dinero: la amaba con su caudal, pero en su persona, en toda su hermosura honesta y fresca, que como huerto cerrado y sellada fuente, sólo el dueño poseía. La riqueza y la ventura, dentro del ambiente gratisimo que le cercaba, eran cosas tan inseparables, que Alfonso no las distinguía: de ambas reunidas se formaba aquel estado envidiable, aquel puerto de reposo donde creyó haber anclado y de donde le arrancaba ahora el huracán. Sus planes de vida de familia, sociable, recta y decorosa, sus sueños de paternidad y de ale-

grías babosas, mezcladas con dulces angustias de sarampiones, escarlatinas y otras plagas infantiles; su resolución de agotar el amor conyugal como se agota una copa colmada de vino puro, rancio y sabroso... ¿dónde iba todo? ¿qué probabilidades tenía de llegar á gozarlo? ¿Qué esperanzas de dilatar los años para prolongar las dichas, y qué garantías de tranquilidad, si le acechaba en la sombra aquel vengador de romance y drama, aquel hermano sediento de sangre y de ignominia?

La víspera recordaba Alfonso que su dolor fué de otro género: celosa rabia, en los cortos instantes que sospechó de su mujer. Hoy, convencido ya y desengañado de la diestra estratagemata de Ramiro, lo que sentía no era furia, sino postración, abatimiento, desgana, repulsión, zozobra inexplicable, algo como trío que le serpeaba sutilmente por las venas. Confundiendo la impresión moral con la física, prendió una cerilla en el mechero de alcohol siempre encendido, y la aplicó á la chimenea de gas, que al punto resplandeció con intensa claridad reverberada en la bruñida placa del fondo. Arrimóse al foco tibio, y tendió las manos con un ¡brr! de estremecimiento profundo.

Desde su butaca percibía el rumor de las voces: sin duda hablaban entonces un poco más alto los testigos. No distinguía las palabras: sólo le llegaba el rumor, entrecortado por largos silencios. Sintióse Alfonso irritado, nervioso, y se cogió la cabeza con las manos, por repeler los informes sonidos que no entendía. Allí

se estaba decidiendo su destino; allí se le estaba sin duda sentenciando á hacer cualquiera barbaridad enorme, como si no fuese estúpido matarse con un individuo á quien no queremos mal, y cuya hermana era muy linda... ¡ó muy fácil... antaño. Sí, allí se estipulaban, una pierna sobre otra, entre veguero y veguero, condiciones de esas que para los demás se pactan con suma frescura, y que, no obstante, son á todas luces un resto de barbarie, y hacen del duelo un asesinato... Que á veinte pasos, avanzando... que disparar cuantos tiros hagan falta hasta que uno de los adversarios se inutilice... ¡Inutilizarse! La palabreja la leía ahora Alfonso con letras rojas sobre la placa dorada de la chimenea... *Inutilizarse*, ¡vocablo hipócrital Equivalés á caer de bruces dando antes la terrible voltereta de la lesión traumática mortal; equivales al frío del acero penetrando en un corazón que latía lleno de juventud y salud y amor; equivales al agujero en la cabeza, por donde asoman fragmentos de masa encefálica; equivales al brazo que cuelga inerte, á la pierna que se desangra, al ojo que se vacía, al rostro que se desfigura, todo lo que horripila y consterna, todo lo que sabe al alma como al paladar el zumo del ajeno.

Tales cosas vió Alfonso en la claridad de la chimenea, que su cara palideció, sus pupilas se dilataron, y una constricción intolerable bajó de su epigastrio á sus riñones... Y en aquel momento de agonía, cuando imperceptible sudor brotaba de sus cabellos, cuando una voz cruel

y burlona le murmuraba dentro del cráneo:
—Lo que tú tienes se llama miedo en todas partes...

Ana, entrando por una puertecilla interior, vestida aún con el traje de su correría matinal, se lanzó á él exclamando alarmada:

—Fonsín, ¿qué te pasa? Pareces un cadáver...
Mírame... Pero, ¿qué es eso? Estás malo, muy malo...



VII

—Si no tengo nada... tú ves visiones, hija.

Y Alfonso, estimulado por la presencia de su mujer, se incorporó, se rehizo, enderezó el cuerpo, hasta sonrió.

—Allí están esos señores—añadió señalando á la puerta del cuarto de baño. Hace un rato que conferencian, y es fácil que de un momento á otro salgan, por lo cual debes subir á tus habitaciones y esperarme allí.

—¿Irás á decirme...?

—Sí; mi palabra.

—¿Pero todo? ¿Sin ocultar cosa ninguna?

—Todo absolutamente. Te seré franco: si desde el primer momento te hubiese podido callar esta zambra... mejor para los dos. Como ya estás impuesta en lo principal, no hay razón... Oye—continuó, observando el atavío de Ana—¿á dónde has ido tan de madrugada tú?

—A rezar—contestó intrépidamente la dama, que no mentía.—A pedir á Dios. ¿Ya ves que en ciertas ocasiones!...

Dióse Alfonso por satisfecho con la explicación, y haciendo alarde pueril y fanfarrón de escepticismo, murmuró:

—Pues ya se ha salvado el país... ¡Anda, Nitís, criatura, sube .. andal!

—¿De veras no estás enfermo? Al entrar, juraría...

—¿Qué había de estar enfermo? ¡Vamos, no digas ridiculeces! ¡Enfermo! Arriba, feúcha, tonta... ¡Por los clavos de Cristo... que van á encontrarte esos señores!

Ana subió preocupada, rumiando una aprensión indefinible, pareciéndole que volvía á ver á su Alfonso, tan desencajado, con aquel color de muerto, aquel extravío en los ojos, aquella postración en la actitud...

Su retirada fué oportuna: aún no habría empezado á dejarse quitar las horquillas del velo, cuando el criado avisó á la Cueva de que acababan de retirarse el señor conde de Alén y el señor Ordóñez, y que los señores de Antequera y Cármenes le aguardaban.

Procurando caminar con paso resuelto y firme, dirigióse Alfonso á su despacho, y á fin de aparecer todavía más fresco é indiferente, al entrar, en vez de formular la pregunta que le importaba, fué derecho al cajón de puros y dijo entre dientes:

—¡Carambal! El caso es que no me acordé de llevarme uno cuando salí...

Llamóle la atención la cara de sus testigos, que la tenían mitad asombrada, mitad satisfecha, cual si les hubiesen quitado de encima

grave peso; y como se oyen las voces que en sueños nos interpelan, oyó resonar la de Donato Cármenes:

—Chico... ¿Sabes que va á sorprenderte el giro que ha tomado la cuestión? Es decir, á tí puede que no te sorprenda tanto como á nosotros... porque, naturalmente, estás en todos los antecedentes posibles...

Aquí el acento de Cármenes adquirió ciertas inflexiones de ironía.

Alfonso, tendiendo el oído, queriendo reprimir el interior anhelo, preguntaba con los ojos. El brigadier casi parecía mohino; Cármenes iniciaba sonrisas de desenfado y mostraba tendencias á la broma.

—Verás: tú nos habíais dicho que el lance, según todas las probabilidades, sería á muerte; que Ramiro daría á sus padrinos instrucciones de proceder á raja tabla, y que nuestra misión era aceptarlas y ajustarnos á ellas... sin discutir las. Pues, hijo, en esa intención estábamos, pero suponte tú que nos salen con la pata de gallo siguiente: Ramiro comprende que anoche, cuando cuestionasteis, al salir del tresillo de la Lanza, ibas tú acalorado; que él te sujetó el brazo antes de que llegases á darle el bofetón, y como demostró con eso que pudo darte otro si quisiese, no hay verdadera ofensa; que sin embargo está á tu disposición si deseas bairte, y que entonces aceptará tus condiciones, sean como sean. No ha pasado ni más ni menos. ¡Ah! Y que si no tienes empeño en llevar adelante la cosa, se firmará un acta. Como es

natural, dijimos que lo consultaríamos contigo, pues ignorando si había algo más entre vosotros que la gresca de la calle, no podíamos resolver así de buenas á primeras. Tú dirás.

—Usted dirá: nadie más que usted puede decir,—confirmó Antequera, siempre fosco y hueraño.

Alfonso tardó en responder. Los oídos le zumbaban; la sangre se le agolpaba al corazón, y de allí subía á la cabeza congestionándola; su lengua seca impregnaba de pegajosas hieles su paladar. Comprendía... ¡Demasiado que comprendía! Ramiro ya no aspiraba á matarle: lo que quería era cubrirle de ignominia y de baldón; amancillarle primero en su honor de esposo, y dejarle luego estampada la nota de infamia del que no ha pretendido borrar la mancha y volver por su dignidad en la única forma que en su aberración admite y sanciona el mundo. La hipócrita actitud de Ramiro era un prodigio de pérfida habilidad: semejaba respetuoso homenaje á Ana, deseo de evitar mayor escándalo, de no herir á una señora, cuando realmente era nueva emboscada contra Alfonso, y emboscada de tal índole, que de ella tenía que salir ó desprestigiado ó muerto.

Lo conoció perfectamente la Cueva, y conocerlo fué su castigo. Un solo camino decoroso le quedaba abierto, y era exclamar: «Vayan ustedes y díganle á Alén y á Ordoñez que quiero duelo, hasta que Ramiro ó yo nos inutilicemos de verdad.» Pero en vez de estas palabras, sa-

lieron de sus labios otras, dictadas por la victoriosa naturaleza: «Déjenme ustedes pensarlas unas horas... Les avisaré á su casa. Gracias por todo, ¿eh? Es cosa de reflexionar, como ustedes conocen».

—De reflexionar... de reflexionar... ¡Carabine-rol! ¡Maldito si vale un pepino en estas cosas la reflexión!—masculló el brigadier.—Son del primer instante, y si no... En fin, usted sabrá ..

—Cada uno sabe dónde le apreta el zapato—respondió mostrándose amostazado Alfonso.

—Pero, Antequera—decía Cármenes á la salida, riendo ya francamente:—V. parece un tes- tigo de comedia, de pieza por horas. Empeñado en que á Alfonso le ensarten...

—¡Hombre! ¡Por vida! Me parece á mí que después de lo que hizo Dávalos con la señora de la Cueva...

—¡Chs! Si eso *no lo sabemos*...

—¿Que no lo sabemos? ¡Carabine-rol real! ¡Pues no dijeron anoche que allí, á la vista de todos!...

—¡Bah! ¡Si eso *nunca se sabe!*... Cualquiera pensará que ahorita mismo viene mi brigadier de los montes de las Amezcoas.

—Allí me dan ganas de meterme ermitaño cuando veo ciertas cosas. ¡Por vida! ¡Carabine-rol real!

Solo ya Alfonso, á la manera del banquero que próximo á declararse en quiebra hace balance exacto de sus haberes, calculó la provisión de energía y fuerza con que contaba, y espantado y trémulo vió que no podía alcanzar-

le para hacer frente á la pavorosa situación.

Su terror fué doblemente profundo, al recordar que la víspera se sentía lleno de acometividad fiera, y la perspectiva del lance le enardecía y exaltaba. Es que entonces se creía ofendido, traicionado, vendido, despojado del amor de su esposa: hoy, sabiendo que de la traición sólo vanas apariencias existían, el rencor se apagaba, la saña extinguíase en su espíritu, y quedaba sólo en pie el deseo de disfrutar largos años la hermosa vida y de conservar íntegros el cuerpo y la salud. Si al menos Ramiro insistiese, apretándole y constriñéndole á aceptar el empeño, ¡qué remedio entonces! sería preciso ir derecho al campo, aceptar la flaqueza y entregarse cerrando los ojos al peligro... Lo que desfallecía en Alfonso era la voluntad; lo que se relajaba, era la fibra de la iniciativa; lo que tenía enfermo era el carácter. Analizando en aquella suprema hora su estado moral, Alfonso reconocía que si fuese soldado, la subordinación le llevaría á arrostrar la metralla; que si fuese obrero, con su escuadra descendería á la mina; que si fuese marinero, subiría á las gavías; que, en suma, dirigido, mandado y desplegando otros la voluntad de que carecía él, era posible que saliese con lucimiento de las grandes pruebas. Mas siendo él mismo quien tenía que desarrollar la fuerza misteriosa de la volición, que es como la virilidad del espíritu, Alfonso notaba con humillante dolor la vergonzosa deficiencia, la postración invencible, la incapacidad absoluta,

irremediable... para decirlo pronto: la afrentosa *cobardía*.

Hundido en un sillón; puestos los codos sobre la mesa; caída la cabeza en las manos; clavadas las uñas en el pelo, la Cueva pasó algunos instantes horribles, mil veces peores que los que se pasan al frente de la pistola apuntada ó del florete esgrimido por mano maestra... Entre sus dedos rezumó un licor salado y amargo; y levantándose de repente, más blanco que su camisa, murmuró casi en voz alta: «Lo único que me faltaba era llorar.»

Fué á apoyarse en la chimenea. El sol hería ya con sus cálidos reflejos los recortados arbolillos del jardín; abrió la ventana y respiró lleno de placer. En suma, ¿por qué se apuraba de tal manera? Ciertamente que se había divulgado lo de casa de Lanzafuerte; pero la sabia y honesta conducta de Ana borraría bien pronto esa mala impresión. Novios como eran, se irían á París; entretendrían allí el invierno, y al regresar estarían agotados los comentarios, y el incesante remolino de la vida cortesana se habría tragado el incidente como leve arista. ¡Qué de escandaleras, qué de alborotos de un día ó una hora, hasta de una semana ó de un mes, había visto Alfonso desaparecer, borrarse, difumarse entre las nieblas del olvido, mientras la rueda social daba rápidas vueltas y el bullicio, con su perpetuo rum rum, cubría gritos, ayes, imprecaciones y carcajadas!

El tiempo era el médico soberano para estas cosas. Nuevas comedias y tragedias quitaban

del cartel las antiguas. La frivolidad condenaba las evocaciones del pasado, y el buen gusto ponía el pedal para apagar todo estrépito. Lo único que el transcurso de los años no podía curar, era una estocada á fondo ó un balín en la sien. ¡Morir! El ataúd, los cirios de la capilla ardiente, la cama imperial, los responsos, las fúnebres salmodias, el carro empenachado, Ana de crespón negro, Ana á los dos años de lila, blanco y gris, volviendo al mundo, festejada, galanteada otra vez, alegre, linda!

Alfonso se sentó de nuevo á la mesa y escribió á sus testigos. Acaso Ramiro tuviese razón: ofensa no la había: tratábase de una quimera, dos ó tres palabras fuertes, en substancia, nada entre dos platos... Autorizábales para redactar el acta, dejando á salvo el honor... Esto en el supuesto de que el Sr. Dávalos persistiese en brindarse á un arreglo decoroso por ambas partes, y no exigiese retractaciones, ni más concesiones que las mutuas.

VIII

Enviada la carta, Alfonso sintióse regocijado y dolorido á la vez: respiró primero ruidosamente: luego, opresión inexplicable le apretó el pecho y los pulmones. Como subía la escalera que conducía á las habitaciones de su mujer, atribuyó al sobrealiento aquel singular ahogo.

Ni en el saloncito ni en el gabinete estaba Ana. Tampoco la encontró en la gran alcoba, ni en el cuarto tocador. Ocurriósele entonces que podría estar en un aposento espacioso, con vistas al patio, donde la señora de la Cueva tenía algunos libros, estantes, plantas, flores, un costurero incrustado de nácar. Era aquella habitación, para Ana, especie de retiro, al cual cada día agregaba algún mueble á su gusto, algún armario cómodo, algo que no tenía cabida en las demás. Alfonso entraba rarísima vez allí, y advirtió una gran emoción, casi un sacudimiento, cuando al empujar súbitamente la puerta sorprendió á Ana arrodillada ante un

del cartel las antiguas. La frivolidad condenaba las evocaciones del pasado, y el buen gusto ponía el pedal para apagar todo estrépito. Lo único que el transcurso de los años no podía curar, era una estocada á fondo ó un balín en la sien. ¡Morir! El ataúd, los cirios de la capilla ardiente, la cama imperial, los responsos, las fúnebres salmodias, el carro empenachado, Ana de crespón negro, Ana á los dos años de lila, blanco y gris, volviendo al mundo, festejada, galanteada otra vez, alegre, linda!

Alfonso se sentó de nuevo á la mesa y escribió á sus testigos. Acaso Ramiro tuviese razón: ofensa no la había: tratábase de una quimera, dos ó tres palabras fuertes, en substancia, nada entre dos platos... Autorizábales para redactar el acta, dejando á salvo el honor... Esto en el supuesto de que el Sr. Dávalos persistiese en brindarse á un arreglo decoroso por ambas partes, y no exigiese retractaciones, ni más concesiones que las mutuas.

VIII

Enviada la carta, Alfonso sintióse regocijado y dolorido á la vez: respiró primero ruidosamente: luego, opresión inexplicable le apretó el pecho y los pulmones. Como subía la escalera que conducía á las habitaciones de su mujer, atribuyó al sobrealiento aquel singular ahogo.

Ni en el saloncito ni en el gabinete estaba Ana. Tampoco la encontró en la gran alcoba, ni en el cuarto tocador. Ocurriósele entonces que podría estar en un aposento espacioso, con vistas al patio, donde la señora de la Cueva tenía algunos libros, estantes, plantas, flores, un costurero incrustado de nácar. Era aquella habitación, para Ana, especie de retiro, al cual cada día agregaba algún mueble á su gusto, algún armario cómodo, algo que no tenía cabida en las demás. Alfonso entraba rarisima vez allí, y advirtió una gran emoción, casi un sacudimiento, cuando al empujar súbitamente la puerta sorprendió á Ana arrodillada ante un

reclinatorio, oculta la cabeza en las manos, en actitud de anonadada plegaria; y al incorporarse la señora, vió sus mejillas encendidas como de haber llorado mucho, y su cara descompuesta por el espanto.

Fué Alfonso derecho á su esposa, y tomándola en brazos tiernamente, con risa húmeda de gozo, con esa efusión del hombre que sabe y siente que por él sólo ha implorado la mujer á su Dios, la dijo muy quedo, al oído casi:

—Ea, á serenarse, á no lloriquear, á pensar en el almuerzo... Ya se acabaron los sustos. Todo arreglado...

Y como la dama le mirase fijamente, atónita, sin comprender:

—Arreglado... á satisfacción, sin tropelías... sin paseito al terreno... ¿No entiendes? ¡Tontinal! Que ya no se bate Fonso... tu Fonso, el Fonso de Nitis la fea...

En vez de abandonarse al abrazo conyugal, Ana se enderezó rígida, y haciéndose un poco atrás, apoyando las palmas en los hombros de la Cueva, preguntó ansiosamente:

—Pero... ¿qué? ¿cómo? No entiendo... Haz el favor de explicarme bien... ¿Que no hay lance?

¿Es eso?

—Eso es.

—Y... ¿cómo pueden no haberlo?— insistió Ana sin reflexionar lo que decía, notando que se alteraba su voz al formular la pregunta.

—Hija...— articuló Alfonso con extrañeza; —porque... porque las cosas... se han presentado bien, y Ramiro...

—Ramiro... ¿qué?

—¡Ha... dado... explicaciones!

—¿Explicaciones? ¿Qué explicaciones? ¿A quién?

—¡Voto á cribas!— exclamó él, ya más alterado que confuso.— ¿A quién había de ser, hija del alma? A mis padrinos, por medio de los suyos.

—Pues aún no lo entiendo— declaró Ana enérgicamente, ya plantada fuera del círculo de los brazos de su esposo.

—Naturalmente que tú no has de entender estas cosas de duelos, hijita; ¡bueno fuera que las entendieses! Por lo mismo, cuando yo te digo que el asunto se arregla, me parece que no hay razón para que te asombres de ese modo. Hasta lo encuentro... ¿sabes tú? un poquitillo feo: cualquiera pensaría que deseabas verme... ir... al terreno... á que...

Tan pronto como hubo dicho Alfonso, con risa amarga, estas palabras antipáticas y mezquinas, pesóle de ellas, y diera gustoso algo bueno por no haberlas pronunciado. Vió que, al encendimiento causado por las lágrimas, sustituía repentina palidez, y que Ana, sin desplegar los labios, le hincaba en la conciencia un mirar escrutador, fijo, hondo, elocuente, terrible. Bajo aquel mirar, Alfonso se sintió tan cohibido como aquel á quien desnudan y obligan á descubrir y patentizar la fealdad de su cuerpo, que antes ocultaba la ropa. ¡Horrible caso! Ana le veía la vergonzosa lacra, la parálisis de la voluntad, mutilada y sin alientos para la

acción reparadora! Y mientras su mujer, antes sofocada, palidecía, Alfonso, inmóvil, sentíase enrojecer hasta la frente, como si le sumergiesen poco a poco en un baño de agua hirviendo. Y el silencio se prolongaba, penoso, abrumador, cargado de pensamientos y de revelaciones, sin que Ana rompiese á hablar, sin que Alfonso se atreviese á articular una sílaba.

Por fin, él fué quien quebrantó, torpe y balbuciente, el doloroso mutismo. Según práctica general de los que no pueden defenderse con razones, acudió á las obras, y se acercó á Ana, demostrando cariño y rodeándola el talle para atraerla á sí, mientras murmuraba:

—Vamos, hija... perdona... Me has sacado de mis casillas... ¡Está uno nervioso... y tampoco se puede negar que las señoras mujeres sois bien raras! ¡Te me pasas la noche sin dormir y la mañana afligiéndote; te encuentro hecha una Magdalenita, pidiendo á todos los santos que no le suceda nada á tu niño... y vengo á enterarte de que nada le pasará, y me recibes como á un perro! El diablo que os entienda... ¡Qué, ya no me quieres? Se me figura que te apartas...

—No—respondió ella, que en efecto se apartaba;—hijo, es que estoy así... sobrecogida... Déjame un poco... ¿eh? Necesito reponerme...

—¡Ahora me echas? ¡Eso faltaba!

—¡Echarte? ¡Qué cosas dices! Quédate si quieres...

—¡Si quieres tú... sí que me quedaré!

—A la verdad... me duele la cabeza de un modo espantoso: tengo un jaquecón... No vale

nada, ya pasará... pero voy á acostarme y á cerrar las ventanas... Acaso sea falta de sueño.

Y saliendo del cuarto, Ana se dirigió á su dormitorio. Alfonso la seguía; pero la señora iba tan aprisa, que cuando el esposo llegó á la puerta, sintió el ruido del pasador que corrían por dentro. Dudó la Cueva si deb'a ó no respetar la consigna: por último, suspirando, bajó la escalera lentamente, calculando que á la hora del almuerzo se reuniría con su mujer. No obstante, cuando sonó tan apetecida hora, y Alfonso, de pie, ante la coquetona mesita que alegraba un macizo de violetas y rosas tardías, y donde sonreía en el cristal el claro sol de invierno, esperaba á Ana para sentarse y honrar la tortilla francesa y los riñones al Jerez, el criado de comedor se le acercó, y cuchicheó con cierto misterio:

—De parte de la señora, que almuerce el señor, que la señora no puede bajar: está descansando.

Alfonso calló y apenas tocó á los platos que le sirvieron. Era la primera vez, desde su casamiento, que almorzaba solo. Algo duro le apretaba la garganta, y el comedorcito, tan gracioso, tan lleno ya de memorias, tibio aún por los effluvios del amor que poblaban su ambiente, se le figuraba una tumba. Levantóse antes del café, y se retiró á su despacho.

Las horas pasaban con lentitud insufrible, sin que ningún ruido animase los ámbitos del hotel. Alfonso, encendiendo cigarro tras cigarro, ya paseaba, ya quería abrir un libro ó un

periódico; ya se apoyaba de codos en la ventana, ya mudaba de sitio un cacharro, un bronce, una silla. Sus paseos acababan siempre al pie de la escalera interior, de caracol, cuyos peldaños encerados solían crujir bajo el noble peso del cuerpo de Ana, cuando bajaba á sorprender á su marido, á revolverle el despacho, á traerle la alegría y el mimo de su ternura juvenil. La escalera también permaneció muda: ningún rumor salía del piso alto.

A cosa de las tres y media, hízose tétrica para Alfonso la espera y la soledad. Llamó al timbre, y mandó que se le dijese á la señora que ya era hora de paseo, que pronto estaría lista la berlina, que la tarde era magnífica, que no tendría frío, que se abrigase, sin embargo... El criado volvió de allí á poco, entre malicioso y cariacontecido: no se podía pasar el recado, porque era orden expresa de la señora que la dejasen reposar... El marido miró hacia la escalera, y un momento pensó subir, forzar puertas, provocar explicaciones, reconquistar con un golpe de audacia su sagrada monarquía... Mas cuando deliberaba si poner por obra semejante resolución, un hielo paralizó sus piernas; una vergüenza interior le detuvo; no acertaba á analizar sus sentimientos, ni por qué le sujetaban así al piso, y sería necesario que alguien más sagaz, alguien hecho á discernir sentimientos y á encadenar los hechos en demostración de la lógica de las leyes morales, le dijese al oído que la base de la relación entre las dos mitades de la humanidad, entre el varón y la

hembra, es tan anómala y tan artificial, en medio de su secular persistencia, que ni él puede perdonarle á ella jamás un instante de flaqueza, ni ella á él un segundo de miedo... Así como estaría Ana ante la conciencia de Alfonso si se presta á la osadía de Dávalos, estaba Alfonso ante la conciencia de Ana, por tolerar la ficción de esa osadía y no castigarla con pena de muerte: ¡justa compensación de dos puntos de honra, y bien contado rescate con que ha de pagar el varón su ilimitada soberanía!

.....
—El factón para mí —mandó secamente Alfonso.

Y á eso de las cuatro y cuarto, declinando ya el sol, entró en el Retiro. Muchas cabecitas curiosas, empañando con su aliento el vidrio de las berlinas, se tendían para estudiar si la palidez de la Cueva era sólo causada por el frío. Bastaba para estimular la curiosidad el hecho de que Ana no acompañase á su esposo: precisamente la única distracción á que antes de la fatal tertulia habían concurrido, y siempre juntos, era el paseo. Preocupado, sombrío, absorto en guiar maquinalmente el tronco tarbés, Alfonso no se enteraba de las ojeadas inquisidoras. Ni vió siquiera que el gobernador de Madrid, asomándose á la ventanilla de un clarens, le contempló un buen rato, entre risueño y pensativo.

Un seco galope resonó casi al lado del factón, y Alfonso, que había puesto las jacas al paso, vió de reojo á Ramiro, caballero en su eterno

árabe, algo viejo, procedente de los tiempos de esplendor de los Dávalos, familia arruinada ya. Estremeciéndose la Cueva, y, como la víspera, cruzó ardiente ojeada con su mortal enemigo. La cara de Dávalos permaneció impassible: los ojos se destellaron mofa, júbilo y triunfal desdén, en términos que el marido de Ana, hiriendo con la fusta á sus vivas jacas, las sacó á un trote muy largo, desviándose á toda prisa del vengador terrible que,—por raro procedimiento, sin lograr ni el más leve é inocente favor de la honestísima señora de la Cueva,—había sabido robar á Alfonso el honor y la dignidad ante el público, y la dicha y el amor en la intimidad conyugal.

FIN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

